

SP-141

I. A.

CASA EDITORIAL
LEZCANO
BARCELONA

La niña de los jazmines



REMENIA

TEIXIDÓ

SP-141



I. A.

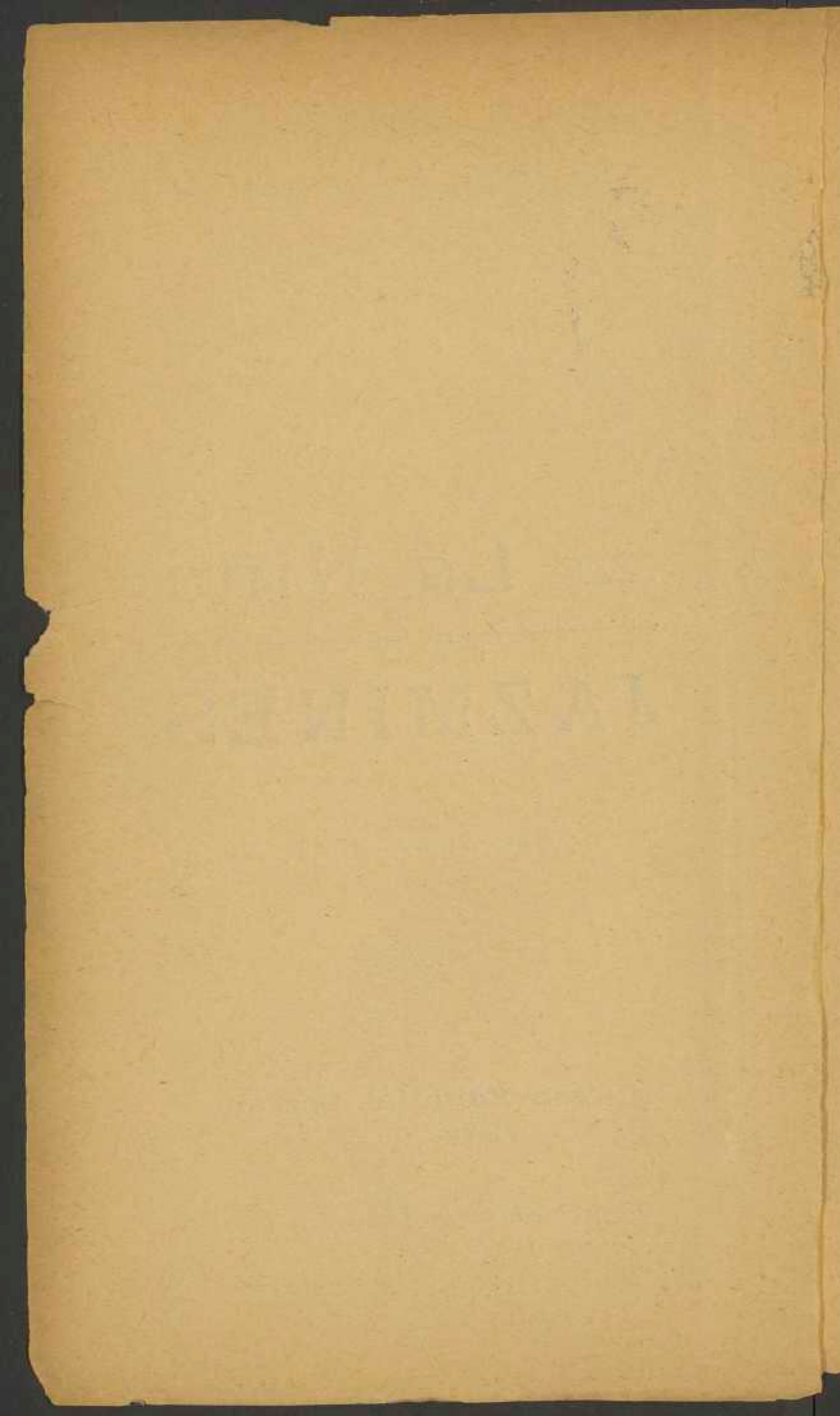
= La Niña
— de los —
JAZMINES

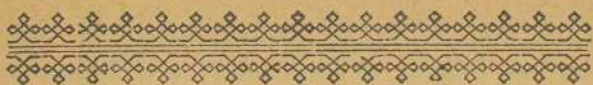
NOVELA ORIGINAL POR I. A.



Casa Editorial Lezcano
BARCELONA

*Es propiedad. Queda hecho el depósito
que marca la Ley.*





LA NIÑA DE LOS JAZMINES

POR I. A.

CAPITULO I

Una frase que hace fortuna



QUIÉN no la conocía en Madrid?

Todos los días se presentaba en Recoletos luciendo un soberbio tren, acompañada por un anciano de noble aspecto, referente al cual se hacían toda clase de conjeturas.

Ella, se llamaba Fuensanta.

R 16824



INSTITUTO DE ESTUDIOS RIOJANOS

BIBLIOTECA

El, era el conde Estanislao Wanoscki, polaco, é inmensamente rico según decían.

Pero, ¿qué era el conde respecto á Fuen-santa?

Nadie lo sabía.

Unos decían que era su padre; otros su esposo; muchos, que era su amante.

Hacia un mes que habían llegado á Madrid.

A los dos días ocupaban un lindo Hotel en el barrio de Argüelles; tenían abono en el Teatro Real y en el Español; en las cocheras del hotel había landó, berlina y carretela; en las cuadras dos troncos soberbios y tres caballos de silla, el servicio estaba á cargo de cuatro criados y dos ó tres mujeres. Su mesa, según decían, era de primer orden, el guardarropa de la joven, tan rico como variado, y sin embargo, nadie sabía ni de donde habían llegado, ni qué objeto les había conducido á Madrid.

Los curiosos, al conocer la nacionalidad del conde, se dirigieron á la Embajada de Rusia, pero allí sólo pudieron saber el título de nobleza que tenía el anciano, su riqueza, y que era soltero.

Desde este momento ya tuvieron un punto de partida las suposiciones.

Trataron los curiosos de hacer hablar á los criados, pero los tres hombres eran polacos, las dos camareras de Fuensanta tenían también la misma nacionalidad y no conocían el español; las otras dos mujeres de servicio, nada sabían.

Y entre tanto, como hemos, dicho Fuensanta aparecía invariablemente todos los días á las tres y media en Recoletos vistiendo trajes que según las señoras, inteligentes en esta materia, eran obra del famoso modisto parisién Vorth, lo cual desde luego acusaba un coste excesivo.

Una cosa había llamado la atención de todo el mundo.

A pesar del rigor de la estación, Fuensanta llevaba siempre un ramo de jazmines en el pecho y un pomito de esencias de las mismas flores en el saquito de mano

Fuensanta era una mujer preciosa.

Había una armonía tal en sus facciones era tan nítida la blancura de su rostro, tan suave el sonrosado de sus mejillas, que se

comprendía desde luego que más la naturaleza, que los secretos del tocador, habían armonizado facciones y color para producir aquel efecto de belleza. En cuanto al conde, era la simpática figura de un anciano de sesenta años de respetable aspecto, pero afable, afectuoso y revelando en todas las líneas de su rostro la bondad de su corazón.

La curiosidad, como hemos dicho, estaba tan poderosamente excitada, que cuando aparecían en el paseo, las señoras fijaban en la extraña pareja miradas hasta cierto punto indiscretas, reveladoras del afán por conocer la vida íntima de aquellas dos existencias.

Los jinetes hacían caracolear sus caballos alrededor del landó, ó de la berlina, fijando audaces miradas en la desconocida, esperando quizás obtener de ella en recompensa alguna otra mirada más ó menos expresiva.

Pero Fuensanta miraba á todos de igual manera y hablando con el conde, no parecía advertir siquiera que fuese objeto de aquella curiosidad tan general.

En el momento que hacemos al lector la presentación de estos personajes, Pepe Carmona, El barón del Arco, Manolito Alvarado y dos ó tres amigos más que constituían una de las *peñas* más aristocráticas del Casino, estaban hablando arrimados á uno de los árboles del paseo, contemplando el desfile de tanto carruaje en los cuales había tanta cara bonita, trazando en breves palabras la crítica de muchas de aquellas personas á quienes saludaban afectuosamente, y á las cuales, lo más cristianamente del mundo, despellejaban en medio de sus saludos.

—¿Has visto á Matilde Romero?—preguntaba Pepe Carmona al barón del Arco.

—Sí. He visto que la acompaña el oso de González. Naturalmente, como que su marido tiene no sé qué cuentas pendientes con el banquero, es lógico que éste trate de cobrar los intereses del dinero que tiene prestado.

—Mirad la generala Cobos. Mala cara tiene esta tarde.

—No debe tenerla muy buena,—repuso Carmona.—Anoche, en casa del marqués del Juncal, perdió cuarenta duros.

—No los perdería ella.

—Los perdió Quiñones, que es lo mismo.

—Anda, anda—dijo otro de los jóvenes,—ahí viene Angelita Ozores. Su cara es un muestrario de abayalde y carmín.

—Como que su marido está restaurando ahora la colección de cuadros del Duque de San Pedro.

En este momento los jóvenes por una impresión repentina sin duda, cesaron en su charla, fijando la atención en un carruaje que se aproximaba hacia ellos.

Fuensanta, iba sola aquella tarde.

Reclinada en los almohadones de la carretela, medio envuelta en un riquísimo abrigo de pieles, jugueteaba distraidamente con el *bouquet* que llevaba en la mano y que aproximaba á su rostro para espirar el aroma de las flores y parecía completamente absorta en profundas meditaciones.—

Pasó el carruaje é inmediatamente se desataron las lenguas de nuestros jóvenes.

—¡Cuidado que es hermosa esa mujer!—exclamó Pepe Carmona.

—Esta tarde viene sola—añadió Alvarado.

—¿Dónde se habrá quedado el polaco?

—Le habrá dado esquinazo—repuso el barón.

—¿Pero es posible que todavía no podamos saber quién es esa mujer?

—¿Y á ti que te importa?

—Nos importa á todos,—repuso Carmona—porque todos deseamos saber quién es.

—Pues ya lo veis—dijo el barón,—una mujer y muy hermosa por cierto.

—Pero inaccesible para nosotros.

—No lo habrá sido para el polaco que la acompaña.

—Hombre, ¿por qué no se le antojará al polaco hacer un viaje á Varsovia?

—Y más ahora que parece que Polonia está un poco agitada.

—No sería malo denunciarle al Embajador de Rusia.

—Pero sí el Embajador—dijo el barón—parece que trata con mucha deferencia al conde.

—Pues algo hay que hacer para que nosotros podamos hablar á esa Fuensanta que cada día me gusta más.

—A mí lo mismo, Manolito;—repuso el barón.

—Y á todos nos sucede igual—añadió Carmona. Y como que á todos, no podría concedernos su favor, tendremos sencillamente que sortear quien ha de ser el elegido.

—Para batirnos con él uno por uno.

—Bueno estaría eso.

—A mí lo que me sorprende es que hasta ahora no haya contraído relaciones con ninguna familia de Madrid.

—Sus razones habrá para ello.

—Pero señores,—dijo el barón—parece mentira que no se os ocurra comprender la verdadera razón para ese retraimiento.

—¿Le conoces tú, barón?

—Lo mismo que vosotros. Si el conde es soltero, ¿qué carácter es el que tiene esa mujer en su casa?

—Puede ser su hija, porque el que sea soltero, no es óbice para que tenga una hija.

—No lo creo. No hay más que mirar á los dos para comprender que son de nacionalidad diferente y hasta el nombre de ella así lo revela.

—Sobretudo, á nosotros qué nos importa todo eso—dijo Manolito á Alvarado,—la cuestión es que por más que estamos hablando hace muchos días respecto á esa mujer, aun cuando todos estamos profundamente intrigados por descifrar ese misterio, ninguno lo hemos podido descubrir ni se nos ha ocurrido la manera de hacerlo.

—Y sin embargo es preciso que nosotros sepamos quien es.

—Para mí, ya lo he dicho. Eso es un lío de ese señor polaco.

En este momento un nuevo personaje se aproximó al grupo formado por los jóvenes.

Su presencia hizo cambiar momentáneamente la conversación porque todos se apresuraron á estrecharle la mano, preguntándole:

—¿Cuándo has llegado, Luciano?

—Anoche.

—¿Que tal las procesiones en Murcia?

—Pues mira, barón, como todos los años. El pujilato entre las cofradías, la emulación para presentar los pasos con más ó menos lujo, muchas mujeres bonitas, muchos señoritos tontos y en fin, lo mismo de siempre.

—Y que ¿te has dejado por allá alguna murciana que conserve algún recuerdo tuyo?

—Ca chico. No ves que todas me conocen.

—Y saben que eres ave de paso.

—Justamente. Y por aquí ¿qué novedades ocurren?

—Ninguna. Ah, sí, tenemos una mujer misteriosa.

—¿Qué?

—Lo que te dice Pepe—repuso el Barón—una Fuensanta que á todos nos tiene trastornados.

—Demonio, mucho decir es eso—agregó.

—¿Y decís que se llama Fuensanta?

—Es lo único que sabemos; su nombre.

—Pues debe ser paisana mía.

—¡Es verdad! Esa virgen es la patrona de tu país.

—¿Y es casada, viuda ó soltera esa mujer? ¿Está sola, ó tiene familia?

—Pues ahí está el misterio; que no sabemos nada de cierto. Todo son conjeturas, todo son apreciaciones y no hay nada exacto.

—Eso sí que es extraño; que vosotros, la gacetilla de los salones, los que todo lo escudriñáis y todo lo sabéis, y si no lo sabéis lo inventáis, es muy extraño, repito, que nada hayáis podido descubrir.

—Pues es la verdad, Santomera—dijo uno de los jóvenes.—Hace un mes que está esa señora aquí, que se presenta en todas partes, que se conoce que es muy rica y sin embargo nada hemos podido averiguar respecto á ella.

—¿Es guapa?

—Preciosa.

—¿Y joven?

—Sí.

—¿Vive sola?

—Hay un punto negro en ese particular.

—¿Y no habéis podido borrar ese punto para descubrir la verdad?

—Es lo que nos confunde.

—¿Qué punto es este?

—Un conde polaco cargado de años y de dinero, según dicen.

—Pues entonces ya no exists tal punto.

Está definida la situación. Porque supongo, según se desprende de vuestras palabras, que ese conde no será pariente de esa mujer.

—No por cierto. Dicen que es soltero.

—Pues me parece que bien claro está. Mujer joven y bonita; acompañante, protector ó amigo, viejo y con dinero, no sé porque podeis dudar.

—Pero el caso es que ella y él, viven aislados, sin relaciones y gastando lo que nadie sabe y sin dar facilidades para que uno pueda entrar en su vida íntima.

—¿Y quién os manda ser curiosos? Lo que es á mí, á pesar de todo cuanto habéis dicho, maldito si habéis podido despertar mi curiosidad. Esa no es más que una de tantas historias como hay en el mundo y de los cuales tantos ejemplares hay esparcidos en todas partes.

—¡Vaya una manera de tomarlo!—dijo Pepe Carmona.

—Es que Luciano no ha visto todavía á Fuensanta.

—Varias Fuensantas me he dejado en Murcia—contestó Luciano sonriendo.

—Pero ninguna como ésta.

—¡Quién sabe!

—Cuando la veas, comprenderás que hay razón para nuestro despecho por no poder descubrir la verdad.

—¿Pero qué verdad queréis descubrir? Si ya está bien claro lo que es. Una mujer galante, como otras varias.

—Pero es una mujer superior, Luciano. Es una de esas mujeres que aun cuando no quieras, excitan tu curiosidad; tu deseo de conocer su pasado para poder apreciar mejor el presente, para...

—Vaya, vaya; dejarme en paz que no me podréis convencer.

—¡Mírala, mírala, Luciano! Aquí se aproxima ahora—dijo Alvarado.

Efectivamente, al dar la vuelta el carruaje de Fuensanta, se aproximaba á el lugar donde estaban los jóvenes.

Luciano siguió la dirección que le indicaban sus amigos y una expresión de sorpresa se reflejó en su rostro.

—¿La ves? ¡Qué hermosa!—dijo Pepe Carmona,

—Hoy no la acompaña el polaco,—añadió el barón.

—¿Qué te parece?

En este momento, Fuensanta entreabría un poco el abrigo de pieles que la envolvía y se distinguió perfectamente el ramo de jazmines que llevaba en el pecho.

Y como al mismo tiempo aproximó el *bouquet* á su rostro, exclamó Luciano casi maquinalmente:

—¡La niña de los jazmines!

—¿Es ese su nombre?—preguntó el barón.

—¡Hombre! Si lleva jazmines en el pecho y en la mano; ¿qué de extraño tiene que la denomine así? ¿No se llama la heroína de la novela de Dumas «La Dama de las Camelias» por la predilección que tenía por esa flor?

—Es verdad. Pues mira, está bien hecha esa aplicación y haremos correr la frase.

—Por cierto que me parece que conozco á esa mujer,—prosiguió Luciano mirando el carruaje que se alejaba lentamente. Sí, debe ser ella por el detalle de los jazmines.

—¿Pero quién es ella?—dijeron sus amigos con impaciencia.

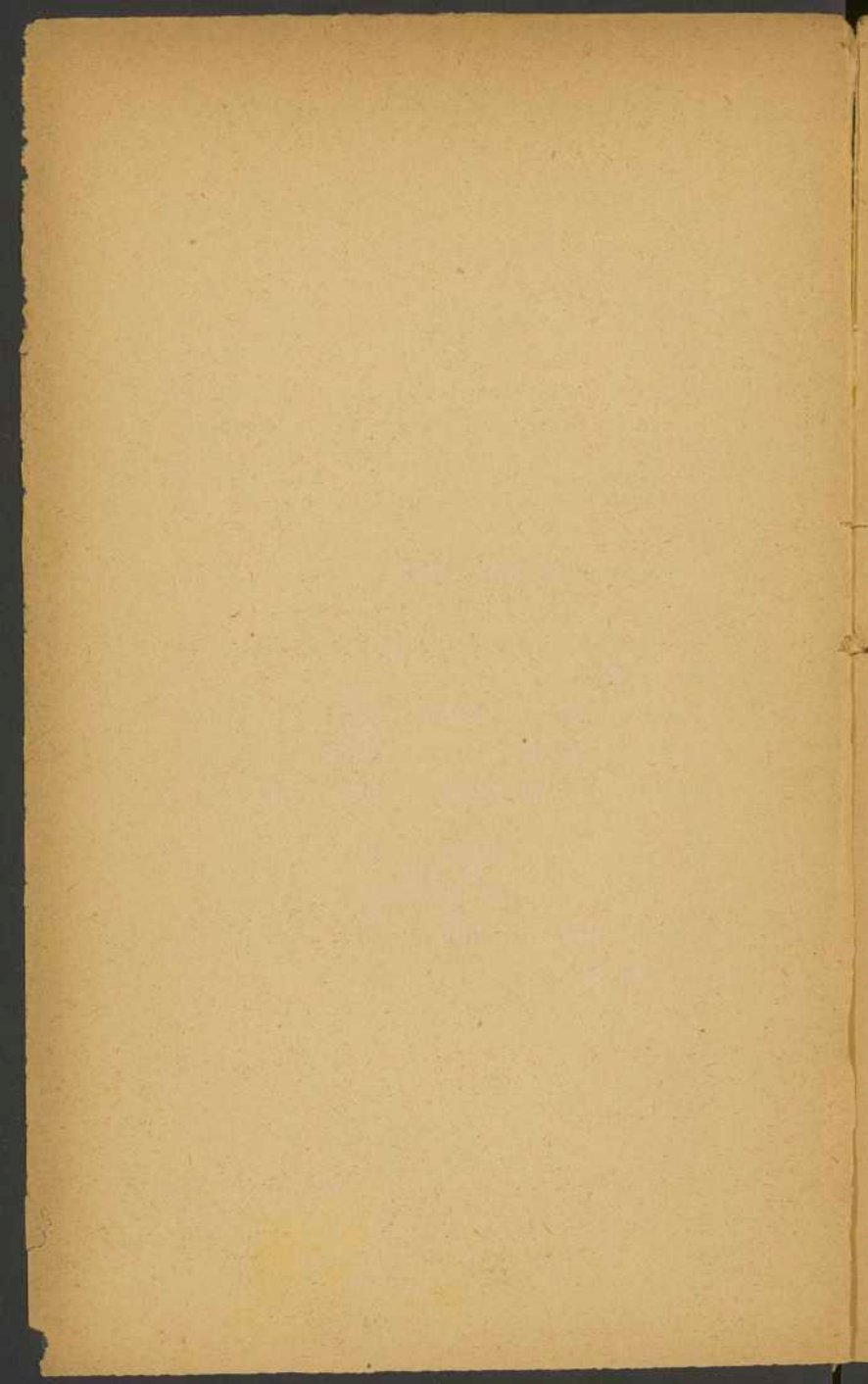
—Una muchacha que vivía en Murcia en el barrio de San Antolín. Era muy bonita y siempre en los balcones de su casa, había macetas de jazmines y esas eran las flores que ella se ponía en el pelo. Y ahora recuerdo que se llamaba Fuensanta. Por cierto que hace tres años me parece que me dijeron mis hermanos que había desaparecido de su casa.

—Pues entonces, ella es;—dijo Pepe Carmona.

—Yo no lo aseguraré; por más que se parece mucho.

—Pues bien, sea lo que quiera, ya tenemos un nombre de guerra para nuestra dama misteriosa. Ya tenemos la *niña de los jazmines*.

—Ahora lo que hay que ver—añadió el barón,—es á quien de nosotros querrá regalarle esa mujer alguna de las lindas flores que lleva en su seno.



CAPITULO II

Fuensanta

Luciano Santomera, había dicho muy bien.

Fuensanta, la mujer-misteriosa como decían sus amigos, era murciana.

En el barrio de San Antolín en Murcia, donde había nacido y donde su padre poseía una casita donde habitaban, era muy conocida.

El padre de Fuensanta poseía también una pequeña hacienda en la huerta y bien

administrados aquellos bienes, hacendosa y económica la madre de Fuensanta y queriendo con delirio á su hija, procuró darle una educación superior tal vez, á su modesta posición.

Hermosa, despejada, inteligente, la niña era el encanto de sus padres y se captaba las simpatías de todos sus conocidos.

Desde sus primeros años había mostrado una predilección extraordinaria por los jazmines y ella cuidaba los tiestos que tenía en los balcones y las plantas que cultivaba en el jardín de su casa.

Educada en uno de los mejores colegios de Murcia, poseía el francés admirablemente, tocaba el piano, era inteligentísima en toda clase de labores y su madre quería que la joven concluyera sus estudios para maestra.

Desgraciadamente, estos propósitos no pudieron realizarse.

Una enfermedad repentina puso término á la vida de la madre, y el padre de Fuensanta herido por aquella pérdida irreparable cayó también gravemente enfermo.

Entonces apareció en escena un nuevo personaje desconocido para Fuensanta, pero que por desdicha suya ejerció terrible influencia en su vida.

Este personaje era una mujer.

Margarita, que así se llamaba, había sido novia del padre de Fuensanta antes que este hubiese conocido á la mujer que después fué su esposa.

Riñó con aquélla, porque ni sus condiciones, ni su carácter, ni sus sentimientos se avenían con los suyos.

Pero Margarita era vengativa.

El cariño que antes profesara á Joaquín, que así se llamaba el padre de Fuensanta, trocóse en odio, odio que no se extinguió en los años transcurridos.

Las malas condiciones de su caracter alejaron de ella todos los novios que tuvo, contribuyendo esto mismo á agriar más su genio y á odiar al que juzgaba causa de su desgracia.

Cada vez que oía elogiar á la esposa de Joaquín y la veía disfrutando la dicha que el cielo le había concedido, la ira y el des-

pecho hacían palidecer su rostro y á duras penas podía contener las frases que pugnanaban por brotar de sus labios.

Sin embargo, haciendo poderosos esfuerzos para dominar su cólera, conseguía que nadie pudiera advertir aquella furiosa tempestad que rugía en su pecho, ni que sospechasen la causa que le impulsaba.

El día en que supo la muerte de la madre de Fuensanta, el corazón de aquella mujer se estremeció de alegría.

Y cuando supo la enfermedad de Joaquín y que su pobre hija apenas entrada en la adolescencia se veía obligada á asistir á su padre y atender á todas las necesidades de la casa, aquella mujer miserable juzgó que había llegado el momento de tomar el desquite de los largos años de sufrimiento que había pasado.

El estado de Joaquín llegó á hacerse tan crítico que los médicos desconfiaban de salvarle.

Complicóse su enfermedad con unas vi-
ruelas de la peor especie que alejaron de su casa cuantas personas hubieran podido asistir.

Fuensanta se quedó sola al lado de su padre.

La animosa joven no vaciló un momento procurando atender á todo sin temer ni al cansancio ni al peligro que la enfermedad de su padre le amenazaba.

En aquellos momentos Margarita se presentó en su casa.

Fuensanta no la conocía.

Jamás había oído hablar en su casa de aquella primera etapa de la juventud de su padre.

—¡Hija mía!—le dijo Margarita hipócritamente—he tenido noticia de la terrible desgracia que la aflige, y del heroismo con que está usted luchando para salvar á su padre. Aquí estoy yo para ayudarle. Ajena al temor y al egoismo de los demás, vengo á compartir con usted el peligro que corre. Seremos dos para asistir al enfermo.

La joven, sorprendida por aquella oferta, y fascinada por el caritativo anhelo de aquella mujer, trató sin embargo de disuadirla. Pero Margarita insistió y finalmente se instaló en la casa al lado del enfermo.

Así pasaron muchos días.

Margarita soportó valerosamente la terrible prueba á que se había sujetado y cuando por fin pudo el padre de Fuensanta reconocer á aquella enfermera que con tan cariñosa solicitud le cuidara, no pudo menos de exclamar con acento en que había tanta sorpresa como agradecimiento:

—Margarita, ¿tú aquí?

—Silencio—le dijo en voz baja la taimada mujer.—Tu hija ignora quien soy. No hay necesidad de que lo sepa.

Larga, laboriosa, profundamente accidentada, fué la convalecencia de Joaquín, y Margarita no se separó de su lado ni Fuensanta tuvo valor para despedir á una persona que tan perfectamente había estado cuidando á su padre.

Este recobró la salud y tampoco se atrevió á despedirla.

Precisamente en su casa hacía falta una mujer que pudiera servir de madre á Fuensanta cuya edad era tan crítica á la sazón.

Margarita se quedó allí como ama de gobierno, y de tal manera supo manejarse, tanto alagó á la hija y supo fascinar al pa-

dre, que á los dos años de la muerte de su esposa, consiguió que Joaquín le diese su nombre.

Desde aquel momento cambió la decoración.

El objeto estaba conseguido, pero la venganza no estaba satisfecha.

La que hasta entonces había sido ó aparentado ser madre cariñosa para la joven, mostróse al poco tiempo madrastra irascible y colérica, y Fuensanta empezó á llorar la decepción que había sufrido.

Procurando ocultar á su padre la existencia que aquella mujer le hacía llevar, contribuyó no poco á que Joaquín creyese á su mujer digna y amante de su hija.

Carácter débil ya desde la última enfermedad, dejó que Margarita fuese adquiriendo ascendiente poderoso sobre él, y como que la suerte parecía haberle retirado sus favores desde la enfermedad que por tanto tiempo le había tenido postrado, se vió obligado á vender la hacienda que tenía en el huerto y teniendo que gravar la casa en que vivían con una hipoteca que difícilmente podría ya quitarse de encima.

Este contratiempo acabó de disgustarle; llegó por fin á percatarse de las desavenencias que había entre su mujer y su hija; si se mezclaba en ellas, Margarita le escandalizaba, concluyendo por fin el pobre hombre por no ser nada en su casa ni poder defender á su hija.

A todo esto la miseria empezó asomar su tétrico semblante en el interior de aquella morada. La escasez empezó á reinar en ella, se contrajeron deudas, los acreedores reclamaban, y las reyertas eran continuas en aquel lugar donde años anteriores todo era paz y ventura.

Fuensanta, á pesar de la triste existencia que llevaba viendo aquella ruina que á pasos agigantados se aproximaba, trató de terminar sus estudios para examinarse de maestra y poder siquiera ofrecer un pedazo de pan seguro al autor de sus días.

Pero esto no convenía á los fines de aquella mujer miserable.

Era tal la inquina que tenía contra la pobre niña, que hasta se complacía en destruir aquellos tiestos de jazmines por

quien tanta predilección tenía la joven que hasta entonces habían constituido su única distracción.

Fuensanta lo soportaba todo con resignación, ansiando que llegase el momento de obtener su título de maestra para poder ayudar á su padre.

Pero ya hemos dicho que esto no convenía á Margarita.

Aquella mujer infame estaba meditando hacía tiempo el golpe más terrible que podría darle al hombre de quien se quería vengar.

Ya hemos dicho que Fuensanta era preciosa.

Crisálida en los momentos que la presentamos á nuestros lectores en su casa del barrio de San Antolín, había llegado la época de la transformación, y ya mariposa, realmente poseía atractivos tan superiores que á pesar de la pobreza de sus adornos, aquella misma humildad y sencillez hacían resaltar doblemente sus encantos.

Margarita que escuchaba llena de envidia cuantos elogios se hacían de la joven concibió el más íncuo de los proyectos.

La persona que había prestado el dinero sobre la finca de Joaquín era uno de esos enriquecidos á fuerza de usuras y de villanías, sin átomo siquiera de decencia y dignidad y sin otra ley que su capricho y la satisfacción de sus deseos.

Margarita que había sido la que negoció aquel préstamo, estudió perfectamente á don Santos, que así se llamaba el prestamista, comprendió su brutalidad, si esta frase podemos usar, vió un día la mirada que dirigió á Fuensanta y desde aquel momento trató de formar la red, en que irremediablemente debía caer la joven.

Entre una mujer como Margarita, y un hombre como don Santos, no era difícil llegar á entenderse, y de tal modo lo hicieron y tan perfectamente fué urdida la inícua trama, que la pobre Fuensanta fué la víctima arrojada á la voracidad licenciosa de aquel rico lascivo sin que hubiera podido oponer resistencia alguna.

Cuando la joven pudo comprender toda la inmensidad de su infortunio, cuando pudo vislumbrar todo lo horrible del porvenir

que aquella mujer le había señalado, estuvo á punto de volverse loca.

¿Pero podía abandonar á su padre, sólo, entregado al poder de aquella infame que había tenido el cinismo bastante para decirle, que todo lo hecho por ella hasta entonces, no había sido más que la consecuencia del odio que profesaba á su padre por el abandono y el desprecio que le hizo en su juventud?

Y después de haber reflexionado mucho, aceptó la situación, tal como estaba, pensando que tal vez llegará un día en que pudiese librar á su padre del maléfico dominio de aquella mujer.

Causábale asco, repugnancia, el miserable amor de don Santos, sin embargo, tuvo que soportarle para poder llegar al fin que se proponía.

Por aquellos días llegó á Murcia, para dar algunas funciones, una compañía de canto y baile flamenco, que según se afirmaba, debía embarcarse en Cartagena para marchar á Marsella, donde estaba contratada.

Sigilosamente y sin que nadie pudiese

sospechar sus propósitos, se marchó á ver al director de la compañía, habló con él, se hizo dar algunas lecciones de baile y cuando la compañía marchó á Cartagena para embarcarse, desapareció Fuensanta de Murcia, llegando al puerto en el momento en que iba á zarpar el vapor con rumbo á Marsella.

Tan astutamente obró la joven, tan á maravilla supo ocultar sus propósitos, que nadie pudo sospechar á donde podía haber ido.

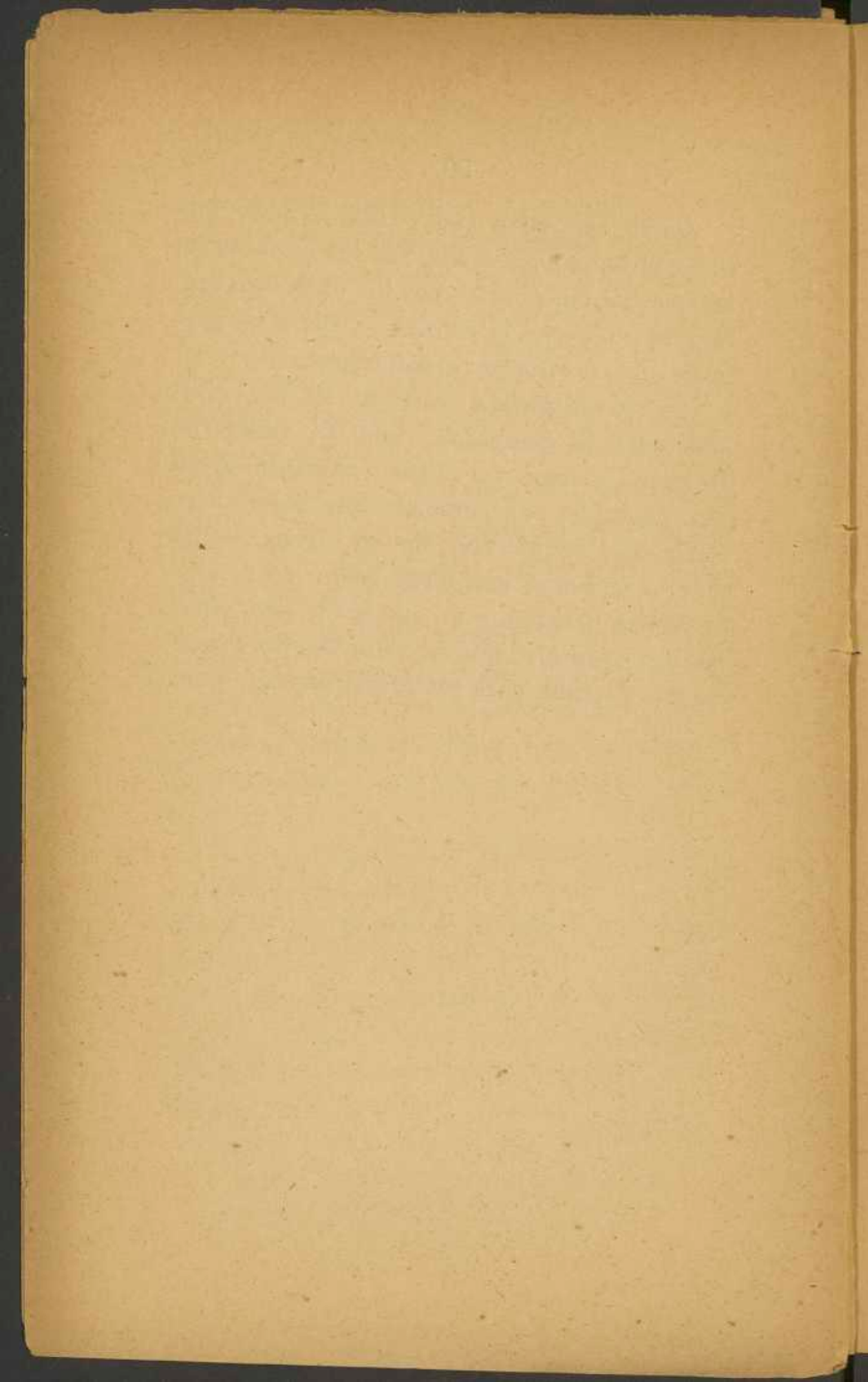
El director de la compañía creyó haber hecho una buena adquisición con Fuensanta, y es inútil decir que, efectivamente, al debutar en Marsella la joven, que cantaba admirablemente y que bailaba bastante bien, hizo furor.

Y las proposiciones más seductoras, los regalos de valor llovieron sobre ella, solicitando lo que la joven no quería conceder á nadie.

Desconocía por completo el terreno que pisaba y presto hubo de convencerse de lo efímero que era aquella aureola que la rodeaba.

Quiso ser virtuosa, y los mismos que antes la habían asediado con sus obsequios, los que habían puesto por las nubes su mérito, le volvieron la espalda, y para vengarse de ella, la silbaron estrepitosamente.

Se vió obligada á rescindir su contrata, abandonó la compañía, que se quedó en Marsella, y como ya había contraído algunas relaciones con personas que residían en París, allí se marchó, no sin haber escrito antes á su padre una larga carta, en la cual le refería la infamia de que había sido víctima y el propósito que la animaba de adquirir una fortuna para podérsela ofrecer.



CAPITULO III

Nueva calda

La acogida que obtuvo Fuensanta en París, fué extraordinaria.

El empresario de uno de aquellos teatros que la habían visto en Marsella y que desde luego la ofreció buen ajuste, si algún día iba á París, realizó su oferta, y se anunció pomposamente en los periódicos el debut de la famosa *Etoile Espagnola* Fuensanta Rodríguez:

El público le hizo una ovación delirante.

Y había motivos para ello, porque en realidad, su voz para el canto era notable.

Aquellos aires flamencos, al pasar por su garganta adquirían unas tonalidades tan sentidas, que más bien parecía su canto un suspiro del alma, que una melodía apasionada y voluptuosa.

Del mismo modo, cuando bailaba, ninguna de sus posturas ni demás ademanes, se parecían á los de otras mujeres que le habían precedido en la misma escena.

Comprendíase desde luego, que había vivido en otra esfera distinta, que tenía otra educación artística diferente, que el medio ambiente en que se habían desarrollado sus conocimientos, era muy superior á la posición en que se encontraba y de aquí que fuese acogida con mayores muestras de simpatía.

En la misma compañía había otras dos cantadoras y bailarinas, que desde los primeros momentos se mostraron completamente hostiles á Fuensanta.

Y la razón era muy sencilla.

La joven, una vez terminados sus núme-

ros, se despedía de la multitud de jóvenes y otros que no lo eran, todos los cuales la asediaban con sus elogios, sus galanterías y sus ofrecimientos y se iba á su casa acompañada por su criada.

Esta, era una viuda anciana ya, á quien Fuensanta conoció en Marsella, que era española como ella y mujer honrada y buena.

Josefa, que así se llamaba, había conocido lo que valía la joven, apreciaba perfectamente los peligros á que estaba expuesta y le decía siempre:

—¡Ay señorita! ¡Que mala carrera ha emprendido usted!

—He tenido que emprenderla, Pepa—respondía la joven.—Me he visto obligada y ya no tengo otro remedio que seguir adelante.

—Es que el camino que sigue usted, está lleno de obstáculos y puede usted tropezar en alguno.

—¡Cómo ha de ser! Trataré de evitarlos.

Josefa movía á uno y otro lado la cabeza y cuando se quedaba sola añadía mirando tristemente hacia la estancia donde estaba Fuensanta:

JAZMINES.—3

—¡Pobre señorita! Tan buena, tan distinta de todas sus compañeras y tan desgraciada como llegará á ser, sino piensa como ellas!

Y bien sabía Pepa lo que decía.

Los peores enemigos que Fuensanta tenía, eran sus mismas compañeras.

Al verla que no alternaba con ellas en sus placeres y diversiones, que si bien las trataba con afabilidad no les daba confianza alguna ni sabían de su pasado absolutamente nada, empezaron á tratarla de orgullosa para concluir ridiculizándola con el mismo público que tan benévolo se había mostrado con ella. Y como que todas aceptaban complacidas los obsequios que sus adoradores las ofrecían, como que eran género corriente para todos esos merodeadores de escenarios, y Fuensanta se mantenía reservada constantemente si bien afectuosa con todos, no les fué difícil á sus compañeras ir restándole partidarios con los desesperados ó heridos por los desdenes de la joven.

Pronto llegó á conocerse el terreno que

aquellas habían ganado en la misma frialdad del público.

Josefa que estaba al tanto de todas aquellas intrigas de bastidores y que comprendía la verdadera causa, movía la cabeza á uno y otro lado, cuando su señorita se lamentaba de la hostilidad de que era objeto, diciendo:

—Desengáñese usted, señorita. Usted no ha nacido para el terreno en que se encuentra. Es usted una flor de invernadero transplantada á una tierra grosera y por lo tanto ha de sentir usted las consecuencias de un modo doloroso.

—¿Pero que quiere usted que haga Pepa, si todo lo que hacen esas infelices me repugna, si yo no puedo alternar en esas juergas con las cuales tanto gozan ellas. ¿Si todos estos hombres que las acarician y que gastan con ellas una fortuna, á mí me causan asco, ¿cómo es posible que pueda fingir lo que no siento.?

—Pues señorita, se lo confieso á usted ingenuamente; ha hecho usted muy mal en escoger esta profesión.

—¿Cuál otra podría escoger, Pepa? Si

cuando yo salí de mi casa y me separé de mi familia, no sabía ni á qué dedicarme, ni á quien pedir protección ni de quién esperar auxilio. Yo necesito ganar algún dinero para sacar á mi pobre padre de la situación en que se encuentra. ¿En dónde, de qué manera puedo yo reunir trabajando en un taller la cantidad que necesito? ¿Acaso en ese mismo taller, no me encontraría expuesta á estas mismas rivalidades, á estos mismos odios?

—Lo comprendo muy bien. No es que yo le aconseje á usted que cambie de rumbo ni que emprenda la misma vida que llevan sus compañeras de usted, pero comprendo también que en el sitio en que usted se halla sino tiene una fuerza que le proteja, sino hay una persona que se tome interés por usted, que la escude, que la ampare, concluirá usted por ser arrollada y al fracaso de Marsella seguirá el de París y llegará un día en que no encontrará usted ajuste y no tendrá más remedio que vender su cuerpo para poder comer.

Estas palabras crueles, durísimas, Fuen-santa comprendió que eran verdad.

Y se irritaba, y en la soledad de su habitación lloraba amargamente, exclamando alguna vez con desesperado acento:

—¡Pero es posible, Dios mío, que para la mujer que quiere ser honrada se le cierren todos los caminos; es posible que no pueda encontrarse un hombre que preste desinteresado apoyo á una mujer desgraciada! Si á mí me repugna el cieno, si en mi corazón hay fibras que se rebelan contra la asquerosidad del vicio que me rodea, ¿puedo yo poner candados de conveniencia á los sentimientos de mi alma y entregar el grosero barro de mi cuerpo á las caricias lascivas de todos estos piratas de amor? Imposible; ya veo que me empujan, que me arrollarán, como dice Pepa, que me privarán de este medio de subsistencia. Pero ¿qué puedo hacer, Dios mío, qué puedo hacer?

Y la joven lloraba, y veía que el vacío se iba haciendo á su alrededor, hasta que finalmente, al pagarle una quincena, el empresario hubo de decirle:

—Amiga mía, yo lo siento mucho, pero muchos de los abonados se me han quejado

de la seriedad con que usted les trata. Comparan la ticsura de usted con la bondad de sus compañeras, se creen ofendidos achacando á desdén el aspecto de usted, y como comprenderá, yo tengo que defender mis intereses y si esos señores retiran su abono ya comprenderá usted que el negocio se convertiría en un desastre para mí.

—¿Pero dejo yo de cumplir con mi deber; no soy la primera en el trabajo, sin que jamás me haya usted oido quejarme; no trato á todos afablemente; he faltado á alguno de ellos?

—Todo lo que usted quiera, yo soy el primero en reconocer su mérito de usted. Vale usted más que todas sus compañeras, pero en cambio éstas me traen concurrencia al teatro mientras que usted la aleja.

—Pues ¿qué quiere usted que haga?— preguntaba Fuensanta con acento desesperado.

—Lo que ellas hacen. No mostrarse avara en la concesión de favores.

—¡Imposible! Es necesario haber nacido para eso, y yo le confieso á usted que no

he nacido para poner en el bazar de la ignominia mis encantos para adjudicárselos al mejor postor.

—Yo lo siento mucho, vuelvo á repetirle, pero si en esta nueva quincena no procura usted hacer algo para conciliar sus intereses con los míos, tendremos que rescindir nuestra contrata.

Fuensanta salió desesperada del despacho del empresario.

Desde luego había supuesto que en la senda emprendida habría de encontrar muchas espinas, mas nunca creyó que éstas se clavarán de tal modo en sus carnes, que le produjeran tan horribles llagas.

Cuando Josefa supo de sus labios lo que el empresario había dicho, dijo:

—Ya sabe usted señorita que se lo había indicado: este final no me sorprende. El último desaire que hizo á ese marqués que la invitó para ir á cenar á un hotel de París, ha sido la gota que ha hecho que se desborde el vaso. Todas sus compañeras de usted estuvieron allí. El vizconde de Lamarciere, el señor de Tresves, el barón de La-

lande, el capitán Raul, todos estaban allí y todos, ya lo sabe usted, la habían rogado que asistiera.

—Yo no podía ni debía asistir á una bacanal tan desordenada,—repuso la joven llena de ira.

—Si ya lo sé, señorita, si yo en su lugar de usted tampoco hubiera asistido, ¿pero qué quiere usted? en el teatro de este género hay que obrar como sus compañeras hacen. Por supuesto, que tampoco es una recomendación y mucho menos un mérito la Virtud en otra esfera del teatro. ¿Cree usted acaso que muchas de estas grandes reputaciones artísticas se han hecho por el mérito de quien la posee? Ninguna.

—Ya lo sé. Ya sé que muchas de esas celebridades han principiado su carrera dejando girones de honra enganchados en las zarzas del camino.

—Pues entonces...

—Déjeme usted, Pepa, déjeme usted porque en el estado en que me encuentro creo que sería capaz de cometer algún disparate,

Pepa contempló tristemente á la joven y ambas permanecieron silenciosas durante un buen espacio; de pronto Fuensanta levantó la cabeza y preguntó:

—Vamos á ver Pepa, ¿de todos esos hombres que se han ido alejando de mi *camerino* y que hoy cuando paso por su lado me miran desdeñosamente, cuál es el que cree usted que tiene más corazón de todos ellos?

—¿Por qué me hace usted esa pregunta, señorita?

—¿No dice usted, y yo estoy también por desgracia convencida de ello, que necesito tener un amante? Pues bien, ¿cuál de todos ellos, repito, cree usted que vale más?

—Ninguno.

—¿Y quiere usted que yo me entregue á uno de esos hombres? Antes, en un momento de desesperación, me arrojaré al Sena.

—Eso—repuso Pepa,— podría ser un remedio para una mujer de mi edad, harta de sufrir desengaños y dolores; quebrantos de todo género y que si no hubiese encontrado á usted en Marsella solo Dios sabe donde estaría á estas horas. Pero para usted,

para usted que empieza á vivir, no puedo aconsejarle que lo haga.

—Pues qué hacer entonces, vamos á ver. Josefa no supo qué contestar.

Mejor dicho, demasiado sabía lo que debía hacer la joven si quería sostenerse en el puesto que ocupaba, pero no se lo debía decir.

—Poco conocimiento tengo del mundo— dijo Fuensanta, --pero sin embargo, en el poco tiempo que estuve en Marsella, he aprendido algo y no crea usted que el verme rodeada aquí de toda esa multitud que parece disputarse mis favores, no dejé de sentirme halagada y como que mi corazón, aun cuando parezca extraño, no se ha despertado todavía, miré á todos ellos curiosamente p r si encontraba alguno que pudiera responder más ó menos á las aspiraciones de mi alma, y he de confesarlo con ingenuidad, ninguno encontré digno de mi amor. El único ha sido un pobre hombre, anciano, pero que sin embargo tiene un aspecto tan agradable, hay tanta bondad en su mirada, que creo que si hubiese sido más joven él, habría sido el elegido de mi corazón.

—Ya sé á quien se refiere usted, señorita. Y no crea usted, á mi también me ha sido muy simpático ese caballero, y es más, es el único que hasta ahora permanece en el mismo sitio que el primer día y con la mirada fija en usted mientras está trabajando.

—Ese hombre—repuso Fuensanta,—podría ser mi padre, pero no mi amante.

—Es verdad. El pobre señor tiene algunos años. Por supuesto, que ese no será obstáculo para sus compañeras de usted. Pero sin duda le habrán desdeñado porque se conoce que no ha de ser muy rico.

—Maldito si yo hubiese mirado la riqueza en el hombre, á quien hiciera dueño de mi corazón.

—Yo no sé que he oído decir respecto á este caballero. Creo que no es francés.

—Como no he tenido curiosidad para averiguarlo, ignoro cual sea su nacionalidad.

—Ahora recuerdo que una noche, dos ó tres jóvenes de esos que tanto frecuentan el *foyer* hablaban de ese señor, que acababa de

entrar en aquel momento y decían: (Ya está aquí el polaco).

—No he oído nada, como he dicho.

—Pero se habrá usted fijado en él como yo.

—Es verdad.

Y Fuensanta despues de estas palabras, se quedó pensativa mientras Pepa arreglaba el tocador de su señora.

CAPITULO IV

El golpe postrero

Efectivamente, había un caballero, anciano ya, que desde la primera noche que debutó la española, ocupaba una butaca de orquesta, mientras la joven estaba en escena.

Tan luego terminaba su trabajo, levantábase el anciano, entraba en el escenario y procuraba encontrarse siempre al paso de Fuensanta, cuando se retiraba del teatro.

Pero lo que ni ésta, ni su criada habían advertido, era que aquel caballero salía tras ellas, las seguía á gran distancia, y una vez estaban en su casa, se dirigía á la suya, que era un modesto entresuelo en la calle de la Michodiére.

El día siguiente, él, antes que nadie, estaba en el teatro esperando la hora en que llegaba Fuensanta. Permanecía en el escenario hasta que llegaban los números en que trabajaba la joven, entonces pasaba á ocupar su butaca y terminado el trabajo de aquella volvía al escenario, para seguirla hasta su casa.

¿Quién era aquel caballero?

El empresario había dicho á algunos de sus amigos, que era un emigrado polaco que había perdido su gran fortuna en las últimas sublevaciones de Polonia y que vivía modestamente en París.

Desde que el empresario comunicó á Fuensanta su disgusto, dándole únicamente de plazo para que cambiase su modo de ser respecto al público, la próxima quincena, el anciano, al pasar la joven por su lado, se quitaba respetuosamente el sombrero, haciendo una inclinación de cabeza.

Fuensanta, le saludaba á su vez, pero entre ellos no se cambiaba palabra alguna.



Una noche, la frialdad del público fué tan marcada, que cuando Fuensanta salió de su cuarto para dirigirse á su casa, á pesar del dominio que tenía sobre sí, las lágrimas asomaron á sus ojos.

El desconocido caballero no estaba en el escenario.

En cambio le encontró en la calle, donde la estaba esperando.

—Señorita—la dijo al verla.—Si alguna vez necesita usted el auxilio de algún amigo, tome usted esta tarjeta y disponga usted de la amistad de quien se la entrega.

La joven tomó maquinalmente la tarjeta que el polaco le ofrecía, contestándole únicamente:

—Gracias.

El anciano la saludó como de costumbre y se alejó dejándole franco el paso,

Cuando la joven llegó á su casa leyó la tarjeta, que decía sencillamente:

«Estanislao Wanoski

Calle de la Michodiére, 15, entresuelo.»

—¿Y de qué puede servirme la amistad de este pobre señor?—dijo Fuensanta dando vueltas entre sus manos á la tarjeta que acababa de leer.

—¡Ay, señorita! —contestó Pepa, que había escuchado la lectura de la tarjeta y las palabras de Fuensanta.—A veces un buen amigo vale mucho.

—¿Y qué puede exigirme ese caballero en pago de la amistad que me ofrece?

—Ya sabe usted que desde el primer día que la vió, no ha faltado al teatro.

—Será uno de tantos como han pretendido mis favores, y que al fin se han convertido en mis enemigos.

—De todos modos, hay que conceder á este señor una virtud.

—¿Cuál?

—La de la constancia, y sobre todo en la adversidad. Ya ve usted que todos le han vuelto la espalda, y este señor parece que, por el contrario, ahora es cuando ha tratado ó trata de aproximarse más á usted.

—Porque juzga sin duda que por despecho, por venganza ó por necesidad, le concederé lo que á los demás he negado. ¡Qué triste condición es la mía, Pepa!

—No es la de usted, señorita, sino la de todas cuantas se encuentran en su caso.

—Pero es que yo me lamento y me quejo de lo que á mí se refiere. Veo que, día por día, se me van cerrando las puertas. Cuando termine esta quincena el empresario me pondrá en la calle sin consideración alguna. ¿Y qué será entonces de nosotras, Pepa? El poco dinero que yo he podido reunir, se nos irá en cuatro días. ¿Y después?

—Después... Dios nos abrirá camino. Tal vez se presente algún nuevo empresario.

—No. En las condiciones que yo saldré de este teatro, difícil es que venga nadie á contratarme. Soy una mujer honrada, ó quiero serlo, y este es un delito para los que

cifran el resultado de su negocio en las concesiones que pueden hacer las mujeres que contratan. No, Pepa; yo no podré trabajar más.

La criada de Fuensanta inclinó la cabeza sin responder.

Comprendía perfectamente que Fuensanta tenía razón.

Y que el momento á que se refería la bailarina tenía que llegar forzosamente.

El plazo que el empresario la dió iba á terminarse, y durante él Fuensanta no había hecho nada para sumar voluntades de los abonados, que sólo buscaban en las mujeres de aquellos espectáculos objetos de placer, ni había abandonado aquella seriedad y aquella tiesura que alejaba á los que deseaban otra cosa.

Pero lo que Pepa no podía comprender era que Fuensanta no hubiera presumido, desde el momento en que se dedicó á aquella profesión, todo lo que podía sobrevenirle.

Fuensanta no creyó prudente revelarle la inicua venta que su madrastra hizo de

ella, razón por la cual se vió obligada á abandonar su casa.

Había dejado entrever solamente que, por efecto de una genialidad suya, se había incomodado con su familia, que se fugó de su casa y que se unió á una compañía de cantadoras y bailarinas.

Y Pepa deducía de todo ello que ya la joven había cometido alguna locura, y siendo así, no debía extrañarle lo que entonces le exigían los abonados, que no podía ni debía cogerla de susto, cuando ya había dado el primer paso.

Y no queremos decir con esto que hubiese aplaudido y mirado con buenos ojos el que Fuensanta hubiera seguido los mismos pasos que sus compañeras.

Tal vez, de ser así, la habría abandonado.

Pero, en medio de aquel ambiente, comprendía que no podía vivirse si no haciendo vida de galanteo.

Mas Fuensanta no había nacido para ella.

No pretendemos santificarla; pero la gro-

sería, digámoslo así, de sus compañeras, el rebajamiento de la propia dignidad pasando de los brazos de un amante á los de otro, por ganar un traje, un aderezo ó una cena, la repugnaba, le daba asco, no habría podido hacerlo.

Dos días después de la noche en que el polaco dió su tarjeta á Fuensanta, la tempestad, que hacia días estaba cerniéndose sobre su cabeza, estalló violentamente.

Apenas la joven hubo cantado, tal vez con más sentimiento que ninguna otra noche, percibiéronse ciertas señales de hostilidad en el público, que al terminar el baile, se manifestaron en toda su crudeza, silbando estrepitosamente á la desgraciada.

Ante una manifestación tan injusta como inesperada, Fuensanta palideció y cayó al suelo completamente desvanecida.

Cuando volvió en sí, encontróse en su cuarto del teatro, sin tener á su lado más que dos personas: Pepa y Estanislao Wanoski.

Este la contemplaba tristemente.

—¡Pobre joven!—murmuró.

Cuando la vió que abría los ojos, se alejó discretamente, diciendo á Pepa:

—En la puerta hay un carruaje que las conducirá á su casa.

Y sin añadir otra palabra salió de la habitación.

Poco después Fuensanta, apoyándose en el brazo de Pepa, abandonó el teatro.

El carruaje, como el polaco había dicho, esperaba á las dos mujeres en la puerta.

Al aparecer aquéllas el cochero abrió la portezuela.

—¿Es para nosotras?—preguntó Pepa.

—Sí, señora.

—¿Sabe usted dónde nos ha de conducir?

El cochero dijo las señas que se le habían dado, que eran efectivamente las de la casa en que vivían.

Cuando llegaron á ella, Pepa quiso pagarle, pero el cochero dijo:

—No hay necesidad. Todo está pagado.

Y se alejó de allí.

La noche que pasó la pobre Fuensanta fué terrible.

Al siguiente día había tomado su resolución.

Ella misma escribió al empresario rescindiendo su contrata.

Cuando Pepa regresó del teatro siendo portadera de la conformidad del empresario y de los sueldos que la joven acreditaba, dijo esta:

—Ahora, querida Pepa, vamos á hablar respecto á la nueva situación que se me ha creado con motivo de lo sucedido anoche.

Cuando Pepa oyó las palabras que Fuen-santa acababa de pronunciar, se quedó mirándola con interrogadora expresión.

No se atrevía á hacer observación alguna hasta que la joven concretó su objeto.

Esta prosiguió:

—Ya ha visto usted de qué modo ha terminado mi carrera artística. No he nacido para el teatro y es menester que cambie por completo de existencia. No estoy resuelta á ser lo que son otras y voy á buscar trabajo. En París no faltan establecimientos donde me parece que sabiendo como yo se, bordar y coser, pueda tener fácil cabida. Esa es la nueva etapa que voy á recorrer, y como no es justo que yo la perjudique á usted é

ignoro si podre seguir teniéndola á mi lado partiré con usted el dinero que tengo para que pueda sostenerse hasta que encuentre un buen acomodo, y yo me lanzaré á la calle á buscar lo que pueda darme de comer. Si yo pudiera sostenerla como hasta aquí, crea usted, Pepa, que jamás se habría separado de mi lado, pero desde este momento no soy ya más que una pobre que tiene que trabajar para vivir y me es imposible pagar sus servicios como antes. En su consecuencia, queda usted en libertad de obrar como crea más conveniente. Seiscientos francos tengo disponibles. Trescientos son para usted, como la he dicho, y otros trescientos me reservo. Hoy mismo dejo esta habitación, y ahora saldré para buscar otra más modesta.

Con profunda atención estuvo escuchando Pepa las palabras de su señora, y al terminar dijo:

—¿Ha concluido usted ya?

—Sí —contestó Fuensanta.

—¿De modo que me deja usted en completa libertad?

—Ya conoce usted la razón.

—Pues bien; una vez que soy libre para hacer lo que mejor me convenga, me quedo con usted. Es inútil que me diga nada—prosiguió al ver el movimiento que la joven había hecho.—Lo que sea de la una será de la otra. Con usted he venido desde Marsella y de usted no me separo. Yo soy así, cuando le tomo cariño á una persona es porque la creo digna de ello, y usted lo es. Un plato de sopás á su lado lo comeré con más gusto que el más delicado manjar en otra parte. Guarde usted el dinero y procuremos entre las dos estirarlo cuanto se pueda.

Fuensanta, profundamente conmovida, rompió á llorar abrazando á Pepa, diciéndole:

—Así seremos dos desgraciadas.

—O dos felices, señorita. ¡Quién sabe!

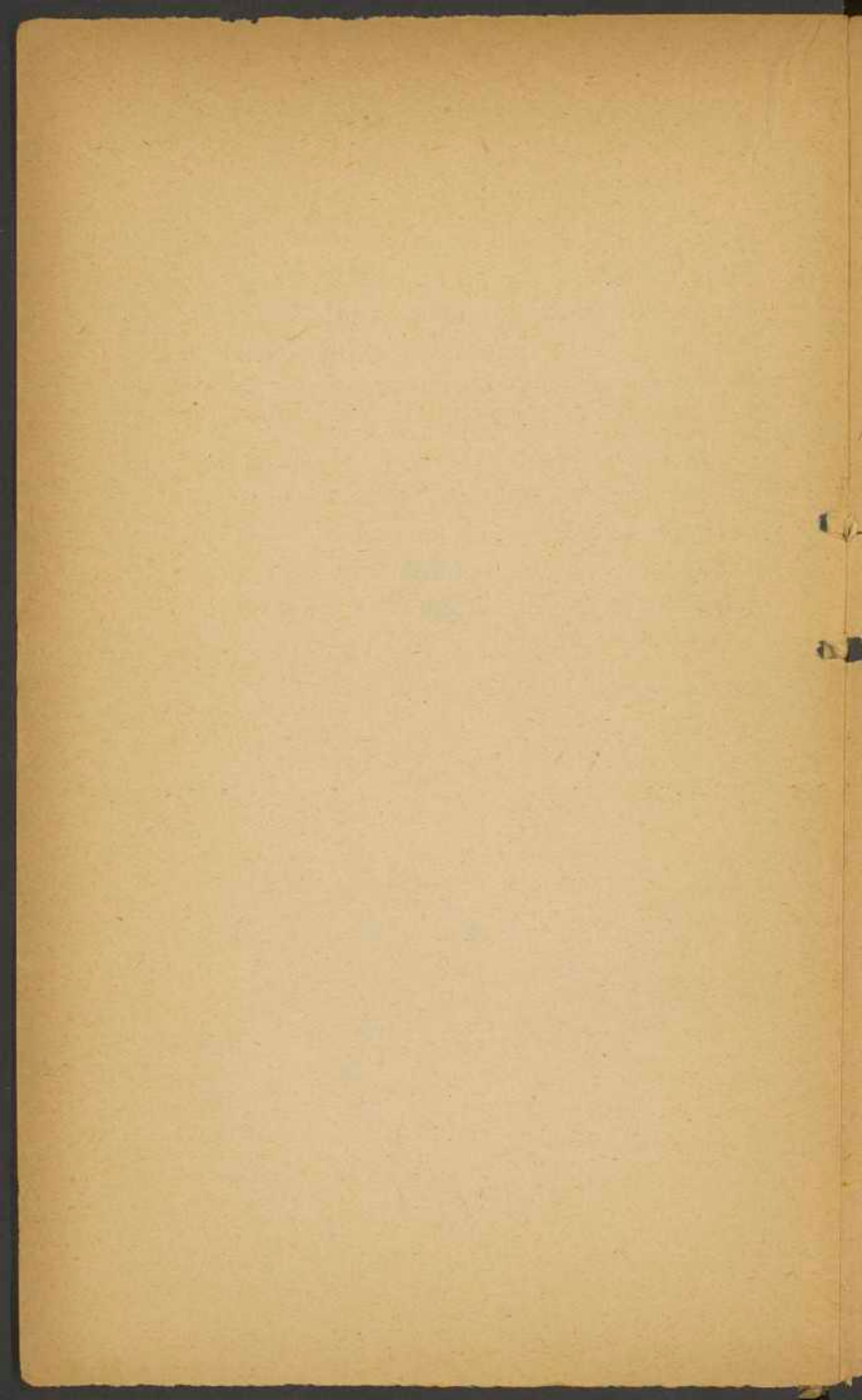
Las dos mujeres se pusieron á hablar después de lo que era más conveniente hacer dada la situación en que estaban.

Fuensanta tenía mucha confianza en encontrar trabajo.

Pepa no quería desanimarla, pero pen-

saba que los mismo peligros que la joven había querido evitar en el teatro iba á correr en los talleres de una modista ó en el mostrador de un almacén de confecciones.

Porque en París, lo mismo que en todas las grandes capitales, hay piratas tanto en los escenarios de los teatros, como en los talleres y en las fábricas, merodeadores de amor que abusan de la necesidad, ó de la ignorancia, ó de la credulidad de las pobres mujeres que se ven obligadas á ganarse la vida trabajando.



CAPITULO V

Un pobre' rico

Como primer paso para la nueva vida que trataba de emprender Fuensanta, buscaron una habitación más modesta, y una vez instaladas en ella, empezó la joven, acompañada por Pepa, á recorrer tiendas en busca de trabajo.

Desde luego, el tipo de Fuensanta favorecía su pretensión, y no la fué difícil encontrar lo que deseaba.

Pero sus compañeras de taller se enteraron á los pocos días de que había sido bailarina y cantadora de un teatro, corrió la voz, el dueño del establecimiento, que ya miraba con buenos ojos á la nueva oficiala, juzgó

que podía muy bien atreverse á exigir más de lo que debía, la joven rechazó la petición y al cabo de ocho días tuvo que salir de aquella casa.

Pepa iba á buscarla al salir del almacén, la acompañaba á la hora de entrada, pero á pesar de esto no podía evitar las insinuaciones más ó menos atrevidas de tanto galán que una vez olfateada la presa, pretendían apoderarse de ella.

Otro nuevo establecimiento admitió á la joven.

Era la dueña una gran modista, y vió en Fuensanta una oficiala elegante, instruída y hermosa, y no vaciló en asegurarle que tendría casa para mucho tiempo si ella quería.

La clientela de la modista era escogida.

Entre ella estaba la duquesa D..., que á la sazón era una de las reinas de la moda y, como es consiguiente, daba mucho dinero á ganar á Mme. Atenaida, que así se llamaba la modista.

Esta realizaba un doble negocio con aquella dama aristocrática.

El duque, su esposo, tenía una amiga con la que estaba gastando una fortuna.

La amiga del duque era parroquiana también de la modista, y por saber el traje que iba á estrenar la duquesa y hacerse uno parecido antes de que aquella lo estrenase, pagaba, ó mejor dicho, hacía pagar á su amante cantidades fabulosas.

Pero el duque, el primer día que vió en la tienda á Fuensanta se prendó de ella, y repitió sus visitas, y la querida llegó á observar la expresión con que su amante miraba á la joven, y llamó sobre ello la atención de Mme. Ateraida.

El duque, á su vez, habló con Fuensanta, le hizo las más seductoras ofertas, y en vez de no volverla á mirar al ver la indiferencia y el despego con que la joven le contestó, persistió con tal empeño, que empezó á alejarse de su amante.

Esta vió entonces claro el peligro y resueltamente planteo á la modista el siguiente dilema:

—O esa muchacha sale de esta casa, pero en seco, ó sea en el momento, ó deja usted

de vestirme, y al dejar de hacerlo perderá usted mucha parroquia, porque ya sabe que hay muchas damas que en cuanto me ven un traje ya vienen á que les haga usted otro igual.

Y como de aquello podía resultarle á la modista una pérdida positiva, sacrificó á Fuensanta para conservar á la amante del duque.

Semejante calvario iba haciéndose un poco pesado para la que lo estaba recorriendo.

Para hacerse más crítica la situación, Pepa cayó enferma.

Y su enfermedad revistió tales caracteres, que el médico aconsejó á Fuensanta que la hiciese conducir al hospital.

—Eso, nunca,—repuso resueltamente Fuensanta.—Mientras haya un clavo en la casa lo venderé para evitarlo.

Y como tuvo que desatenderlo todo para cuidar á la pobre mujer, y la enfermedad se prolongaba y los recursos eran escasos, llegó el momento en que se agotaron, hubo que recurrir al empeño ó á la venta y finalmente ya no quedó nada por empeñar ó vender.

Fuensanta rendida por la incesante fatiga de aquellas largas vigiliass, agoviada por el peso de tan continuado infortunio llegó á no saber ya ni que hacer ni á quién dirigirse para pedir auxilio.

Las últimas medicinas que el médico había recetado no se podían comprar porque no había un céntimo en aquella pobre casa y con mayor insistencia volvía el médico á su instigación primitiva:

—Es menester que esta pobre mujer sea conducida al hospital. Usted ha hecho cuanto humanamente ha sido posible. Hoy, la persistencia de usted en sostenerla en esta casa donde se carece de todo, puede ser perjudicial á esa infeliz.

Fuensanta escuchaba estas terribles palabras sin saber que pensar ni que hacer.

El médico continuó diciendo que él se veía obligado á retirarse puesto que las medicinas ordenadas por él, no se administraban á la enferma y que daría parte pues no quería cargar con la responsabilidad de que falleciese por falta de asistencia.

Cuando se marchó el médico, la joven

permaneció durante un buen rato completamente abatida.

Contemplaba á Pepa inmóvil en el lecho; miraba las recetas que el médico había dejado, se hacía cargo de la horrible desnudez que reinaba en aquella casa y dirigía á todos lados las ansiosas pupilas cual si buscara una salvación, fuera la que quisiera, para salir de aquel horrendo conflicto.

De pronto, se fijó en una tarjeta arrugada y sucia que había sobre la única mesa desvencijada, que por efecto de su mismo estado nadie había querido comprar.

Aquel pedazo de cartulina despertó sin duda algún recuerdo, porque se levantó con la mirada inflamada y presa de poderosa agitación exclamando:

—No hay remedio. El postrer sacrificio La mujer pobre no tiene más remedio que sucumbir.

Y cogió la tarjeta, miró las señas escritas en ella, y sin decir una palabra á la enferma guardó la tarjeta, rogó á una vecina que cuidase de Pepa durante su ausencia y se lanzó á la calle.

Conforme iba andando, aumentaba su agitación.

Encendido el rostro, brillante la mirada, sin ver siquiera á las personas con quienes tropezaba, presa de una fiebre que la devoraba, franqueó la distancia que separaba su casa del boulevard de los Italianos.

Entró en la calle de la Michadiere, buscó un número y resueltamente penetró en el portal de la casa, preguntando al portero.

—¿El señor Estanislao Wanoski?

—En el entresuelo,—contestó el interpelado mirando curiosamente á Fuensanta.

—¿Está en casa?

—Sí señora.

La joven llamó poco después á la puerta del entresuelo.

Un criado, tan anciano como su amo, abrió, preguntando á Fuensanta qué deseaba.

Cuando esta le dijo que quería hablar con Don Estanislao, la hizo pasar adelante, cerró la puerta y fué á dar aviso á su señor.

Un momento después Fuensanta cada vez más agitada, bajo la presión de la fie-

bre que la consumía, entró en el salón donde estaba el caballero que salió á su encuentro diciéndole bondadosamente:

—La estaba esperando.

Al escuchar estas palabras, la joven miró sorprendida al que las acababa de pronunciar y como si comprendiese que podía faltarle valor para exponer su situación, precipitadamente, como quien conociendo el peligro pretende cerrar los ojos para no verlo, dijo:

—Caballero, estoy en la miseria, tengo en mi casa una pobre enferma que se muere y no puedo salvarla. He vendido cuanto tenía, sólo me queda mi cuerpo. ¿Quiere usted comprarlo?

Y como si esta proposición vergonzosa abrasara sus labios y en ella hubiera encerrado el último aliento que le quedaba, cerró los ojos y habría caído al suelo á no sostenerla el caballero que la depositó suavemente en un sillón, murmurando con acento conmovido:

—¡Desdichada criatura!

Merced á los auxilios que la prestó Es-

tanislao, volvió en sí, y al comprender por el lugar en que estaba, lo que había ido á hacer en aquella casa, se cubrió el rostro con las manos y rompió á llorar amargamente.

Estanislao la dejó por espacio de algunos minutos que desahogara su aflicción por medio de las lágrimas, y después le dijo con paternal acento:

—Hija mía, yo no puedo ser su amante pero seré su padre. Circunstancias especiales me impiden hacer lo que hubiera querido porque desde que ha llegado usted á Paris la he seguido día por día, y he adivinado cuanto le ha sucedido. He comprendido sus luchas teniendo la seguridad de que sería vencida y para evitar que al caer irremediablemente fuese usted á hundirse en el cieno del arroyo, la di aquella tarjeta creyendo que tal vez la recordara en el momento de la desesperación. Tranquilícese usted. Nada le faltará. No soy rico, pero puedo favorecer á mi hija querida. Hace usted falta al lado de esa pobre mujer que no la ha abandonado en sus días de desgracia. Váyase allí que

cuando llegue es fácil que encuentre ya alguien que la haya precedido. Enjúguese usted el llanto y mientras usted se tranquiliza voy á dar algunas disposiciones.

Y el anciano salió del aposento.

Cuando volvió á entrar, la joven no pudo menos que bajar la cabeza con el semblante enrojecido.

Se avergonzaba del paso que había dado, de las palabras que había dicho, pero al mismo tiempo comprendía que una vez soltada la frase no podía ya recogerla.

Estanislao, cual si comprendiera lo que pasaba en aquel pobre corazón tan dolorosamente herido, dijo:

—Puede usted alzar la frente sin temor alguno. Nada exijo, nada quiero, he olvidado lo que antes ha dicho. Palabras pronunciadas en el delirio de la fiebre, no tienen valor alguno.

Un carruaje la espera á la puerta, y en su casa, como la he dicho, encontrará quien tiene instrucciones mías para obrar de acuerdo con usted.

—Pero es que todo servicio exige el pa-

go y yo no tengo para esto más que mi honra; lo único que he podido conservar—contestó la joven con vacilante acento.

—Más tarde podremos hablar de eso. Ahora es preciso que regrese usted á su casa.

—¡Gracias! ¡caballero! ¡gracias! Queda en pie mi deuda.

—¡Quién sabe lo que puede suceder, todavía!—dijo sonriendo bondadosamente el polaco.

Y él mismo sosteniendo á la joven, la condujo hasta la puerta de la habitación.

—El cochero,—dijo el anciano al despedirla—sabe ya donde la ha de conducir. Más tarde tendré ocasión de verla.

La joven, sin poderse dar cuenta de lo que estaba oyendo y de aquel cambio que se operaba en su situación según se desprendía de las palabras del caballero, llegó á la puerta de la calle, y efectivamente allí estaba el carruaje que Estanislao la indicara.

El cochero, abrió la portezuela, precipitose la joven en el interior y poco después estaba en su casa.

Como Estanislao había dicho, la había precedido el mismo criado que la recibiera en casa del polaco.

Presentóse allí diciendo á la vecina que Fuensanta dejara encargada el cuidado de la enferma, que iba de parte de la joven para hacerse cargo de cuanto necesitase.

Y como realmente era mucho lo que hacía falta en aquella pobre vivienda, donde ya se carecía de todo, lo primero que se le ocurrió, al ver las recetas que había sobre la mesa, fué preguntar si habían ido ya á buscar las medicinas.

La vecina dijo que no, y el criado cogió las recetas, y poco después regresó con los medicamentos que representaban.

Empezó á observar cuanto era necesario para poner en regulares condiciones aquella desmantelada habitación, y cuando llegó Fuensanta le dijo:

—Señorita, ya sé lo que aquí hace falta con mayor urgencia. Puesto que está usted aquí, voy á buscarlo.

Fuensanta se apresuró á dar la medicación ordenada por el médico á la enferma.

Esta preguntó á la joven quién era aquel criado que había visto allí.

—Ya lo sabrás todo, Pepa. Por ahora lo principal es que te pongas buena.

Aquel mismo día quedó completamente transformada la habitación de Fuensanta.

Desde aquel momento ya no se careció de nada, y la curación de Pepa fué adelantando rápidamente.

Estanislao no se presentó en aquella casa.

Su criado era el único que cuidaba de todo, y el día en que, según la opinión del médico, podía salir la enferma á dar algún ligero paseo á las horas del sol, la dijo el criado:

—Puesto que ya puede salir la convaleciente, hoy mismo nos trasladaremos á la casa que mi señor ha tomado en Passy.

Fuensanta no hizo objeción alguna.

Todo lo que hacía aquel bondadoso protector estaba hecho con una delicadeza tal, que oponerse á ello hubiera sido una imprudencia.

La casita de Passy era una monada.

Nada faltaba en ella; no había fastuosi-

dad ni lujo, pero en todo se revelaba, dentro de la modestia del mobiliario y de los adornos, un gusto tan delicado, que Fuensanta no pudo menos de apreciarlo en su verdadero valor.

La instalación se verificó aquel mismo día, y el criado de Estanislao, polaco también como su amo, se encargó de trasladar á la nueva casa los objetos que la joven quiso conservar.

Cuando Pepa supo el paso que había dado Fuensanta, paso al cual se debía el cambio tan inesperado en su situación, inclinó la cabeza; una lágrima brilló en sus ojos, y después, abrazando á la joven, dijo:

—¿Con qué podré pagar el sacrificio tan grande que ha hecho usted por mí?

—No hablemos de eso, Pepa—repuso Fuensanta, cuya frente se nubló al recordar el compromiso contraído.—Lo principal es que ya estás buena.

—Y que daré mi vida, si es necesario, por salvar la suya, señorita. Dios tiene que protegerla porque es buena. ¿Y no sabe usted quién es ese caballero?—preguntó después la criada.

—Lo ignoro. Ni he preguntado á Alejo que así se llama el criado, ni éste me lo ha dicho. En cuanto á su amo, no he vuelto á verle desde el día que estuve en su casa.

—Y nosotras nos habíamos creído que no era rico.

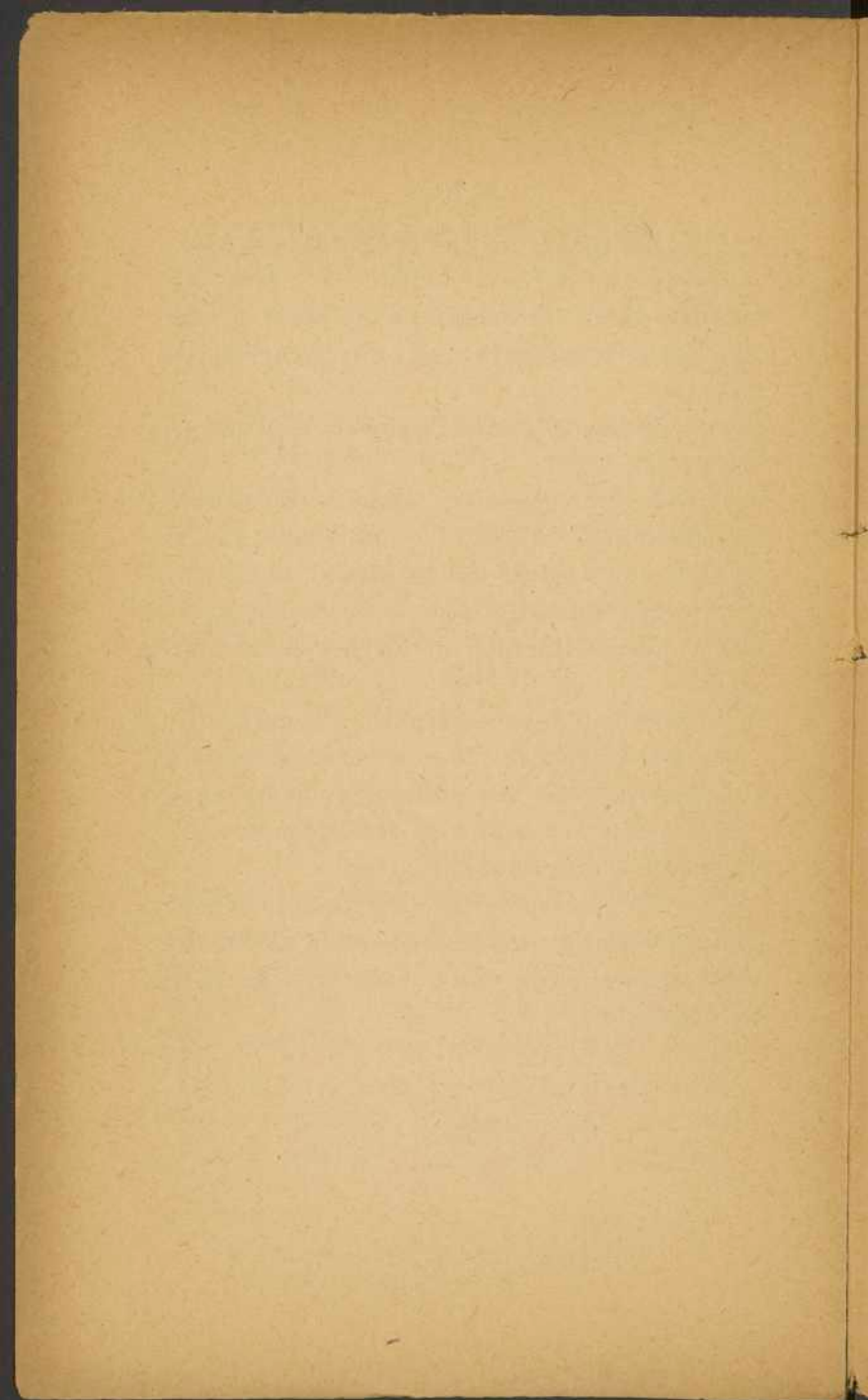
—No creo que lo sea tampoco. En su casa había mucha modestia, y no ví más que el criado que después nos ha estado sirviendo.

—Sin embargo, todo lo hecho por nosotras demuestra que no ha de ser ningún pobre.

—Pobre ó rico—repuso Fuensanta,—hay que reconocer que está obrando con una delicadeza, con una discreción, que le hace doblemente acreedor á mi reconocimiento.

—Y al mío también.

—Lo que temo—dijo Fuensanta, llenándosele los ojos de lágrimas—es el día en que me exija el pago de la deuda que he contraído.



CAPÍTULO VI

El conde Estanislao Waneski

El conde Estanislao era un noble polaco comprometido en todas las sublevaciones, por medio de las cuales la desdichada Polonia había pretendido sustraerse á la terrible suerte á que la condenaron las ambiciones de María Teresa de Austria, Catalina II de Rusia y de Federico II de Prusia, ratificada por el infame tratado de Varsovia en Septiembre de 1773, sublevaciones cuyo desenlace había sido siempre terrible para cuantos tomaban parte en ellas.

El conde Estanislao, que poseía inmensos dominios en el territorio que había sido adjudicado á Rusia, á duras penas pudo sal-

var una pequeña parte, si bien más tarde por efecto de su matrimonio con la princesa Federonhna Legzziki, pudo recobrar mucha parte de ellos, por haberlos adquirido aquélla al hacerse la partición de aquel reino.

Desengañado Estanislao por las decepciones que había sufrido en las repetidas alteraciones de Polonia, empezó á retirarse de la política activa, y mal avenido con los opresores de su país, fué á fijar su residencia en Londres.

La princesa su esposa, orgullosa, altanera, viciada como gran parte de aquella nobleza rusa á quien las liviandades del trono parecía prestar ejemplo para secundarlas, fué poco á poco aflojando los lazos que debieran haber hecho firmes y poderosos el cariño y el buen nombre de un esposo, en términos que éste se vió obligado á alejarla de su lado, antes que consentir en ser objeto de la burla ó de la compasión de sus amigos.

La princesa se retiró á sus posesiones, y el conde empezó á distraer su soledad viajando constantemente y favoreciendo la suerte de muchos de sus compatriotas que

sufrían todos los horrores de una forzosa emigración, sin recursos para poder subsistir.

Corazón entusiasta, generoso, abierto siempre á toda idea elevada y digna, ni las seducciones con que podría brindarle el mundo, puesto que tenía medios para satisfacerlas, sin el ejemplo de otros muchos de sus amigos que endulzaban las amarguras del destierro con los effluvios del placer, el conde, solo siempre, acompañado por su fiel Alejo, el mismo criado á quien ya conoce el lector, viajaba incensantemente, haciendo escala alguna veces, ora en algunas capitales de Oriente, ora en las grandes ciudades de Occidente.

Así fué envejeciendo, encerrando en su alma toda la gran dosis de ternura, de cariño, de abnegación, de que hubiera hecho depositaria á su esposa á ser ésta lo que él había creído encontrar en ella.

Finalmente, misántropo por necesidad, sin que para él pudiera ofrecerle el mundo atractivo alguno, fijó su residencia en París; ocultó su título y su posición, alquiló un mó-

desto entresuelo en la calle donde había ido á buscarle Fuensanta, y alejado de amigos y de placeres, vió blanquear sus cabellos y apagarse todos los alientos de su juventud.

Su única distracción consistía en asistir á toda clase de espectáculos, pero modestamente, confundido con la multitud, sin conocer á nadie y procurando no ser conocido tampoco.

Así fué cómo conoció á Fuensanta.

Y como tenía la fortuna de que nadie le conociese y en todas partes entraba, puesto que poseía esa llave que en el mundo abre todas las puertas, que es el dinero, poseía la experiencia suficiente para conocer y apreciar las personas, oyó los juicios emitidos respecto á la bailarina española, oyó las apreciaciones hechas por sus mismas compañeras, estudió atentamente á la que era objeto de todo aquello y murmuró *in mente* la misma frase que había pronunciado al ver desmayada en su casa á Fuensanta.

— ¡Desdichada criatura!

Y desde aquel momento siguió la existencia de la joven con un interés extraordi-

nario, y llegó un momento en que aquella simpatía y aquella conmiseración con que veía las luchas que sostenía la joven, se convirtió en pasión ardiente. Era el primer amor que aquel noble corazón había sentido.

Amor senil, que es el más doloroso de todos cuando la persona que lo siente, sabe comprender todo lo que de horrible tiene semejante desgracia.

El conde así lo comprendió, y como también su existencia había sido una lucha continua, supo luchar de nuevo y ocultar el fuego que le consumía para no ponerse en ridículo, ni ante la mujer que amaba, ni ante los hombres que hubieran podido censurarle.

Y como que por medio de la lucha y de la razón se purifican los sentimientos, en aquella evolución á que el conde estaba sujetando el sentimiento que en él había despertado la bailarina, en vez del amor carnal que en los primeros momentos abrasaba su sér, fuéronse matizándose los tintes, difumándose las locas aspiraciones y de gradación en gradación, la pasión absorbente, el anhelo

loco transformóse en la afección casta y pura del padre respecto á la hija.

Dado el camino que sigue—se dijo el conde—esa pobre criatura, ha de llegar un día en que al dirigir la desolada mirada á su alrededor no ha de encontrar ni una mano amiga que le sostenga ni una afección noble que la consuele. Entonces vendrá á mí. Yo seré su padre y mi cariño será la isla de refugio donde la desgraciada encuentre puerto seguro donde restañar las fuerzas perdidas en el naufragio de sus aspiraciones.

La silba concertada por los desdeñados adoradores de Fuensanta, de acuerdo con las envidiosas y complacientes compañeras de la joven, la esperaba, no le sorprendió, y la prueba fué que tres días antes le entregó la tarjeta donde estaban las señas de su casa.

Cuando supo la rescisión de la contrata de Fuensanta, cuando la vió buscar trabajo por los talleres de modista ó por los almacenes de confecciones, el noble anciano sonreía tristemente pensando que en el mar de la vida bajo aspectos distintos y en aguas

diferentes, abundan los piratas, los cosarios y los merodeadores.

Y cuando más tarde supo que la pobre Pepa había caído enferma, que Fuensanta hacía cuanto era posible por salir adelante, que en aquella casa se carecía de todo, que nada quedaba en ella empeñable ó vendible se decía invariablemente:

—Todavía lucha, pero vendrá. Estoy seguro que el día en que esa infeliz tenga necesidad de vender su honra, vendrá á buscarme suponiendo, sin duda, que seré el comprador más solícito.

—¡Pobre criatura!

Y efectivamente, y a hemos visto que las previsiones del conde se realizaron por completo.

Alejo había sido hasta entonces su representante en todo y para todo, el conde había querido dar tiempo á que la joven á fuerza de cuidados y atenciones recobrara toda su belleza.

Con este objeto había tomado la linda casita de Passy, inmediata á París, donde podría irse restableciéndose Pepa, y donde la

joven iría acostumbrándose al nuevo estado de cosas.

Un día, ya totalmente restablecida Pepa y hecho cargo en unión de Alejo, de la dirección de la casa, se presentó Estanislao en ella.

Al recibir Fuensanta el aviso de su visita no pudo menos de estremecerse.

El momento terrible habia llegado.

El acreedor se presentaba á reclamar el pago de su deuda. Esto creía la desgraciada.

La joven no tuvo más remedio que recibir al conde, el que con aquella misma afección de bondad en el semblante y suavidad en el acento con que siempre la había hablado, dijo al verla:

—Dios te guarde, hija mía, dispensa si tanto he tardado en venir á verte, pero sabía por Alejo que estabas contenta y satisfecha y que esa pobre mujer por quien te interesas había recobrado la salud y con esto tenía suficiente para mi satisfacción.

—Deseos tenía de ver á usted,—repuso Fuensanta con tembloroso acento—para darle personalmente las gracias por todo cuanto ha hecho por mí.

—Antes de contestar á lo último que acabas de decir, permíteme que te haga una observación, Fuensanta.

—Diga usted.

—Una hija no habla á su padre del modo que tú me hablas. Yo te hablo como padre, como padre cariñoso, hija mía, ¿por qué no me hablas del mismo modo?

—¡Oh señor!—exclamó Fuensanta comprendiendo toda la delicadeza que iba encerrada en aquellas palabras,—¡cuán bueno y cuán noble es usted!

—Veo que persistes en no quererme tratar como á un padre.

—Perdón, sí... Ya procuraré acostumbrarme.

—Pues siéntate aquí, no á mi lado, porque quizás necesites acostumbrarte también á ello, sino frente á mí para que yo pueda ver tus ojos, esos cristales del alma, lo que existe en la tuya, para que pueda apreciar en las dulces inflexiones de tu voz la verdadera fibra que mis palabras hacen vibrar en tu pecho, para que no me quede duda alguna de que aceptas, sino satisfecha, resignada al menos la suerte que te puedo ofrecer.

—Pero si de antemano sabe usted que estoy obligada á aceptarlo todo.

—No, nunca. Tan libre eres hoy como lo eras el día que rompistes tu compromiso con el empresario. A nada estás obligada.

—¿No me ha llamado usted su hija? pues desde el momento que lo soy, obligada vengo á obedecerle.

—Sin embargo...

—No, padre mío; obligada estoy, le repito, á cuanto usted disponga. La hija, no tiene más voluntad que la de su padre.

—Pero cuando la hija es mayor de edad...

—Es que yo me encuentro todavía bajo la patria potestad—repuso dulcemente Fuen-santa.—No tengo la edad que prescribe la ley, y por lo tanto, usted es el dueño.

CAPITULO VII

Confidencias

Fueron pronunciadas estas palabras con una expresión tal, había en ellas una mezcla de amarga ironía, de sinceridad, de afecto y de resignación, que el anciano comprendió perfectamente, porque dijo:

—Comprendo, Fuensanta, que para usted tiene tanto de nuevo esta situación como de dolorosa y al mismo tiempo de irremediable; por eso la dije y vuelvo á repetirlo que conmigo no ha contraído compromiso alguno; que está usted en completa libertad para obrar conforme crea más conveniente. No es usted, ni yo quiero que lo sea, el pájaro prisionero en jaula, más ó menos do-

rada. Nada de eso. Esa jaula tiene abierta la puerta para que el pájaro pueda salir cuando mejor le plazca.

—Y yo á mi vez le repito, que no acepto esa libertad que usted tan noblemente me ofrece—repuso la joven.—Llegaré hasta donde usted quiera que llegue.

—¿Y si no puede usted?

—Dios me prestará fuerza.

—No, no es Dios quien la debe prestar ese valor que necesita. Ha de ser el propio convencimiento.

—¿Y acaso no puedo estar convencida de que no me queda otro recurso que seguir adelante?

—¿Y si se arrepiente después?

—Continuaré á pesar de eso.

El polaco movió la cabeza á uno y otro lado.

No podia aceptar lo que la joven acababa de decir.

Mejor dicho, no era tan egoísta, que por la satisfacción propia, pretendiera sacrificar la ventura ajena.

Fuensanta había observado el movimiento del anciano y dijo:

—¿Duda usted de mis palabras?

—¿Por qué se lo he de negar? Dudo y tengo razón para ello. En estos momentos, usted habla impulsada por la gratitud.

—¿No tengo motivos para ello?

—Sí, hija mía; pero no se trata de gratitud ni se debe obedecer á ese hermoso sentimiento, cuando se trata de contraer lazos que una vez formados, no se deben romper.

—¿Tan temibles han de ser?

—Si se tratara de una de esas uniones en que por parte del hombre no se empeña más que un poco de amor propio, de orgullo en ostentar la posesión de una mujer que otros se han disputado, y por parte de la mujer no existiera más que la satisfacción que pueda producir la posesión de una fortuna, el poder gastar lujosos trenes, alardear de riqueza ufanándose con valiosas alhajas y soberbios trajes, sin que ni uno ni otro interesasen para nada el corazón, los lazos de unión de esas dos personas serían tan flojos, que cuando cesara el capricho ó se cerrase la caja que sufragaba los gastos

de aquel contubernio puramente de lujo ó de capricho, se romperían sin dejar recuerdo en ninguno de los dos. Pero aquí, es diferente, Fuensanta, muy diferente.

—No comprendo...

—Quiero decir, que ni el afecto que yo la profeso tiene nada del vanal capricho de uno de esos hombres viciosos, ni el cariño que usted puede concederme debe ser uno de esos fuegos fatuos que deslumbran un instante y se extinguen después, para reaparecer al poco tiempo en lugar diferente y por acción distinta. Y como esto no ha de ser así, permitame usted que empiece, haciéndole una completa confianza de mi vida pasada, de mi existencia presente, y de mi propósito para lo porvenir.

—Es que yo no me reconozco con derecho para que usted me haga esa confianza,—dijo la joven, cada vez más sorprendida.

—Le tiene usted, del mismo modo que yo le tengo para conocer después todo su pasado y todas sus aspiraciones para lo venidero, confianza por confianza, Fuensanta.

—Pero...

—Somos dos personas que por el azar de la suerte, se encuentran en condiciones de formar una sociedad y por lo tanto es menester que recíprocamente conozcan el capital de desengaños, de placeres, de desventuras, y de esperanzas que aporta cada una. Yo empezaré mi relato, y tenga usted presente que cuanto la diga es la verdad, ya sea favorable ó desfavorable para mí. Por lo mismo me creo con derecho á exigir de usted idéntica sinceridad.

—Como usted quiera.

—De esta confesión mútua, debe resultar el verdadero lazo de unión entre nosotros.

—Si ese lazo...

—Dispense usted Fuensanta; ese lazo no está formado todavía. No puede ni debe ser válido un compromiso contraído bajo la ardiente fiebre de la desesperación y de la necesidad. Hasta ahora, la libertad es recíproca y cada uno puede obrar como mejor quiera.



Fuensanta estaba cada vez más sorprendida escuchando al anciano.

Había en su aspecto y en sus palabras una bondad, una delicadeza, un algo que á pesar de su edad, le hacía verdaderamente simpático é interesante.

Estanislao, sin revelarle su título ni su riqueza, la dijo sus compromisos políticos y las persecuciones de que había sido objeto; su casamiento, el engaño que en él había sufrido, todo, sin ocultarle como hemos dicho, más que su título y la fortuna que había podido conservar después del naufragio de todos sus extensos dominios.

—Ahora,—terminó diciendo—ya conoce usted todo mi pasado. Respecto al presente, no tengo sino un mediano pasar que es lo único que la puedo ofrecer. Estará usted al

abrigo de la miseria, pero no tendrá grandezas ni ostentación. Si pudiera ofrecerla mi nombre lo haría sin vacilar, pero mi situación es delicada y un tanto ambigua la de usted á mi lado. Negarla que desde el momento que la vi, mi corazón que no ha envejecido como mi cuerpo, sintió lo que ni en mi juventud había sentido, fuera una necesidad en mi. Pero á la par que mi corazón latió con violencia, la razón me aconsejó que solo debía quererla como el padre quiere á su hija, cariño tierno, previsor, desinteresado, y de tal manera esta idea ha ido arraigándose en mi sér, que no debe usted temer que jamás trate de exigir más de lo que me quiera conceder. Ahora, á usted corresponde honrarme con su franqueza ya que yo la he considerado digna de otorgarle la mía.

*
* *

Durante algunos minutos, permaneció silenciosa Fuensanta.

Profundamente impresionada por todo lo que acababa de escuchar, la joven reflexionaba sobre ello, comprendiendo todo lo grave del compromiso que iba á contraer.

Sin embargo, ¿podía acaso rehusar al noble anciano que tan digno, tan delicado, se había presentado hasta entonces?

¿En la situación que ella se encontraba, qué partido era el que le quedaba?

Había tenido ocasión de apreciar lo que valían la mayor parte de los hombres, que había tratado, sabía por experiencia los peligros á que se halla expuesta la mujer que se encuentra en una situación como la suya y no tenía valor para sostener una lucha como la que había sostenido desde que salió al teatro por primera vez.

Los desengaños que había recibido la habían hecho despreciar á los hombres y su corazón dolorosamente herido, como la sensitiva que al contacto de una mano profana cierra sus hojas, así también había cerrado las puertas para todo amoroso sentimiento.

¿Qué la importaba la ancianidad de Esta-

nislao si lo que le ofrecia era el afecto de un padre, sin exigirle los placeres del amante?

Falta de afectos como se encontraba, no podía ni debía rechazar el que se la ofrecía.

Así fué que á su vez, y correspondiendo franqueza con franqueza, habló y refirió á su protector su infancia, la muerte de su madre, la indignidad de que había sido víctima por parte de su madrastra, su repugnancia á sostener el vergonzoso tráfico á que ella la había destinado, su resolución de sustraerse á él, y finalmente su ingreso en el teatro, donde él la había conocido, ingreso hecho con objeto de ayudar á su padre y hacerle que se separara de la miserable mujer que la había perdido.

—Ya conoce usted mi historia—dijo á Estanislao al terminar.—Mi existencia es bien desgraciada. He perdido creencias, ilusiones, todo lo que hace agradable la vida de una joven como yo. Usted me ofrece el cariño de un padre y yo comprendo que lo único que queda intacto en mi corazón es el sentimiento filial. Eso es lo que puedo ofre-

cerle á mi vez. Comprendo que el mundo, como ha dicho usted, formará toda clase de juicios, pero ¿puedo yo aspirar á otra cosa? Flor ajada cuando apenas empezaba á vivir, he de resignarme á pagar con mi abnegación y mi afecto la nobleza y la generosidad de quien como usted, ha tenido piedad de mí y no me exige sino aquello que puedo dar. Y lo daré sin reservas, sin restricción alguna, como la hija más cariñosa procede con su padre, bendiciendo siempre la mano generosa que me ha sacado del cieno en que me iba á hundir.

*
* *

Enternecido había escuchado el polaco el relato de Fuensanta.

Cuando ésta concluyó, el noble anciano la abrió los brazos y la estrechó en ellos, diciéndole:

—Gracias, hija mía. Yo te juro hacerte feliz hasta donde puede hacerlo un hombre de mi edad y de mi fortuna, y te juro que jamás tendrás que arrepentirte de la confianza que en mí has depositado. Desde este momento, para el mundo, serás lo que él quiera que seas. En el interior de nuestra casa, mi hija nada más.

El conde permaneció casi todo el día al lado de Fuensanta

Regresó á París á la caída de la tarde, y por espacio de tres días no volvió al hotel de la joven.

Al entrar le dijo ésta:

—Ya le habrá dicho á usted Alejo, la inquietud en que nos ha hecho estar su prolongada ausencia. Esta mañana, no sabiendo á qué atribuir la falta de noticias de usted, envié á Alejo á París.

—Ya me lo ha dicho y te agradezco, hija mía, el interés que por mí te has tomado. No quería venir hasta no ser portador de alguna noticia satisfactoria.

—¿Satisfactoria para usted?

—Y para ti.

—¡Para mí!

—Desde luego, puesto que al referirme tu historia comprendía el deseo que tenías respecto á tu padre, y estaba practicando diligencias para saber de él y que tuviera noticias referentes á tí.

—¡Eso ha hecho usted!—exclamó la joven con expresión de vivo reconocimiento.

—Debía hacerlo, puesto que tú tenías deseos, como me dijiste, de saber de él.

—¿Y ha sabido usted algo?

—Sí.

La contestación del conde, tanto por su laconismo cuanto por la expresión de su semblante, no pudo menos de impresionar á la joven.

Y mirando al conde, no se atrevió á continuar sus preguntas, cual si presintiera que la contestación no había de ser satisfactoria. Pero como el anciano continuaba silencioso, la joven no tuvo más remedio que decir:

—¿Y esas noticias que ha recibido usted?

—No son muy buenas, por desgracia, hija mía.

—¿Acaso mi padre está enfermo?

—Sí.

—¿Pero enfermo de gravedad?...

—Cuando menos, no dá muchas esperanzas el médico.

—¡Dios mío! ¡Aquella mujer habrá conseguido al fin!...

—Es muy posible, dado los antecedentes que me distes, que efectivamente ella sea la culpable de todo.

—Si yo pudiera ir al lado de mi padre, verle, aún cuando no fuera más que un momento, para pedirle que me perdonara...

—No hay necesidad—repuso el conde mirando tiernamente á la joven.—Tu padre te ha perdonado ya.

—¿Quién se lo ha dicho á usted?

—El cura de la parroquia de San Antolín, que fué á quien me dirigí en virtud de las noticias que me habías dado. A mi telegrama contestó con otro más extenso, dándome todos los pormenores que yo le pedía.

—¡Pero mi padre! ¡mi pobre padre!...

—Querida hija—contestó el conde abrazando cariñosamente á la joven —hoy no tienes ya más padre que yo.

Esta respuesta, que estaba temiendo Fuensanta, dadas las reticencias de su protector y la expresión de su rostro, le hicieron comprender la horrible verdad y rompió á llorar amargamente en los brazos del conde.

* * *

Efectivamente, como éste había dicho, telegrafió al cura de la parroquia en que había nacido Fuensanta, anunciándole el envío de una letra para que, al hacerla efectiva, entregara su importe al padre de la joven; también le decía que pronto recibiría noticias suyas y rogándole que la contestación se la diera telegráficamente, á cuyo efecto quedaba pagada la misma.

El sacerdote, si no pudo cumplir el primer encargo porque, como decía en el telegrama, hacía dos meses que había fallecido

el padre de Fuensanta, le daba detalles respecto á su muerte, pues le había asistido en los últimos momentos, añadiéndole, que el pesar por la desaparición de su hija y el indigno trato de la mujer á quien había dado su nombre, exacerbando sus dolencias, le condujeron al sepulcro, [habiendo perdonado á su hija antes de morir.

El conde le telegrafió de nuevo agradeciéndole su diligencia y rogándole, al mismo tiempo, que en nombre de Fuensanta distribuyese el importe de la letra que recibiría entre los pobres de la parroquia.

Hecho todo esto fué cuando visitó de nuevo á Fuensanta para consolarla y cuyo dolor cuando se enterase de lo ocurrido estaba presumiendo.

Por espacio de algunos días permaneció al lado de Fuensanta consolándola y atendiéndola como el padre más cariñoso.

Cuando ya juzgó que la joven estaba mas resignada con su suerte y que por lo tanto podía abordar resueltamente la cuestión para el porvenir, manifestó á Fuensanta que marchaba á París para ultimar algunos asuntos que tenía pendientes.

—¿Pero no regresará usted esta noche?
le pregunto la joven.

—No, hija mía, todavía he de permanecer algunos días en París.

—Pero aun cuando tenga usted que ir para sus negocios ¿por qué no viene usted por la noche? ¿qué necesidad tiene de sostener una casa en París y otra aquí?—Eso, permítame usted le diga que representa un lujo de gasto que no se armoniza muy bien con nuestra posición. Ya ve usted—prosiguió la joven sonriendo—como hablo ya en plural.

—Y me satisface mucho que hables así y razón tienes para ello, desde el momento que tus intereses son los míos. Pero no quiero que nuestra unión tenga lugar aquí.

—¿Pues donde?

—Lejos, muy lejos; donde nadie te conozca ni me conozca y por lo tanto no tengas que sufrir la necia curiosidad de unos y las insultantes miradas de otros.

—¿Donde vamos á ir entonces?—preguntó la joven sorprendida.

—Ya lo sabrás oportunamente.

La joven tuvo con esto una prueba más de la delicadeza de aquel anciano, que procuraba dar á su unión, más que el aspecto de una negociación puramente carnal, las apariencias de un sentimiento más elevado.

Y efectivamente, no transcurrieron muchos días sin que el conde se presentara en el Hotel diciendo á Fuensanta.

—Hija mía, puedes ir haciendo tus preparativos de marcha.

—¿Cuándo se ha de verificar?

—Dentro de tres días.

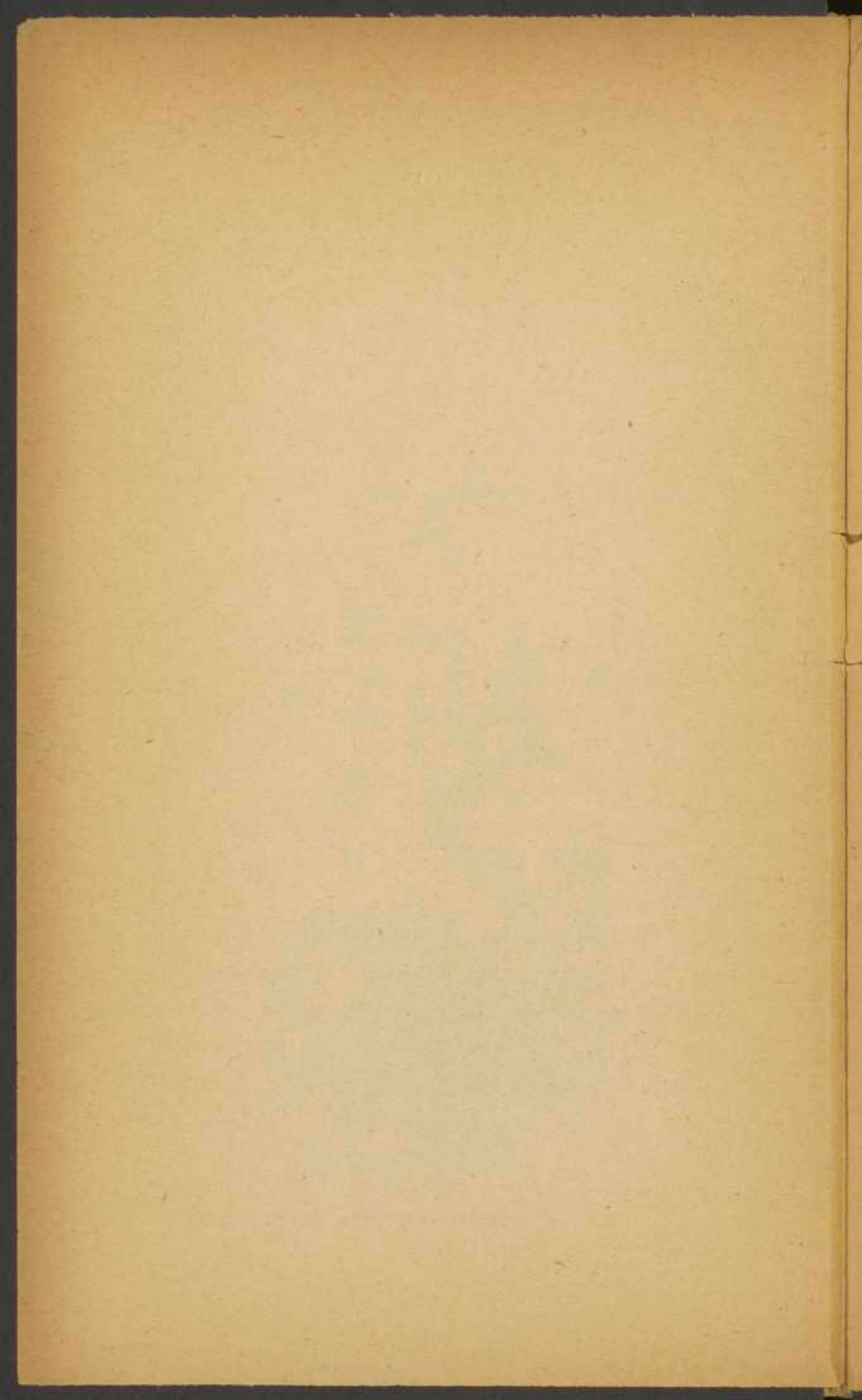
—¿Donde vamos?

—A Alemania. Quizá tenga necesidad de dejarte en Berlín por espacio de seis ú ocho días, he de ir á Varsovia, pero mi permanencia allí será muy corta. A mi regreso á Berlín, emprendaremos otro viaje más largo.

—¿Vamos á hacer juntos ese viaje?

—No, yo saldré pasado mañana, es decir un día antes que tú y te esperaré en Berlín; Alejo se queda contigo y tiene ya mis instrucciones.





CAPITULO VIII

Tres años después

El conde esperó en Berlín como había dicho, la llegada de Fuensanta y una vez allí le dijo:

—Ahora voy como te dije á Varsobia, dentro de diez días volveré á buscarte y para entonces te reservo una sorpresa.

La joven no acertaba la sorpresa que podría reservarle su protector, pero sí la sorprendió, que el único día que pasó con él en Berlín y que pasearon juntos por algunas de las calles mas principales, Estanislao, encontró algunos personajes de elevada posición al parecer, que le hablaban con gran deferencia y que parecían sorprendidos de verle.

—Desengáñese usted, señorita—le decía Pepa cuando la joven le significaba el asombro que aquello le causaba,—este señor Estanislao es mucho mas de lo que parece. Yo no sé porqué, creo que es un gran personaje.

—Pero mujer, si en París vivía muy modestamente—contestaba Fuensanta.

—Todo lo que usted quiera, pero la casa que nos puso en París le costó una porción de dinero para la corta temporada que allí permanecimos; usted sabe el dinero que envió á Murcia, lo que le costó mi enfermedad, lo mucho que le ha regalado á usted y todo bueno, y todo eso, francamente, no se aviene con una posición modesta. Ya verá usted esa sorpresa que le ha anunciado lo que resulta.

—No sé que decirte.

—Si al menos fuera la muerte de su mujer.

—Calla, Pepa; No digas eso. No he pensado nunca cimentar mi posición en la muerte de nadie. Por otra parte, si ese caso llegara ¡sabe Dios cómo pensaría Estanislao!

—¿Cómo había de pensar? Bien claro se lo ha dicho.

—Sí, pero...

—Ya comprendo que para esposo es demasiado anciano; que usted es joven y no ha amado todavía.

—Ni amaré, Pepa,—repuso Fuensanta con resolución.—Me han amargado mucho la existencia los hombres para que encuentre uno que sea digno de mi amor.

—¡Ay! no diga usted eso, señorita. Las resoluciones que formamos las mujeres son, generalmente, castillos de naipes que basta un soplo para derribarlos.

—Mi resolución es firme. Pero después de todo, Estanislao, aun cuando anciano, es digno de ser amado y le preferiría siempre al más joven y al más elegante de todos los hombres que hemos visto hasta ahora.

—Ya tiene usted razón. Y se conoce que la quiere muchísimo.

—Eso es lo que temo, Pepa,—repuso la joven bajando la voz cual si temiera que alguien le escuchara—bajo ese aparente cariño de padre, adivino todos los ardores, todo el

fuego devorador de una de esas pasiones seniles que como torrentes desbordados llega un momento en que todo lo avasallan y saltan por encima de todos los obstáculos.

—Ya tiene usted razón—objetó Pepa.

—Por eso te digo que estoy intranquila. Tengo motivos para estar satisfecha respecto á mi situación material, digámoslo así, pero temo el día en que se rompan los diques de la razón y de la prudencia y me vea obligada á pagar la deuda que tengo contraída.

—¿Pero es que le repugna á usted el señor?

—No. Al contrario, le quiero.

—¿Pues entonces?

—Pero le quiero como á un padre.

—Si no tiene usted otras afecciones; si usted misma dice que no puede querer á ningún hombre, que no sabe usted lo que es ese sentimiento que une tan íntimamente á dos personas, ¿por qué no ha de querer usted al que la ha protegido, al que la ha sacado de la miseria, al que la trata con tan cariñosa solicitud?

—Porque el cariño que yo tengo á Estanislao, es el cariño respetuoso, el afecto filial, y no el afecto apasionado que debe tenerse al hombre á quien hagamos dueño de nuestro cuerpo y de nuestra vida. ¿Cómo podría yo responder á los ardientes entusiasmos de Estanislao el día en que su pasión exijiere lo que tiene derecho á exigir?

—Felizmente,—repuso Pepa, que comprendía muy bien lo que la joven quería decir pero que no quería aumentar sus temores,—felizmente repito, ese día está muy lejano.

—¡Quién sabe!

Estanislao regresó de Varsovia, en el término fijado á la joven, acompañado por tres criados polacos también á quienes dijo presentándolos á Fuensanta:

—Esta—les dijo en francés—es mi hija adoptiva. Desde hoy debéis obedecerla, respetarla, y considerarla como vuestra señora. ¿Lo habéis comprendido?

—Perfectamente, señor conde—contestaron los criados en el mismo idioma,

saludando respetuosamente á Fuensanta.

Esta, llena de sorpresa, había escuchado la contestación de los criados y cuando, á una señal de su señor salieron del aposento, dijo:

—Pero ¿qué quiere decir esto, padre mío? ¿Por qué este lujo de criados y ese título que han dado á usted?

—Porque es el que me pertenece y que he querido ocultarte hasta ahora para ver si me aceptabas dentro de la modesta posición que te había ofrecido. Hoy, que he tenido ocasión de apreciar cuanto tu corazón vale, hoy que tengo la seguridad de que eres digna de ser hija mía, debe desaparecer el misterio para ti, y que puedas presentarte en el mundo como lo que eres por voluntad mía y merecimientos tuyos, como la hija del conde Estanislao Wanoski.

—¡Oh! gracias, gracias, padre mío!—exclamó la joven con ternura—He querido á usted y me he honrado considerándome su hija, cuando le creía en una posición humilde. ¿Acaso cree usted que puede seducirme el esplendor de su título, ni la posición

de una fortuna para la cual por desgracia mía no he nacido? Si le digo que prefiero más la obscuridad en que hemos vivido hasta ahora que ese mundo de luz cuyas puertas quiere usted abrir ante mí, le diré la verdad. Me asusta la brillantez del sol porque temo que merced á ello se distinga la mancha que pesa sobre mí.

—No tengas cuidado; manchas más oscuras que la tuya has de ver en este mundo donde hoy puedes penetrar.

—Pero todas ellas no serán suficientes á eclipsar la mía, porque existe también en mi corazón.

—Ahora, como te dije al marchar á Varsovia, vamos á emprender un largo viaje por lejanos países. Cuando regresemos á Europa habrá transcurrido mucho tiempo, se habrá borrado el recuerdo de aquella pobre bailarina silbada en París, y nadie se atreverá á poner en duda la existencia de la hija adoptiva del conde Wanoski.

Fuensanta no contestó.

Al cabo de un mes de permanencia en Berlín, conforme había dicho el conde, mar-

charon á Londres, se embarcaron para la India y por espacio de tres años estuvieron lejos de Europa, adquiriendo en este espacio la joven, aquella distinción, aquel conocimiento de mundo, aquel distinguido trato social que más tarde tanto había de llamar la atención en Europa.

En aquellos tres años visitaron á más de la India, Italia, Suiza, Inglaterra, todas las grandes capitales europeas menos París y San Petersburgo

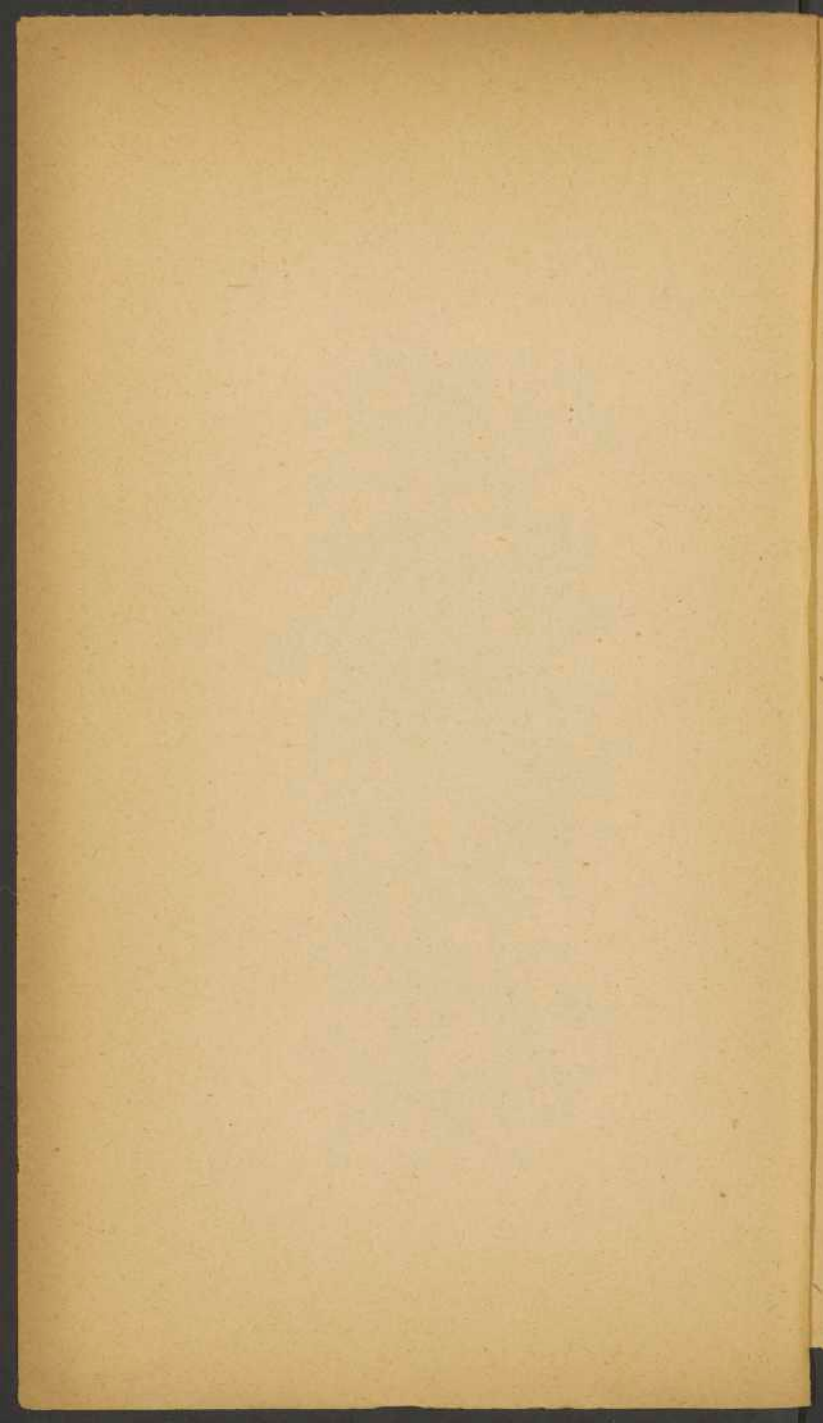
El anciano cada vez más enamorado de su hija adoptiva, pero al mismo tiempo también más dueño de sí mismo, no le dió á entender jamás el fuego que ardía en su pecho.

A su vez Fuensanta, había visto sin que le causaran impresión alguna, hombres de todos los países, apuestos, elegantes, galanteadores; había escuchado ardientes protestas de cariño, frases halagadoras, peticiones de amor sin que á ninguno de los que se las hacían, hubiese contestado satisfactoriamente.

Su alma era de hielo y no había calor

suficiente para conseguir derretirlo.

De este modo se presentó en Madrid y tal era su situación cuando la presentamos á nuestros lectores, en el Paseo de Recoletos.



CAPITULO IX

Como puede derretirse el hielo

Brillante estaba el teatro Real la noche del día en que Santomera había revelado á sus amigos en Recoletos, el sobrenombre con que Fuensanta era conocida en su barrio, de Murcia.

Manolo Alvarado y el barón del Arco habían entrado á mitad del acto primero de «Aida» y apenas habían tomado posesión de sus butacas, un tercer personaje, entró á ocupar una delantera á las ocupadas por los dos amigos.

Al ver estos al recién llegado, y al fijarse éste en ellos, lanzaron unos y otros las siguientes exclamaciones:

—¡Manolo! ¡barón!

—¡Julio!

Y los tres se dieron la mano preguntando los dos primeros:

—¿De donde vienes ahora?

—De Roma, contestó el interrogado.

—¿Cuándo has llegado?

—Esta noche.

—¡Y ya en el teatro!

—¡El tiempo preciso para lavarme, comer, vestirme y venir aquí. He visto que hacían «Aida» y como es una de mis favoritas, no he querido quedarme sin verla.

—¿Cuánto tiempo estarás entre nosotros?

—preguntó Alvarado.

—No lo sé.

—¡Malo!—dijo el barón—eso prueba que el día menos pensado desapareces y cuando preguntemos donde estás nos dirán que camino de la China.

—No tendría nada de particula—rrepuso sonriendo Julio Cisneros, que así se llamaba el recién llegado.

—Pero hombre, es mucha manía la tuya, andando siempre de ceca en meca, ora en

Francia, ora en Italia, hoy en Berlín y mañana en Rusia. Pareces el judío errante,—dijo Alvarado.

—Y disfruto de ese modo,—repuso Cisneros—La movilidad es mi elemento. En vez de pasarme la vida como vosotros, metódicamente, á horas determinadas, comer, vestirse, ir al paseo, después á la Peña á murmurar de unos y de otras, que es lo peor; sostener una ó dos queridas que después de todo se comen vuestro dinero y es la pegan cuanto pueden, hágalo el ave que vuela á su capricho, sin que nada ni nadie interrumpa su vuelo. Recibo impresiones distintas, estudio costumbres, conozco cosas diferentes, corro peligros, disfruto algunas horas, y no me doy tiempo para sentir la fatiga de la vida ni la monotonía de una existencia uniforme y cortada por un mismo patrón.

—Y te expones á que un día descarrile un tren, ó naufrague un vapor, ó que te alcanze el puñal de un asesino, ó que...

—Todos esos peligros los tenéis también vosotros, con algunos más que yo felizmente desconozco.

—¿Qué peligros son esos?—preguntó el barón.

—El amigo que te engaña, el marido á quién ofendes, la mujer que te falta y la aventura en que te engolfas sin pensar en las consecuencias.

—¿Acaso en tus breves permanencias en las poblaciones que recorres no estás expuesto á lo mismo? ¿Es que no te acercas á ninguna mujer, ni tu corazón siente nada ante la mirada de una hermosa?

—Ya lo creo. Pero soy el ave de paso, que no formo nido en ninguna parte. Encuentro al alcance de mi mano la fruta que el azar ó la casualidad me ofrecen, las cojo y sigo adelante hasta que encuentre otra nueva. Y hablando de otra cosa—prosiguió Cisneros paseando sus miradas por los palcos,—¿qué novedades ocurren por aquí? ¿cómo estamos de mujeres hermosas? ¿Qué escándalos hay en perspectiva? Vosotros que formais parte de la Peña de la gacetilla madrileña podeis ilustrarme.

Iba á contestar Manolo cuando se abrió con estrépito la puerta de un palco principal

y la «Niña de los jazmines» como la llamaba Santomera, apareció en él acompañada del conde Wanoski.

Este, cogió el rico abrigo de la joven y tomó asiento á su lado.

—¿No preguntabas como estábamos de mujeres hermosas,?—dijo Santomera—pues ahí tienes la que hoy lleva intrigada á toda la *highlife* de la buena sociedad de la corte.

Cisneros, como sus amigos fijó los ojos en el palco de Fuensanta y su rostro reflejó una expresión de asombro que no pasó advertida para sus compañeros.

—¿La conoces?—preguntó Manolo.

—Creo que sí;—contestó el joven.

—¿Sabes quién es? ¿Qué papel representa el conde Wanoski á su lado? ¿Es realmente su padre adoptivo?

Estas tres preguntas del barón fueron hechas con tal precipitación, con tal ansiedad que Cisneros no pudo menos de sonreirse.

—Calla, barón,—contestó.—No quieres saber poco.

—Hombre, si tú la conoces...

—Me parece que sí. Entendámonos, la vi únicamente algunas horas.

—Pocas horas bastan para conocer una mujer,—repuso Manolo.

—No participo de tu opinión, amigo mío,—dijo Cisneros.—Yo creo que toda la vida es insuficiente para conocer una mujer.

—Pero bien, tú dices que conoces á esa dama y sabrás...

—No sé nada. La vi una noche en Roma, en el Coliseo. Iba acompañada por un criado visitando las ruinas. También yo andaba por allí y tuve ocasión de prestarla un pequeño servicio. Después no he vuelto á verla hasta ahora.

—¿Es decir que no consiguió despertar tu curiosidad?

—Debía salir al amanecer del siguiente día para Nápoles y no detuve mi viaje por aquel incidente.

—Pues si á mí me sucede una cosa semejante—dijo Manolo,—no digo yo el viaje á Nápoles, lo que me hubiera podido importar más, todo lo dejo por hablar y conocer á esa mujer.

—Y parece que te mira como si te quisiera reconocer,—dijo el barón dirigiendo sus gemelos al palco de Fuensanta.

—Puede,—repuso Cisneros con indiferencia.

Efectivamente, Fuensanta al dirigir sus miradas á la platea tropezó con los tres jóvenes y su semblante expresó también la sorpresa.

Y de tal modo la impresionó la presencia de Cisneros, que maquinalmente exclamó:

—¡El aquí!

El conde había seguido también la misma dirección al inspeccionar la platea que la mirada de la joven, y al escuchar su exclamación se estremeció, preguntando.

—¿Qué decías hija mía?

—Que allí está mi salvador de Roma.

—¿Quién es?

—Aquel joven que en este momento acaba de saludar á aquellas señoras que estan en el palco de enfrente.

—Ya le veo—repuso el conde.—¡Buena figura! Elegante y simpático parece.

—Y valiente, padre mío. ¡Si le hubieras visto aquella noche!...

—Será necesario que busque ocasión para hablarle y darle gracias por su proceder. ¿Estás segura que es él?

—¡Oh!, sí.

Y el acento con que la joven hizo aquella afirmación vibró de tal modo, que el conde miró á Fuensanta y su semblante adquirió una expresión de tristeza que aquella no pudo advertir porque en aquel momento dirigía los gemelos al grupo de que formaba parte Cisneros.

*
* *

A la observación hecha por el bárón respecto á la insistencia con que Fuensanta miraba á su amigo, ya vimos la indiferencia con que éste contestó.

Y para desviar, sin duda, la conversación de aquel asunto, Cisneros exclamó fi-

jándose en unas señoras que acababan de entrar en el palco frente al de Fuensanta, y á las cuales saludó:

—¡Hola!, parece que todavía no se ha casado Carmencita Fuentes—dijo el joven.

—Como que estará esperando, sin duda, á que tú pidas su mano—repuso Alvarado con acento burlón.

—No sé por qué había de tener esa esperanza, cuando ya se la quité en absoluto. Yo no he sabido engañar á nadie y he dicho siempre lo que siento. Carmen, para mí, no representa sino una buena amiga, pero nada más.

—Ella no lo cree así.

—Lo siento.

En aquel momento se levantó el telón, y durante la representación del acto, Cisneros parecía fijar su atención única y exclusivamente en el palco escénico.

*
* *

A la terminación del acto y cuando sus amigos trataban nuevamente de reanudar la interrumpida conversación, dijo Cisneros:

—Con vuestro permiso voy á saludar á á las de Fuentes.

—¿Pues no decías que maldito lo que te interesaba Carmencita?—dijo el barón.

—¿Acaso no hemos de saludar sino á las mujeres que amamos? Para mí la amistad está muy por encima del amor.

—¡Jesús!—dijo Manolo con cómica indignación—desdichado de ti si te oyese alguna mujer!

—Lo diría del mismo modo. Soy ferviente admirador de una buena amistad, pero en cambio hay amores... De eso vosotros podeis hablar, que así el amor que dais como el que recibís no es más que una

charla con la cual entreteneis algunos ratos en que no sabeis qué hacer.

—Gracias por la opinión que de nosotros has formado. Siempre de tus viajes traes alguna cosa nueva.

—Como que viajo por eso, por aprender, con que hasta después.

Y el joven abandonó la platea, apareciendo poco después en el palco de las de Fuentes.

—¿Qué te ha parecido, Julio?—preguntó Manolo el barón.

—Chico, que poco á poco va degenerando, y si así continúa llegará á convertirse en un solemne pedante.

¡Anda, anda!—dijo Manuel dirigiendo los gemelos al palco donde estaba su amigo.

—Mira como le bailan los ojos á Carmencita. Pues no digo nada á Julio.

—Que diga luego que no tiene nada con ella—añadió el barón.

—Yo no sé que se habrá figurado ese muchacho.

—Lo que yo siento es que no hayamos podido sacarle qué clase de servicio fué el que le prestó á la Niña de los jazmines.

—Ya lo dirá.

—No lo creas. Cisneros se vuelve cada vez más raro.

—Y la verdad es—dijo el barón—que él se ha impresionado al verla.

—¡Sabe Dios lo que sucedería en Roma! —añadió Manolo—Figúrate tú, de noche y en el Coliseo.

—Y ella le miraba también.

—Lo que te digo. Algo debió pasar entre ellos que quizás sepamos algún día.

—Mira, mira Manolo—dijo el barón, que había dirigido los gemelos al palco de Fuentesanta.—La hija adoptiva del conde parece que se interesa mucho por lo que pasa en el palco de las de Fuentes.

—Pues es verdad. Y juraría que le tiembla la mano con que sostiene los gemelos.

—Lo que te digo. Aquí hay algo.

—Cuando después lo digamos en nuestra Peña, no podrán menos de asombrarse nuestros compañeros.



No faltaba razón á lo que había dicho Manolo respecto á la curiosidad con que Fuensanta seguía la presencia de Cisneros en el palco de las de Fuentes.

Al verle Fuensanta abandonar las butacas hubo sin duda de creer otra cosa, porque involuntariamente volvió la cabeza hacia la puerta del palco, como si esperase que se abriera para dar paso á Cisneros.

Pero cuando le vió entrar en el palco de enfrente su rostro expresó una contrariedad tal, que el conde, que no la perdía de vista, la preguntó:

—¿Te sientes mal, hija mía?

—No. ¿Por qué me lo preguntáis?—contestó la joven dirigiendo los gemelos al palco donde estaba Julio.

—Me pareció advertir en tu semblante alguna alteración.

—No, no tengo nada.

Y siguió mirando al palco, porque efectivamente, Carmencita Fuentes, que era una bellísima joven, no podía ocultar la alegría que le causaba la presencia de Cisneros.

Y esta alegría, como si fuera contagiosa, se reflejaba también en el semblante del joven.

—¡Quien hubiera de creer—había exclamado Carmen al verle—que tendríamos la suerte de verle esta noche!

Y tendió su mano á Julio, que la retuvo entre las suyas, contestando:

—Sin duda yo lo había sentido, porque ya ven ustedes, he llegado esta tarde de Roma, he comido, me he vestido y he venido al teatro.

—Por supuesto, que es usted un picarónazo redomado—dijo la madre de Carmencita afectuosamente.

—¿Por qué, señora?

—Mamá quiere decirlo, porque nos ha tenido usted por espacio de cuatro ó cinco

meses sin saber donde estaba ni qué era de su vida.

—Si me cuesta tanto trabajo escribir...

—Quizás sea para nosotras solas, porque para los amigos, no creo que le cueste á usted ese trabajo.

—El mismo, querida Carmen. Ahí tiene usted al baron, á Manolo Alvarado y á todos mis amigos que se quejan como usted.

—¿De modo que ha estado usted en Roma, todo este tiempo?

—No. Lo he subdividido entre Roma, Nápoles, Florencia y Venecia.

—Dicen que son muy bonitas y muy amables, las romanas—dijo Carmencita.

—Así lo dicen.

—De modo que usted, por experiencia, no lo sabe.

—Los que viajan como yo, no se fijan en eso.

—¡Pobrecitos! dijo sarcasticamente Carmen—cualquiera creería que no ha mirado jamás á una mujer, ni se ha atrevido á dirigirle la palabra.

—No; no por cierto. Ya lo creo que las miro y como no las he de mirar cuando las considero como la obra más perfecta de la creación?

—¿Pues no ha dicho usted muchas veces que la mujer no es más que un bello defecto de la naturaleza?

—Y lo sostengo; pero tenga usted presente que llamo bello á ese defecto, con lo cual se sobre entiende que me agrada mucho.

—Vamos, amigo Cisneros; hemos de convenir que sigue usted siendo un conjunto de contradicciones.

—Yo seré todo lo que usted quiera, Carmen, pero ¿á que no la contradigo en una opinión que estoy seguro, tiene usted formada?

—¿Y qué opinión es esa que yo tengo formada y que usted no puede contradecir?

—preguntó la joven sonriendo.

—Que es usted la mujer más espiritual y más encantadora que hay en Madrid.

—¿Y de donde deduce usted que sea esa mi opinión?

—De que es verdad.

—¿Y no la contradice usted?

—Al contrario; todavía añadido más.

La joven lanzó una carcajada.



Al mismo tiempo, Fuensanta que había seguido con vivísimo interés toda aquella escena, que había cambiado de color en algunas ocasiones como si adivinara lo que se hablaba en aquel palco, se volvió bruscamente hacia el conde y le dijo:

—No me siento bien. Vámonos.

—Si te lo había dicho, hija mía, me ha parecido advertir que estás muy nerviosa y creo que habríamos hecho muy bien no viniendo al teatro.

—Es verdad, es verdad. Pero ya no tiene remedio.—Y se envolvió en el abrigo que le echó sobre los hombros su padre adoptivo, y abandonaron el palco.

Precisamente en el momento que ellos iban á bajar la escalera, en el mismo corredor se encontraron á Cisneros que acababa de salir del palco de las de Fuentes.

Al verle Fuensanta, hizo un movimiento

como para detenerse, pero se reaccionó inmediatamente, y dijo al conde con sequedad:

—Salgamos cuanto antes.

En la puerta estaba el lacayo; hizo aproximarse el carruaje, entraron en él y se dirigieron al hotel.

—¿Cómote sientas, hija mía?—le preguntó afectuosamente el conde, al entrar á sus habitaciones.

—Muy nerviosa; muy sobreexcitada—repuso Fuensanta.

—¿Quieres que vaya á buscar el médico?

—¡Oh! No, no. Los médicos se burlan de nuestros nervios y no quieren comprender la influencia que ejercen en nuestro organismo. Esto no es nada, la quietud, el reposo será la mejor medicina.

—Que se quede Pepa velándote.

—No hay necesidad, padre mío. Muy buenas noches.

Y la joven se dirigió precipitadamente á su habitación.

El conde lentamente y pensativo, entró en su cuarto, murmurando con expresión de amargo desaliento:

—Se ha despertado ya su corazón y no sé porque temo que ese despertar será fatal para ella.

CAPITULO X

Julio Cisneros

Elegante, rico, honrado, audaz y valiente, Julio Cisneros era uno de los jóvenes más simpáticos de la alta sociedad madrileña,

A los veinte y seis años murió su padre y como ya tenía la edad suficiente entró en posesión del gran capital que en fincas y en metálico le dejara el autor de sus días.

Julio, á pesar de su fortuna no participaba de ninguno de los vicios de la mayoría de sus compañeros.

No le desagradaba irse uno ó dos días de juerga, según la frase sacramental para la designación de cierta clase de bacanales más ó menos licenciosas, pero cuando regresaba de ellas, sentía cierto asco, cierta repugnancia hacia aquello mismo que debiera haber sido su diversión.

Queremos decir con esto, que ni aquello le seducía, ni se mostraba dispuesto á repetirlo con frecuencia.

Lo mismo le sucedia con todos los demás vicios de sus amigos.

Jugaba, si se presentaba la ocasión, pero sin que le cegase el dinero si ganaba, ni procurando encontrar el desquite si perdía.

De sus aventuras galantes jamás se le oía decir una palabra.

Si sus amigos las descubrían, él las negaba siempre y su discreción en este terreno corria parejas con su fortuna.

Su gran placer era la caza, y como en las posesiones de su padre abundaba mucho, solía pasar largas temporadas en sus dehesas de Extremadura ó en las asperezas de Sierra Morena.

Pintaba bastante bien, era buen músico, habia leído mucho y con provecho, y reunía, como dejamos expuesto, todas las condiciones necesarias para hacerle simpático á todo el mundo.

Un deseo habia tenido constantemente Julio que no pudo satisfacer, mientras vivió su padre: los viajes.

Era muy aficionado á ellos, y pose-

yendo como poseía cuatro ó cinco idiomas, las relaciones de viajes, las aventuras, los peligros, las impresiones de todo género que en ellos se encerraban le atraían de tal manera que con cualquier pretexto hacia, aun cuando no fuera más que uno á París.

Pero en cuanto su padre veía que pasaban diez ó doce días sin ver á su hijo, le llamaba y el joven no tenía más remedio que obedecer.

Porque así como el noble anciano tenía un cariño ciego por su hijo, éste por nada del mundo hubiera causado un disgusto á su padre.

Unicamente á su muerte, fué cuando pudo Julio satisfacer aquel afán que le consumía.

Es verdad también que la muerte del que le había dado el sér, de tal modo le hirió que los mismos médicos le aconsejaron que saliese de Madrid.

Una vez arreglados sus asuntos particulares, marchó á Inglaterra y visitando á la par Escocia é Irlanda pasó así el primer año de luto.

Desde entonces, como sus amigos habían dicho muy bien, á lo mejor estaba en Madrid

y al día siguiente ya se encontraba ó camino de Africa ó en el tren rápido de Alemania ó de Suiza.

Y así recorrió Africa y Europa; estuvo en la India y en los Estados Unidos, y cuando regresaba á Madrid era para pasar cuando más, un par de meses para ocuparse de sus intereses.

Como se comprenderá muy bien, éstos no podían encontrarse al cabo de cinco ó seis años de esta clase de vida, en estado satisfactorio.

Los administradores se aprovechaban de su ausencia y de sus pedidos de dinero para hacer su negocio, y unas veces por pérdidas de cosechas, otras por estafas de que habían sido víctimas, otras por dificultades para remitir fondos, que les había obligado á hipotecar ó vender una finca, el caso fué que en cinco ó seis años el capital de Julio había disminuido en una mitad.

Pero el joven no paraba mientes en estas minucias.

Para él no había más que la satisfacción de su pasión favorita, y al viaje anterior que había sido costoso y expuesto, sucedía otro que le absorvía una ó dos fincas y en

que su existencia había estado en grave riesgo.

Tal era Julio Cisneros, y en el momento que le hemos presentado al lector, acaba de llegar de Roma.

Un tanto soñador, con sus ínfulas de artista, gustaba de pasar largas horas contemplando los restos de otras edades y trataba de reconstituir la historia de los monumentos que visitaba.

Las ruinas del coliseo romano eran sus predilectas para aquellas expediciones nocturnas á que era tan aficionado.

Una de aquellas noches, precisamente la última que por entonces había de pasar en Roma, puesto que al siguiente día pensaba marchar á Nápoles, quiso ir á despedirse de aquellas ruinas, que tanto habían hecho evocar en su pensamiento respecto á lo pasado.

Apoyado contra un trozo de columna, llevaba ya rato, cuando de pronto le sacó de su ensimismamiento el rumor de breve lucha y la angustiada voz de una mujer que pedia socorro.

Vivamente se incorporó el joven, se orientó respecto al sitio de donde partía el

rumor, se aseguró de que el revolver estaba al alcance de su mano y se lanzó resueltamente hacia donde creía que su presencia podía ser necesaria.

Y llegó al lugar de donde partían las voces, y á la debil claridad de la luna distinguió un hombre que luchaba con dos que le tenían sujeto, mientras que otro se esforzaba en hacer callar á una señora sugetándola tambien al mismo tiempo.

—¡Animo señora!—dijo Julio en italiano al mismo tiempo que con el revolver apuntaba al que forcegeaba con la dama diciéndole:

—¡Suéltala ó te mato!

Al ver aquel inesperado auxilio, uno de los que sostenían la lucha con el hombre que sin duda iba con la señora, se separó y cuchillo en mano se lanzó sobre Julio.

Pero este que comprendió la situación, cambió la dirección de su arma y disparó sobre el que se le iba encima.

Y como volvió á hacer otro disparo y cayó al suelo uno de los bandidos, comprendieron estos que no tardaría en acudir la policía y abandonaron su presa procurando evitar la suerte que les esperaba.

Y así sucedió efectivamente.

Los agentes de la autoridad acudieron y lograron detener á uno de los dos que huían.

La dama salvada por Julio, era Fuensanta.

Precisamente aquel día el conde Wanoski había tenido que marchar á Civita-Vecchia para un asunto urgente y quedaron en Roma la joven al cuidado de Pepa y de Alejo.

Fuensanta tuvo el capricho de ir á ver las ruinas del Coliseo á la luz de la luna y Alejo la había acompañado.

El sitio y la hora eran propósito para que los ladrones intentaran un *atraco* y fueran siguiendo sigilosamente á Fuensanta y su compañero.

Dos de ellos se encargaron de sugetar á Alejo y el tercero de robar á la dama, aprovechándose de su terror, de cuanto llevase encima de algun valor.

Alejo, aun cuando anciano luchaba valerosamente con los dos miserables que trataban de evitar que acudiera en auxilio de su señora y ésta á su vez, á quien tampoco faltaba el ánimo, venciendo la natural impresión de espanto, se defendía obstinadamente

del bandido que trataba de arrebatarse las joyas que llevaba.

La serenidad de Julio, su valiente auxilio, su juventud, su apostura, todo contribuyó para que la impresión recibida por la joven, fuera de aquellas que nunca se olvidan.

El primer cuidado de Julio apenas vió que los bandidos se alejaban fué ofrecer su brazo á la joven diciéndola en italiano.

—¡Comprendo, señora que estará usted afectada por lo ocurrido! ¿Quiere usted apoyarse en mi brazo?

—¡Gracias! caballero, gracias por su generoso proceder,—repuso Fuensanta con voz trémula y apoyando su diminuta mano en el brazo que se le ofrecía.

—Ya está aquí la policía,—repuso sonriendo Cisneros.—Aquí como en todas partes, cuando llega ya ha podido ocurrir la desgracia que debía evitar.

—¿Usted no es italiano?—dijo Fuensanta.

—No señora. Soy español.

—Yo tambien,—se apresuró á decir la joven.

—Entonces tengo una doble satisfacción

por haber prestado este servicio á una compatriota.

La presencia de los agentes de la autoridad, las preguntas que hicieron, las contestaciones de Alejo y de Fuensanta, el hacerse cargo del bandido á quien hirió la bala de Julio, y el acompañar á los actores de aquel drama al inmediato puesto de policía, impidieron que continuase la conversación de los dos jóvenes.

Tanto Fuensanta como Alejo, prodigaron grandes elogios á Julio por su valiente proceder.

Pero Julio queriendo sustraerse á todas aquellas muestras de admiración y agradecimiento, se aprovechó de la misma confusión que se había originado en el puesto de policía con su llegada, y desapareció sin que nadie supiera ni quien era ni donde vivía.

Unicamente un agente de la autoridad, dijo que creía era un español á quien había visto alguna vez en la embajada española y que le parecía que le llamaban Julio.

El joven una vez que estuvo ya en el hotel donde paraba, exclamó:

—¡Diablo! ¡No se como no he caído en preguntar á esa señora ni su nombre ni si

era casada ó soltera! ¡Y es una mujer encantadora, vaya si lo es! Tentado estoy de suspender mi viaje á Nápoles y averiguar donde para, y como se llama.

Pero después de algunos minutos de reflexionar, añadió:

—No, no; lo mejor es que me aleje de aquí, la primera idea es la que vale. Está ya resuelto el viaje, pues á realizarlo. Ya volveré á Roma otra vez y entonces buscaré esa mujer, que de veras me ha gustado.

Y efectivamente, al amanecer el siguiente día, Julio Cisneros abandonaba Roma.

Y una vez en Nápoles, pronto olvidó su aventura del Coliseo de Roma, no volviendo por entonces á esta ciudad y tardando cinco ó seis meses en aparecer en Madrid.

Fuensanta, al saber que su salvador había desaparecido sin que respecto á él hubiese más que los vagos antecedentes que dió el agente de policía, experimentó una dolorosa decepción.

—¡Si no le veré más!...—decía.

Y como si quisiera disculpar aquel sentimiento que experimentaba, añadía:

—No podré significarle mi agradecimiento por su noble proceder! ¿Por qué se habrá

alejado de ese modo? Será tan orgulloso que no quiera ni aún aceptar la gratitud de una pobre mujer como yo?

Y conforme iban pasando las horas de aquel suceso, más se gravaba en el pensamiento de Fuensanta, la imagen de aquel hombre.

*
* *

Cuando el conde regresó de su viaje, pudo describirle de tal modo á su salvador, que el anciano dijo sonriendo:

—Mucho debiste de fijarte en él, en tan poco tiempo como dices que estuvisteis juntos, para que haya podido ser tan completa la descripción que me haces de su figura.

La joven no pudo menos de sonrojarse, diciendo un tanto confusa:

—Ten en cuenta padre mío, que las circunstancias en que ese caballero apareció á mi vista, no podían ser más importantes para mí. Y en circunstancias semejantes ya sabes que adquieren doble valor los objetos ó las personas que intervinieron en aquellas.

—Cierto, cierto.

—Lo que si, puedo decirte es, que si no aparece tan oportunamente, puedes tener la seguridad de que no me hubieras vuelto á ver.

—¡Fuensanta! ¡Hija mía! ¿Qué dices?

—Yo estaba resuelta á defender lo que de algún valor llevaba conmigo, y aquellos ladrones también lo estaban á apoderarse de todo.

—¡Y te hubieran muerto, acaso!—dijo el conde enterneciéndose.

—Ya lo creo, como que solo con mi muerte hubieran podido robarme.

—Pues haberles dado cuanto llevabas y no exponerte á una lucha con gente así.

—El pobre Alejo fué quién llevó la peor parte, porque eran dos contra él.

—Y cuando ese caballero, que dices, llegó, podriais desasiros de ellos.

—Desde luego, pero si no es porque iba armado y pudo disparar sobre uno de los dos bandidos que estaban luchando con Alejo, es muy posible que le hubiesen herido.

—Es extraño que Alejo no llevase armas sabiendo que esos lugares suelen ser peligrosos á ciertas horas. ¿Y... y no has vuelto á ver á ese caballero?

—No. Se conoce, ó que se ha marchado de Roma, ó que no quiere darse á conocer.

—Pero la autoridad...

—La autoridad está lo mismo que nosotros. Nada sabe, sino que se llama Julio y que visitaba mucho la embajada española.

—Pues teniendo ese indicio, me parece que fácilmente pudiera la policía haber dado con él.

—Se conoce que tampoco ha tenido interés en encontrarle.

—Pero tú, debías haber practicado alguna diligencia. Estabas interesada en dar gracias á ese joven y...

—Alejo ha preguntado varias veces, pero siempre ha obtenido la misma contestación.

—¡Es raro eso!

—Y tan raro, porque parecía persona muy fina y muy amable.

—¿Dices que es joven?

—Y guapo y elegante. Te aseguro que prescindiendo del servicio que me prestó y por el cual debo estarle reconocida, creo que para todo el mundo ha de ser muy simpático.

*
* *

La vehemencia con que Fuensanta pronunciaba estas palabras, no podía dejar duda alguna al conde, de la impresión que aquel desconocido debía haber causado á su hija adoptiva.

Y este conocimiento le produjo un efecto extraordinario.

Aquel hombre, que por medio de un poderoso esfuerzo de su voluntad, había conseguido ahogar el amor que la joven le inspirara, sustituyéndole con un afecto que el creía puramente filial, al comprender que Fuensanta se sintiese atraída ya por la gratitud, ya por otro sentimiento más tierno hacia otro individuo, no pudo menos de sentirse vivamente mortificado.

La razón le decía que era lógico lo que sucedía, que el corazón de Fuensanta no siempre había de permanecer dormido, y que el despertar podría ser tan impetuoso que por todo arrostrase para unirse al objeto amado, mas no por esto dejaba de sentirlo menos.

Sin embargo, aquel hombre noble, generoso, que por la satisfacción propia no pretendía causar la desdicha ajena, á pesar de que al buscarle la joven lo había hecho incondicionalmente, ya hemos visto que renunció á sus derechos para no martirizar á la que no podia sentir por él más afecto que el de la gratitud.

Hablando con Alejo sobre el suceso del Coliseo le dijo:

—¿De modo que tú has practicado alguna diligencia para saber quien era el caballero que os salvó, según me ha dicho Fuen-santa.?

—Si señor. Pero nada he podido sacar en limpio. Como desapareció cuando llegamos al puesto de policia, solo pude saber lo que uno de los agentes dijo. Noticias incompletas que no he podido comprobar.

—¿No dijo ese hombre que visitaba la embajada española?

—Así dijo.

—¿Y no has estado en la embajada?

—Estuve, pero los criados no supieron darme razón de la persona que buscaba.

—¿Y no has preguntado á alguno de los

artistas españoles que tanto abundan en Roma?

—No se me ha ocurrido. Además, aquel caballero no me pareció que tuviese nada de artista. Más bien me figuré que fuese militar.

—Está bien. Ya buscaré yo, á ver si tengo más suerte que tú.

Y efectivamente, el conde empezó sus pesquisas yéndose á las oficinas de policía y pidiendo antecedentes sobre el suceso.

Mas no le dió resultado aquel paso.

Nadie pudo dar con el misterioso personaje que de un modo tan extraño se sustrajo á toda clase de interrogatorios.

Preguntó en el estudio de algunos artistas y ninguno conocía la persona cuyas señas daba el conde, señas que como se comprenderá, le había trasmitido Fuensanta.

—No me queda más recurso que ir á la embajada—dijo el conde á su hija adoptiva viendo que nada había podido averiguar.

—Sí, padre mío,—le contestó la joven vivamente.—No dejes de hacerlo.

—Sabiendo que ha de ser una satisfacción para tí, conocer á tu salvador, satisfacción de la cual me hago solidario, esta noche iré á ver al embajador.

—Comprenderás que mi satisfacción es natural. Deseo saber quién es para que tú en tu nombre y en el mío puedas darle las gracias.

—Desde luego que lo haré. Y si es una persona digna, como no lo dudo, le ofreceré nuestra casa, rogándole que venga para que personalmente puedas significarle tu gratitud.

Y al decir el conde estas palabras miraba fijamente á la joven para ver el efecto que le causaban.

El semblante de Fuensanta expresó la más viva satisfacción á la par que decía:

—¡Oh! Creo que desde luego es una persona digna, pues un cualquiera, no hace lo que él hizo. Jugar su vida por salvar la de una persona á quien no se conoce me parece que arguye elevación de sentimientos y verdadero valor.

—Tienes razón.

El conde no quiso añadir que él lo habría hecho también para salvarla aun cuando tuviera la seguridad de que había de sucumbir en la lucha.

Y todavía hubiese podido añadir más.

Lo que él estaba haciendo hacía años, el

martirio que se impuso, el inmenso sacrificio que hacía, representaba un valor á toda prueba, era una heroicidad muy superior á la que había realizado Julio.

Conforme había ofrecido á Fuensanta, aquella noche fué á la embajada.

No estaba el embajador pero el secretario le recibió afectuosamente.

Al cabo de un rato de estar hablando, dijo el conde.

—Uno de los objetos que aquí me han conducido esta noche, además del de saludar á ustedes, es ver si pueden darme noticias respecto á una persona por quien me tomo un verdadero interés.

—Ya sabe usted, conde,—repuso el secretario—que si la persona de quien se trata es español sabrá usted todo lo que nosotros sepamos.

—Es español.

—¿Cómo se llama?

—Ese es el caso, que no tengo más que noticias muy incompletas. Creo que se llama Julio.

—¡Julio!—exclamó el secretario.

—Sí: á lo menos así me lo aseguró uno de

los agentes de policia que intervino en el asunto. Hace pocas noches, precisamente estando yo fuera de Roma, que mi hija adoptiva á quien acompañaba mi mayordomo fué asaltada por unos bandidos en las ruinas del Coliseo.

—Es verdad. Recuerdo que algo referente á ese suceso ví en los periódicos. Lo que no sabia era que se tratase de su simpática hija.

—Un caballero que se percató del hecho, acudió en su auxilio, hirió á uno de los bandidos y puso en fuga á los demás.

—Si, si, recuerdo lo que usted dice.

—Pues ese caballero queriendo llevar sin duda su delicadeza hasta la exageración, y sustraerse á la gratitud por su eficaz socorro desapareció sin que ni la autoridad ni mi hija se percatasen de ello hasta que fué menester su declaración.

—¡Vaya una cosa rara!

—Muco. Como es natural, deseamos saber quien es ese caballero para ir á verle y darle las gracias, pero como le digo, lo único que hemos sabido por ese agente de policia, es que se llama, ó él lo cree así, Julio y que frecuentaba mucho la embajada española.

—¡Ah! Ahora caigo—exclamó el secretario.

—Será Julio Cisneros.

—Este, según las señas que me ha dado mi hija y el mayordomo, es un joven muy elegante, ojos azules, rubio...

—Sí, si señor. Es Julio Cisneros. Las señas son las mismas. ¡Oh! es un joven muy valiente, muy rico, muy instruido, que siempre está viajando.

—¿Y reside aquí?

—Como reside en todas partes. Como *tourista*, como *amateur*. Quince, veinte días, un mes, dos meses y de pronto abre el vuelo y ya no sabe usted donde ha ido á parar.

—Pero ahora...

—Marchó hace ocho días, creo.

—¿Donde?

—Eso no lo sabe nadie. Se levanta una mañana, se le antoja ir á Suiza, á Inglaterra á cualquier parte, y sin decir nada se marcha.

—De modo, que no es posible saber nada positivo, respecto á ese caballero.

—Por ahora, no.

El conde dió estas noticias á Fuensanta que no pudo menos de mostrar su contrariedad, y no volvió á ver más Cisneros hasta que le encontró en el teatro Real.

CAPITULO XI

La Araña

¿Quién no conocía en Madrid, á Antonio Larriba?

Especialmente la juventud gastadora, pero gastadora con probabilidades de pago. Estos eran los clientes con quienes contaba más seguro el famoso prestamista Larriba, que ocupando una de las mejores casas de la carrera de San Gerónimo, tenía horas y local, destinado para el público en general y horas y habitación especial para los hijos de casas ricas, los militares de alta graduación, y todos aquellos clientes como hemos dicho que tenían verdadera solvencia.

Esto no quiere decir que no salieran tan despellejados ó tal vez más que los modestos empleados de poco sueldo, los subalternos

del ejército y toda aquella inmensa falange de necesitados que acudían á su casa.

Larriba, había empezado su campaña de dependiente en casa de un prestamista de ropas y alhajas, establecido en la calle del Meson de Paredes.

Y tal ansia de dinero le produjo el que vería manejar en la casa en cuestión, que sacrificando su misma naturaleza comiendo poco y mal, vistiendo con los deshechos que quedaban en las subastas y sufriendo todo género de privaciones, consiguió reunir al cabo de dos ó tres años, doscientos ó trescientos duros que supo emplear tan acertadamente, que al cabo de otros tres años no hubo más que agregar un cero á los trescientos anteriores.

Y como la fortuna es caprichosa, se le antojó á nuestro hombre jugar una vez á la lotería de noche buena, el medio billete que llevaba, salió premiado con el primer premio y he aquí á nuestro hombre convertido en millonario de la noche á la mañana.

Durante cuatro ó cinco días estuvo pensando Larriba que clase de empleo daría al capital que tan inesperadamente llegó á su poder y como no sabía hacer otra cosa más

que prestar al sesenta y dos por ciento, y á veces más, siguió adelante, abandonó el modesto tabuco donde hasta entonces ejerciera su lucrativa profesión, alquiló un piso en la Carrera de San Jerónimo, anunció pomposamente la casa, se hizo socio del casino y de algunos otros círculos donde se jugaba fuerte y se perdía más fuertemente todavía, y en breve tiempo consiguió una parroquia de primer orden.

Brusco en sus modales, poco simpático en su aspecto, malicioso y desconfiado por naturaleza, supo encubrir todo esto con la dorada capa de su dinero, y poco á poco, llegó á ser el prestamista de moda, el hombre de gran influencia en altas esferas, y si no salió diputado por algún distrito ó le dieron alguna cruz, fué porque como él decía, para lo primero, carecía de dotes oratorios, y para lo segundo hartó crucificaba al desdichado que caía en sus manos para aceptar él cruz alguna.

Aficionado á los placeres sensuales, libertino en grado superlativo, tenía sin embargo la virtud de no dejarse dominar por ninguno de aquellos vicios, entregándose á ellos únicamente para la satisfacción de sus bestiales necesidades.



Y siguiendo las costumbres del gran mundo, en el cual también hacía sus grandes negocios, cuando llegaba el verano, anunciaba á su clientela que durante los meses de Julio y Agosto, suspendería toda clase de operaciones y que por lo tanto, cualquiera de sus clientes que necesitare algo, que se apresurara á pedirlo.

Y llegaba el primero de Agosto, cerraba el escritorio, quedaban los fondos depositados en el Banco, y él se marchaba á cualquiera de los puertos del extranjero donde mayor concurrencia pudiera encontrar.

También allí hacía algunas operaciones pero á corto plazo y con gran utilidad.

Después llegaba la temporada de invierno, regresaba á Madrid, y como la araña, empezaba á tejer la tela donde iban enredándose una tras otra las moscas de la alta aristocracia que ya estaban preparadas para cuando él llegase.

En una de estas excursiones veraniegas, fué á Marsella.

Era precisamente cuando Fuensanta formaba parte de aquella compañía de bailadoras y cantadores donde debutó después de escaparse de su casa.

El impuro prestamista, vió una noche á Fuensanta, prendose de ella á la manera que él podía hacerlo, y bruscamente, con la seguridad y el descaro de quien cree que todo se obtiene por el dinero, sin embajes ni rodeos de ningún género, manifestó á la joven lo que quería y lo que estaba dispuesto á dar.

Con el rostro encendido de cólera y de indignación, escuchó Fuensanta la demanda y la oferta, y sin contestarle palabra alguna, le volvió la espalda.

Irritose el hombre; insistió aumentando la cantidad prometida, pretendió propasarse, pero la joven, que manejaba bien las manos, cruzó el rostro del sátiro, diciéndole:

—Esto le enseñará á usted á conocer mejor á quien habla.

Larriba juró y perjuró vengarse de aquella mujer.

Su primer capricho se convirtió en deseo, y el deseo, se transformó en pasión, en términos de llegar á prometer á la joven una fortuna.

Pero precisamente por aquellos días fué cuando Fuensanta tanto por él, cuanto por algunos otros que también la asediaban con sus pretensiones, se marchó de Marsella trasladándose á París y el miserable prestamista hubo de regresar á Madrid con la ira de no haber podido vencer aquella virtud salvaje, como él la llamaba.

Pero como que era tenaz en sus propósitos, y hasta entonces la suerte le había favorecido, juró que volvería á encontrar algún día aquella mujer, y le haría pagar caros sus desprecios.

Y así pasó el tiempo, hizo diferentes viajes al extranjero, buscando siempre aquella cantadora de Marsella, hasta que un día y cuando menos lo esperaba, la vió en Recoletos reclinada con indolencia en el landó, llevando á su lado al conde Wanoski.

Informose respecto á éste, supo lo que se decía referente á las relaciones del conde y de su hija adoptiva, y se frotó las manos lleno de satisfacción murmurando.

—Todavía no está la fruta madura. Pero cuando esté en sazón, la fruta vendrá á mi poder.

Fuensanta, ni se acordaba ya del inci-

dente de Marsella ni recordaba siquiera la figura del miserable que la había hecho proposiciones tan indignas.

*
* *

El día siguiente al en que Cisneros había encontrado á Fuensanta en el teatro Real, aquel se presentó á la hora que el prestamista recibía á sus clientes especiales en el despacho.

Al verle Lariba le dijo:

—Diablo, de donde sale usted. Ya le juzgaba muerto hace algunos meses.

—Y sin duda estaría ya usted pensando en la manera de apoderarse de alguna de las fincas que le tengo hipotecadas, ¿eh?

—Que no son muchas por cierto.

—Naturalmente, entre usted y mis administradores se han quedado con ellas: difícil es que me queden muchas.

—Como que gasta usted tanto dinero.

—A propósito de esto vengo á verle.

—Ya me figuro que al venir á esta casa ese sería el motivo. Pero amigo mío, hoy hay poco dinero en la plaza.

—Como que yo no lo busco en la plaza, si no en su casa de usted, me tiene sin cuidado que haya poco ó mucho.

—Es que yo tampoco tengo.

—Ya lo buscará usted.

—Justo. También querrá usted que vaya yo á pedir á mis amigos para usted.

—Desde luego, cuando yo no reparo en intereses, como usted sabe.

—¿Y cuanto necesita usted, vamos á ver?

—Veinticinco mil pesetas.

—Como quien no dice nada. Una bicoca.

—Mas hubieran sido cien mil.

—No sé porque no las ha pedido. Lo que yo quisiera saber es en que gasta usted el dinero de ese modo.

—Pues gastándolo. Y... vamos á ver, ¿cómo estamos de mujeres por aquí? Llegué ayer de Roma y únicamente anoche estuve en el teatro Real.

—Pues allí vería usted las mujeres más guapas que hay en Madrid.

—Sí, algunas había. Pero ninguna como una dama á quien conocí en Roma, y que según me dijo Alvarado, está haciendo furor aquí.

—¡Oh! pues si lo dijo Manolito, verdad será, porque él tiene motivo para saberlo.

—Y no se puede negar que la dama lo merece.

—¿Quién es ella?—preguntó el prestamista.

—Para la mayoría de los que de ella se ocupan, un misterio.

—¡Hola!

—Aquí, parece que se ha presentado esa señora como hija adoptiva de un conde, que creo es polaco.

—¿El conde Wanoski?—objetó el usurero

—Precisamente. ¿Le conoce usted?

—No; pero he oído hablar de su hija adoptiva.

—Es una mujer hermosísima, esa es la verdad—dijo Cisneros con entusiasmo sacando un cigarro de la petaca y ofreciéndoselo á Larriba.

* * *

A no haberse distraído Julio, encendiendo un cigarro, no habría podido menos de advertir la irritada mirada que le dirigió el prestamista.

Al oír hablar con aquel entusiasmo de la mujer á quien él deseaba y teniendo en cuenta la fama de galanteador, que tenía Cisneros, no pudo menos de sentir cólera y despecho pensando en que dadas las ventajas que sobre él tenía Cisneros, podría alcanzar lo que él no había podido obtener en tanto tiempo.

—De modo dijo—el joven, una vez encendido el cigarro,—¿que usted conoce también á esa mujer?

—Y quizás desde mucho antes que usted.

—¿De veras?—repuso vivamente Cisneros.—Cuenta usted amigo Larriba, cuente.

—La conocí en Marsella, hace cinco ó seis años.

—¿En Marsella?

—Si señor; entonces era bailarina.

—¡Como bailarina! ¿Pues y el conde?

—Entonces no existía tal conde, ó por lo menos no estaba ella con él.

—¿Y la habló usted?

—¿Para qué? De la noche á la mañana desapareció de Marsella y no he vuelto á verla hasta ahora.

—Pues señor, la vida de esa joven me parece un poco accidentada, porque según

he oído decir á Santomera, él la había conocido en Murcia donde la llamaban la niña de los jazmines.

—Y efectivamente debe ser la misma—repuso el usurero,—por que las únicas flores que lleva siempre son jazmines.

—No puede negarse que es una mujer capaz de volver loco á un hombre.

—No diré que no, pero lo que es á mí, puedo asegurar á usted que no me trastornaría el juicio.

—Ya lo creo; como que á usted no hay más que una sola cosa que puede volverle loco.

—¿Cuál?

—El dinero. Eso si que es lo único que le puede á usted trastornar el juicio.

—Quizas sí—repuso Larriba fijando una mirada indefinible en Cisneros.

—Pues yo—dijo éste—no ceso de pensar en esa mujer desde anoche que la volví á ver.

—¿No dice usted que la había conocido en Roma?

—Sí, pero allí le hablé media docena de palabras y me separé de ella, no habiéndola vuelto á ver hasta anoche, como he dicho.

—Pues nada, amigo mío—dijo el prestamista acompañando sus palabras con una sonrisa,—ya que tiene usted hecho el conocimiento, aprovéchese de él.

—¡Quién sabe!

—¿Le hace á usted falta dinero para llevar á cabo su empeño?

—Si no precisamente para eso, para algunas otras cosas.

—¿Y qué garantías podríamos ofrecer en el caso de que yo me cuide, por esa operación? pues me parece que todas sus propiedades están gravadas.

—Sí; no me quedan libres más que una dehesa en Extremadura, y una ó dos casas de no mucho valor. En fin, ya veremos si me decido.

—¿Pues no había usted venido á buscar dinero?

—Si, repuso—Julio después de un momento de vacilación.—Lo que ha de ser mañana, que sea hoy. ¿Puede usted proporcionármelo?

—Lo intentaré. Conozco la dehesa, pero no las casas que ha citado.

—Ya le he dicho que son poca cosa. Valdrán á todo tirar de cuatro á cinco mil duros.

—¿Y por cuanto tiempo quiere usted el préstamo?

—¡Hombre! tengo noticias de que mi tío, el de Almería, está muy enfermo, y como me tiene nombrado su heredero y según la opinión facultativa quizás no salga de este invierno, si este caso llega desgraciadamente, podré con creces devolver la cantidad que ahora tomo.

—Entonces, si á usted le parece, haremos la escritura por tres meses.

—Bueno.

—Pero escritura de retro, porque de otro modo, no querrá hacerlo ninguno de mis amigos.

—Haga usted lo que le dé la gana, amigo Larriba. ¡Siempre ha hecho usted lo mismo!

—Es que yo no quisiera nunca que usted...

—Lo que yo quiero es el dinero y lo demás me importa poco.

—¡Qué cabecita! ¡qué cabecita!—dijo el prestamista sonriendo.—Parece mentira en que poco tiempo ha devorado usted una fortuna.

—¿Para qué se ha hecho el dinero sino para que ruede y vaya á parar á manos de ustedes?

—Sí, pero usted no cuenta, ni ninguno de ustedes, se hace cargo jamás, de que también nosotros tenemos grandes pérdidas.

—No diga usted que las ganancias superan con mucho á las pérdidas. ¿Podré mañana contar con el dinero?

—No se lo aseguro, pero ya haré todo lo posible.

—Mire usted que lo necesito.

—¡Oh! usted lo necesita siempre, amigo Cisneros y todo en este mundo necesita su tiempo.

—Pero usted lo sabe abreviar si le conviene.

—En fin, haré lo posible.

Cuando salió Cisneros de casa de Larriba, éste fijando una mirada implacable en el joven, murmuró.

—He aquí, por donde esto me va á sacar las castañas del fuego. No podría nunca imaginarme haber encontrado un auxiliar tan poderoso para hacer mía á esa mujer.

Y el sátiro, frotándose las manos de satisfacción dejó vagar en sus labios una sonrisa inspirada sin duda por el dios de la lujuria.

CAPITULO XII

Dicha inesperada

Efectivamente, para los propósitos de Larriba, Julio iba á ser un poderoso auxiliar.

Mas el verdadero auxiliar, aun cuando inconsciente, iba á serlo el conde.

Ya le vimos en el capítulo anterior, como comprendió la impresión recibida por Fuensanta, y estudiando atentamente todo lo ocurrido en el teatro, no se le obscureció que el mal era más serio de lo que en un principio creyó, y apartarla así de su salvador de Roma.

Y con su profunda experiencia y su conocimiento de mundo, se estremeció pensando que si Fuensanta se equivocaba, como fácilmente podía suceder, aquel despertar de su corazón sería muy fatal para ella.

Mucha parte de la noche la pasó el conde pensando lo que debía hacer.

Una de las soluciones que se le ocurrieron, fué salir de Madrid precipitadamente pretextando una necesidad absoluta de trasladarse á Polonia y llevarse consigo á Fuensanta.

Pero esta solución la desechó casi en el momento de ocurrírsele:

—Ella no vendría de buen grado,—se dijo.—Tal vez opondría dificultades á las cuales podría yo oponer á mi vez la necesidad imprescindible del viaje y obediencia que me debe y se vendría conmigo pero ¿de qué manera? Como víctima sacrificada por su deber, respecto á mí. Ella sufriría, yo también viéndola triste y contrariada, y los dos estaríamos violentos, y yo no quiero que ella sufra y sufra por mi causa.

Y buscó otro medio para mejorar la situación, hasta que después de algunas horas de meditación, se dijo:

—Nada. Uno ha de ser el que sufra y ese he de ser yo. Es menester que ella sea feliz, que bien lo merece la pobre.

Y en armonía con este propósito, el siguiente día salió de su casa y no le fué muy difícil conocer el domicilio de Cisneros.

No podía imaginarse el joven la visita que iba á tener, y precisamente cuando el conde se presentó en su casa, Julio estaba en la de Larriba.

El joven había revisado las cuentas que le presentó el mayordomo que tenía en Madrid y se encontró con un pasivo que sobrepujaba bastante al activo.

Y era necesario pagar y Julio no tenía dinero para ello.

De sobra comprendía que todos le roba-

ban, que merced á su indolencia, administradores y criados habían hecho su negocio á costa suya, y que el mismo dinero que le facilitaban á un interés más ó menos crecido, era el mismo dinero que le habían robado, pero ¿qué había de hacer ya?

La cuestión era que necesitaba dinero y no había más remedio que buscarlo.

Entonces recurrió á Larriba, como ya hemos visto, y éste, que con él había hecho muchos y lucrativos negocios, consintió en buscarle el dinero necesario con el mayor interés posible.

Como el conde no quiso decir para qué deseaba ver á Julio, ni tampoco dejó la tarjeta, el criado nada dijo á su señor, así que cuando al siguiente día se presentó de nuevo en el domicilio de Julio, la sorpresa de éste fué extraordinaria al anunciarle la visita del conde.

—Ayer estuvo también este caballero, —añadió el criado.

—¡Ayer! ¡Y nada me dijiste!

—Dispense usted señorito, pero como no me dió su título ni me dejó tarjeta alguna, no me acordé.

—Que pase al momento, —dijo Cisneros, añadiendo en voz baja:

—¡Qué buscará este caballero en mi casa!

Y se dirigió al encuentro del recién llegado, cuya mano estrechó, haciéndole que tomase asiento.

—Mucho sentí, señor conde—dijo una vez se cruzaron entre ambos las primeras frases de cortesía—en no haber estado ayer en casa cuando usted se dignó honrarla con su presencia.

—Nada se ha perdido,—repuso el conde—puesto que hoy he tenido el placer de verle. Mi visita, caballero Cisneros, tiene un objeto para mí muy satisfactorio, puesto que me permite conocer personalmente á quien con tanta nobleza como valor, salvó á mi hija adoptiva hace algunos meses en Roma del conflicto en que la pusieron unos miserables.

—Por Dios, señor conde, eso no merece recordarlo siquiera. Cumplí con un deber que todo caballero, en el mero hecho de serlo, tiene contraído, y el cumplimiento de un deber, no hay necesidad de que se agradezca ni se recuerde.

—Dispénsese usted si no estoy conforme con su opinión.

—Lo siento,—repuso Cisneros sonriendo —pero así pienso y así soy.

—La gratitud—dijo el conde—es cualidad de toda persona bien nacida, y usted mismo que acaba de decir que el favorecer á un semejante es un deber, si á ese deber se corresponde no recordando el beneficio recibido, seguro estoy que se sentiría algo mortificado.

—Si á ese extremo llevamos las cosas.... Pero dejando á un lado estas apreciaciones,

todavía no he preguntado por su hija, á quién no tuve el placer de hablar sino un solo momento aquella noche.

—Mi hija adoptiva, ha conservado el grato recuerdo de su salvador y su único sentimiento ha sido no haber podido verbalmente, significarle su agradecimiento. La casualidad de no haber estado yo en Roma aquella noche dió lugar á un suceso que, á no ser por su noble acción, no sé que desenlace hubiera tenido. Lógico era que al enterarme de lo que había pasado, procurara conocer el nombre de la persona que había salvado á mi hija; pero usted, según me dijo el secretario de la embajada española, se marchó de Roma el siguiente día, y como ignorábamos á donde había usted marchado, quedaron defraudadas mis esperanzas y las de Fuensanta que es el nombre de mi hija.

—Es verdad. Tenía concertado ya mi viaje á Nápoles, y como tengo un carácter tal, que cuando tomo una resolución he de realizarla cuéstemelo lo que quiera y comprendiendo que las diligencias de la policía podrían entretenerme y dilatar mi plan, aproveché la confusión producida en el puesto de policía por aquel suceso y me alejé de allí, deseando que amaneciera para abandonar la ciudad.

—Y de ese modo,—dijo sonriendo el conde,—nos ha tenido usted una porción de meses, sin haber tenido la satisfacción de

atestiguarle nuestro agradecimiento por servicio tan señalado.

—Si hubiera podido adivinar que tanto había de preocuparles mi insignificante intervención en aquel hecho—repuso Julio—desde Nápoles ó Venecia ó Florencia, donde he pasado estos meses, habría procurado darles noticias mías.

—Y si antes de anoche no hubiese dado la casualidad de que mi hija le viese en el teatro y le reconociese, todavía continuaríamos en la misma ignorancia—añadió el conde.

—Mucho me halaga que esa señorita se acordara de quien se considera muy honrado con haberla prestado aquel pequeño servicio.

—No exagere usted su modestia; no solamente ella, sino yo, lo recordamos y lo recordaremos siempre, no teniendo para usted más que una franca y leal amistad que me honro en ofrecerle y un afecto de gratitud que no se extinguirá nunca.

Tan franco, tan leal, tan sincero era el acento del conde al pronunciar estas palabras, que Cisneros á pesar del escepticismo de que hacía alarde, juzgando las personas y las cosas con el indiferentismo á que ciertos desengaños le habían acostumbrado, no pudo menos de sentirse impresionado.

Y por efecto de esta misma impresión dijo á la vez que estrechaba entre las suyas la mano que el conde le había ofrecido:

—Señor conde, cuando el verdaderamente honrado soy yo, fuera indigno si rechazara lo que tan noblemente se me ofrece. No vale nada mi servicio comparado con el honor que se me dispensa. Acepto con reconocimiento su amistad y la de su señora hija, siendo yo ahora quien queda agradecido á favor tan grande.

—¿No dudaba usted poco ha de la gratitud, del reconocimiento?—dijo el conde bondadosamente.

—Si señor, pero...

—Hagamos una cosa, señor de Cisneros.

—Diga usted.

—Borremos ambos en la afección que desde hoy nos une, la palabra gratitud, y quede entre nosotros establecida una franca, leal y desinteresada amistad.

—Aceptado, señor conde; así nos entenderemos mejor.

Por espacio de algunos minutos, los dos caballeros estuvieron hablando de viajes, de costumbres y de las bellezas arquitectónicas que ambos conocían, hasta que por fin el conde se dispuso para marcharse.

—Amigo mío—dijo á Cisneros—creo inútil decirle donde tiene su casa, pero sí he de manifestarle que tendremos mi hija y yo una satisfacción muy grande en que cuanto antes vaya usted á tomar posesión de nuestra casa.

—¿Qué día reciben ustedes?

—Los jueves, pero para los amigos como usted, todos los días. He de hacer á usted una advertencia.

—Usted dirá.

—Como conozco bastante el mundo, y mucho más el mundo á que pertenecemos, el número de nuestra relaciones es muy escaso, tanto, que está reducido á algunos individuos del cuerpo diplomático, antiguos amigos míos ó compañeros, y nada más. Así es, que exceptuando las noches que vamos al Real ó al Español, solemos pasarlas en casa. Mi hija entretiene estas veladas puramente de familia, cantando ó tocando el piano; de modo, que si es usted aficionado á la música, nos ayudará á pasar más agradable la noche.

—Mucho me gusta, efectivamente y con mayor motivo cuando se me ofrece bajo una forma tan agradable. Pues tampoco yo soy aficionado á esas grandes reuniones, donde no se va generalmente sino para criticar ó ser criticado.

—Esa es la razón que también he tenido para ir retrayéndome poco á poco de reuniones, y el conocimiento que tengo de todo cuanto nos ofrece una sociedad que nos exige sacrificios que paga después con censuras, con sarcasmos y á veces... ¿por qué no decirlo? con villanías.

—Estamos conformes, señor conde. Seré asíduo concurrente á esas veladas pura-

mente familiares, honrándome mucho con ello.

—Pues cuando usted guste sabe que siempre será bien recibido.

—Antes de todo, supongo que me permitirá usted que pase á saludar á su señora hija.

—Que tendrá en ello un verdadero placer.

—También yo lo tendré, señor conde.

—Le anunciaré su visita.

—Pasádo mañana, puesto que es jueves, haré mi presentación oficial, digámoslo así, en su casa.

—Pase lo de oficial por una sola vez—dijo el conde bondadosamente.

—Después...

—Después y siempre será el amigo el que vendrá á aburrirse por espacio de algunas horas, con sus amigos—le interrumpió el conde.

—¡Aburrirme! Eso nunca.

De nuevo volvieron á estrecharse la mano el conde y Cisneros, y cuando el primero salió á la calle, iba murmurando:

—No podrá quejarse Fuensanta de mi proceder. He abierto la jaula para que pueda penetrar en ella el hombre que quizá pueda hacerla feliz. ¿He obrado bien, ó he procedido mal? Ese es el problema que hay que resolver. De todas maneras, estoy satisfecho porque creo haber cumplido con mi deber. He sacrificado mi amor á su felicidad.

Bien ajena estaba Fuensanta del paso que su protector había dado.

Desde la noche en que vió á Cisneros en el teatro, mostrábase inquieta, disgustada y como si fuera víctima de una contrariedad que tal vez ella misma no se podía explicar.

Y de este estado nervioso, como ella le calificaba, no sólo hacía partícipes á sus criados, sino que hasta con el mismo conde se mostraba más seca y más displicente que antes.

Pero Wanoski, que conocía, ó presumía conocer, el origen de aquel estado anormal, se sonreía afablemente y cuando estaba seguro que ella no podía oírle, decía:

—La pobre criatura no acierta á explicarse lo que siente.

Seguro estoy que si yo le dijera que esa situación nace de la evolución que su corazón está verificando, me miraría llena de asombro como sino me comprendiese.

Después, con acento en que vibraba la amargura, añadió:

—Desde la noche del coliseo, está enferma Fuensanta. Su enfermedad es de amores. Ha sucedido lo que era natural; ha llegado para ella su *cuarto de hora* y en este espacio se ha verificado el cambio que ella misma no comprende. Esto debía yo esperarlo algún día y no ha debido sorprenderme. Sin embargo, me ha sorprendido y esta sorpresa repercute en mi corazón de un modo sobra-

damente violento. De todos modos yo sabré cumplir con mi deber.

Y aquel anciano fuerte, enérgico, dominando con su voluntad la dolorosa angustia de su pecho, franqueó las puertas de su casa a Cisneros para aproximar á Fuensanta el hombre á quien ésta amaba.

La excitación de Fuensanta iba en aumento, haciendo víctimas de su mal humor á cuantos la rodeaban, incluso á Pepa, á la mujer de su confianza, á aquella que tanto la quería y á quien ella trataba como su amiga más que como su servidora, llegando á decirle ásperamente:

—Vaya, Pepa, estás insoportable.

La anciana la miró sorprendida y después dijo:

—Pero señorita, ¿qué es lo que tiene usted hace dos días, que tan cambiada la encuentro?

—¡Quién está cambiada eres tú, y si ese cambio sigue acentuándose, me veré obligadaá...!

Pepa miró más atentamente á la joven y tanto le hirió la expresión de su rostro y la entonación que dió á sus palabras, que sus ojos se llenaron de lágrimas y dijo después de un momento:

—No tendrá usted que verse obligada á hacer nada, señorita. Soy yo la que haré lo que debo. Procuraré evitar que tenga usted que incomodarse conmigo.

Y la pobre mujer, se dirigió hacia la puerta de la estancia.

Pero Fuensanta comprendió sin duda la imprudencia que había cometido, al advertir lo tembloroso de la voz de aquella pobre mujer y al verla que iba á franquear la puerta del aposento, exclamó:

— ¡Pepa!

— ¿Qué manda usted, señorita? repuso ésta deteniéndose.

— ¿Dónde vas?

— A evitar que usted se mortifique teniendo en su compañía.

— Ven aquí.

— Pero...

— Te he dicho que entres. ¿Qué tienes? ¿Por qué lloras?

— Como no la he visto á usted nunca de ese modo, francamente, sus palabras me han herido mucho.

— Tienes razón, Pepa. Tienes razón. No me hagas caso. No sé, ni lo que hago, ni lo que digo.

— Pero bien, ¿qué es lo que tiene usted?

— No te estoy diciendo que no sé yo misma lo que pasa por mí.

Pepa miró llena de asombro á su señorita, diciendo después:

— Pues permítame usted que le diga, que alguna cosa le habrá ocurrido de extraordinario para que esté usted así.

— ¿Sabes á quién he visto antes de anoche?

—¿A quién?

—A Cisneros. Al hombre que me salvó la vida en Roma. ¿Te acuerdas?

—¿Qué le ha visto usted antes de anoche?

—Sí, en el Real.

—¿Y él la vió á usted también?

—Ya lo creo. Y aun me pareció que se sorprendió al verme.

—¿Y no la habló?

—No.

Y el acento con que la joven pronunció esta frase hizo comprender sin duda á la anciana la verdadera causa del estado de su señora.

—Pues si la vió y la reconoció, ¿cómo no fué á hablarla?

—Entró en otro palco donde había una joven, muy linda por cierto, y sin duda no le quedó ya tiempo para pensar en mí.

A estas palabras se siguieron algunos minutos de silencio.

La joven se paseó con impaciencia por el aposento y Pepa la contempló atentamente.

—¿Y es por eso—dijo—por lo que está usted así?

—No lo sé. El caso es que desde entonces todo me disgusta, todo parece que me contraría, soy injusta contigo, con el conde, con todos; lo conozco, y sin embargo, no lo puedo remediar.

—¿Pues quiere usted que le diga una cosa, señorita?

—Habla.

—Que en ese estado parece revelarse algo que un día ú otro tenía que suceder.

—No te comprendo...

—Me parece que está usted enamorada.

—¡Yo!

—Usted.

—No puede ser. Cisneros no me ha dicho una palabra, ni he vuelto á verle desde aquella noche.

—No importa.

—¿Acaso no ha habido otros hombres más guapos que Cisneros, más distinguidos, que tú misma sabes las peticiones que me han hecho, los obsequios que me han tributado, y mi corazón ni se ha estremecido ni ha palpitado con mayor violencia que de ordinario?

—¿Y eso qué importa? El corazón duerme, pero su sueño no es eterno. Llega un momento en que se despierta sin saber por qué, y ama, quizás al que menos vale de los muchos que le habían pretendido.

—No no. Esto no es amor.

Pepa se sonrió y dijo:

—Bien; ya veremos si he tenido ó no razón.

Cuando Fuensanta se quedó sola, dejó caer la cabeza entre sus manos y murmuró:

—¿Tendrá razón Pepa? Amaré sin saber.

lo á ese Cisneros que tan descortés estuvo conmigo la otra noche? No. Yo no siento por él, ni puedo sentir más que gratitud, agradecimiento porque expuso su vida por salvar la mia.

Así la sorprendió la llegada del conde, al regresar de casa de Julio Cisneros.

El anciano entró como de costumbre cuando regresaba de la calle, á saludar á su hija adoptiva.

—¿Sabes á quién he visto hoy, Fuensanta?—dijo á la joven.

—¿A quién?

—A Cisneros.

—¿Le has visto?—preguntó Fuensanta vivamente.

—Sí; he estado en su casa. Averigüé donde vivía y he ido á darle las gracias en tu nombre y en el mío, por lo que hizo por tí en Roma.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que vendrá á vernos, para escuchar de tus labios las gracias por su noble comportamiento en aquella ocasión.

—¿Cuándo vendrá?

El conde volvió la cabeza á otro lado, para ocultar el efecto que le produjo aquella impaciencia demostrada por la joven, diciéndole con aire indiferente:

—Pasado mañana.

—¡El jueves!—repuso la joven con acento contrariado.—El día que recibimos. ¡A ver, si se encuentra aquí con otras personas!

—Vendrá á hacer la visita oficial. Después vendrá con más frecuencia, como amigo íntimo, las noches que nos quedemos en casa.

El semblante de Fuensanta expresó la más viva satisfacción.

Y cuando llegó el jueves, desde las primeras horas de la mañana, estuvo en su tocador, sin que encontrara peinado á su gusto, ni traje que le pareciera bastante elegante para aquella visita.

¡Y con qué impaciencia la esperó!

Cuando el criado anunció á Cisneros, su emoción fué tan grande, que el conde hubo de advertirlo, y su rostro expresó la primera amargura que aquello le producía.

CAPITULO XIII

Buscando solución

Aun cuando estaba prevenida Fuensanta, y sabía que iba á entrar Julio en el salón, al verle aparecer, no pudo evitar que enrojeciera su semblante.

Salió el conde á su encuentro y estrechándole la mano le acompañó hasta donde estaba Fuensanta, diciéndole:

—Hija mía, tengo una verdadera satisfacción al presentarte á tu salvador, cuya modestia superior á su valor, impidió que pudiéramos darle personalmente las gracias por su generoso proceder en Roma. El señor don Julio Cisneros.

—Bien venido sea usted á esta casa—repuso Fuensanta tendiendo su mano al joven, donde tantos derechos tiene adquiridos para la gratitud de sus moradores.

Aun cuando fué muy leve el contacto de la mano de Fuensanta y la de Julio, ambos experimentaron el mismo efecto.

Las dos manos temblaban y las dos estaban abrazando.

—La bondad de ustedes—repuso Julio, —superior á mis merecimientos, sería bastante á enorgullecerme por una acción tan

sencilla y que tal satisfacción me ha proporcionado.

Franqueado ya, por decirlo así, el primer paso, molesto siempre en una primera visita, tratándose de personas de gran trato social, la conversación pronto adquirió esa especie de familiaridad que es tan agradable cuando los que la sostienen saben sostenerla en sus justos límites.

Se habló de viajes, de diversiones, de todas esas cien cosas sin importancia que constituyen el asunto de esa clase de visitas.

Cuando Julio se despidió del conde, éste le dijo:

—Un poco conocedor del mundo y falto de relaciones en España, las puertas de esta casa se han franqueado á un reducido número de personas. Sin embargo, bien merece una especial excepción el salvador de mi hija adoptiva; por lo tanto, cuando usted guste favorecernos con su presencia tendremos un verdadero placer. Exceptuando los días de Teatro Real y Español, permanecemos en casa todas las noches.

—Favorecido por semejante distinción, más de una noche vendré á pasar la velada á su lado—repuso Julio.

—Advierto á usted—dijo Fuensanta sonriendo,—que será fácil que se aburra.

—Al contrario, señora, espero que conservaré siempre agradable recuerdo de esas horas pasadas en su compañía.

Cuando Julio se marchó, la mirada de Fuensanta quedó fija en la puerta por donde el joven había salido.

El conde había observado perfectamente las impresiones de Fuensanta durante aquella primera entrevista. Lo mismo ella que Cisneros, habían estado completamente discretos, tanto en su lenguaje como en su actitud, y sin embargo, el conde había comprendido, mejor dicho, había adivinado aquella corriente de simpatía que se traducía en la aquiescencia de uno á los gustos del otro, á las cosas, á los asuntos mismos, objeto de una conversación, y más de una vez durante aquella entrevista, si bien la bondadosa sonrisa no abandonó los labios del anciano, una ligera nube obscureció su frente.

La joven, como hemos dicho, quedó silenciosa mirando la puerta por donde Cisneros había salido, y absorta quizás en algo que le halagaba, olvidándose tal vez, de la presencia del conde.

—¿Qué te ha parecido tu salvador?—le preguntó de repente el anciano.

Fuensanta, como si despertase de un sueño, alzó vivamente la cabeza, y mirando á su interlocutor repuso con temblorosa voz:

—¿Qué te ha parecido á tí, padre mío?

—No es con otra pregunta como debías contestarme,—dijo bondadosamente el anciano—pero pase porque comprendo que

quieres saber mi opinión. Me ha parecido un cumplido caballero, instruido, de conversación agradable y hombre de mucho mundo. ¿No es este también el concepto que te ha merecido?

—¡Oh! sí;—contestó la joven con viva satisfacción.

—Podrá ser—prosiguió el conde—calavera, gastador, todos esos defectos propios del soltero independiente y rico, pero no se le puede negar que no pertenece á esa catterva de libertinos desenfrenados, que tanto abunda por desgracia en nuestra sociedad.

—Celebro—dijo Fuensanta—que estemos tan de acuerdo en el concepto que nos ha merecido ese caballero.

—Me parece que la mujer que consiga detener el vuelo de ese joven, podría considerarse muy dichosa. ¿No opinas lo mismo?

—Sí—repuso Fuensanta palideciendo.—Sin embargo, creo muy difícil que pájaro acostumbrado ó tanta libertad, esté dispuesto á dejarse aprisionar.

—A veces estos suelen ser los más fáciles.

La conversación siguió girando sobre este mismo tema por espacio de algunos minutos, hasta que la joven con un pretexto insignificante abandonó el salón, dirigiéndose á sus habitaciones.

El conde permaneció un buen rato pa-

seándose por la misma sala donde había recibido á Julio, y poco á poco fué borrándose de su rostro la expresión de bondad que era su nota distintiva, sustituyéndola por una nube de profunda tristeza.

—El momento temido ha llegado. El corazón de Fuensanta se despierta y ese despertar, dado su carácter y sus condiciones va á ser terrible para ella. ¡Para ella!—prosiguió después de un momento—¿Y á caso para mí no lo ha de ser? ¡Necio! que he querido esperar, creyendo que cultivaba la fruta que por gratitud al menos, podría gustar un día y no he tenido en cuenta que la juventud tiene derechos y exigencias que la ancianidad no puede satisfacer. ¿Puedo yo censurar á Fuensanta porque al despertar-se su corazón prefiera el árbol robusto y fuerte al añoso tronco carcomido y viejo? ¡Como ha de ser! Obra obedeciendo á la ley natural, y ni puedo, ni debo quejarme de ella.

Y lentamente, dominado por aquella idea se dirigió á sus habitaciones—añadiendo:

—Fuensanta se ha alejado de mí para pensar en él. Yo, en cambio, pasaré lo que me resta de vida, siempre pensando en ella.

Fascinado, impresionado poderosamente, también, había salido Cisneros de la casa del conde.

—¡Pero que hermosa es esa mujer!—

exclamaba. ¡No había creído jamás que la mirada de ninguna otra turbara la mía, ni las inflexiones del acento de ninguna mujer por más melódicas que fueran, pudieran resonar dentro de mi pecho con vibraciones tan armoniosas! ¿Quién es esa mujer? Según Luciano, es la que él había conocido en Murcia bajo la denominación de La Niña de los Jazmines, y si debe serlo, porque con jazmines adornaba su pecho, y ramos de jazmines había en las porcelanas del salón. Pero ¿cómo esta mujer se encuentra al lado del conde diciendo éste que es su hija adoptiva, á pesar de lo cual la encierra en su casa como hermosa flor de invernadero, sin dejar que nadie penetre en la dorada jaula que la guarda? La maldiciente lengua de Larriba dice que la conoció en Marsella en un teatro de ínfimo orden como bailarina y cantadora. Si es verdad esto ¿fué el conde á sacarla de allí? Y si tal hizo ¿es justo ese renombre de que tiene de franco, de honrado, de leal ese noble anciano? Y la verdad es que Fuensanta, como dicen que se llama, es una mujer preciosa, de esas mujeres que enloquecen á un hombre; de esas mujeres que le conducen al séptimo cielo del placer ó le hunden en los abismos del crimen. Angel ó demonio, bacante ó virgen de pudor, meretriz inmundada ó hurí del paraíso, todo puede ser esa mujer y comprendo muy bien que todos mis amigos anden bebiendo los vientos por saber

quien es, lo que hace, lo que piensa y quien es el elegido de su corazón.

Y Julio absorto por completo en las evoluciones que sobre el mismo tema iba haciendo su pensamiento, se dirigió á su casa y allí permaneció hasta la hora de ir al teatro.

Aquella noche correspondía al primer turno la función del Teatro Real.

Era al que estaba abonado el conde.

Pero á pesar de esto, ni Fuensanta ni el conde fueron al teatro.

Cuando Cisneros se convenció de que ya no irían, salió de allí, se marchó al casino.

Reunido con sus amigos estuvo apenas media hora, y pretextando una ligera indisposición se marchó a su casa.

El recuerdo de Fuensanta, cual si germinara en terreno abonado para ello iba arraigándose cada vez con más firmeza.

Al siguiente día presentóse en Recoletos á la hora del paseo.

Jinete en brioso alazán que rejía con una destreza consumada, desde el momento que se presentó en el paseo, más de una sonrisa contestó al profundo saludo que el joven dirigía á las damas que iban en los carruajes, y más de una indicación para que se aproximara á ellos, se le hizo.

Pero Julio no se daba por entendido y su mirada vagaba de uno á otro lado como buscando algo que no encontraba.

Algunos de sus amigos como Alvarado y

el barón que también iban á caballo, se aproximaron á él, diciéndole el segundo.

—Las de Reinoso acaban de preguntarme por tí estrañándose de que no hayas ido á saludarlas.

Ya las he visto y las he saludado,—repuso Julio.

—Sí; pero de lejos; repuso el barón.

—Consecuencia de haberlas visto demasiado cerca,—dijo irónicamente Alvarado.

—Cuidado, chico, replicó Julio,—no seas maldiciente que no creo haber dado motivo para ello, con las de Reinoso.

—Si oyeras á la generala Rojas, no te atreverías á asegurar lo mismo,—dijo el barón.

—¿Y quién hace caso de la generala?—repuso desdeñosamente Cisneros.

—Precisamente por no haberle hecho caso, es por lo que habla tan mal de tí.

—¡Pobre señora!

¡Hola! exclamó en esto Alvarado.—Ya tenemos aquí á la niña de los jazmines.

—Por cierto, que con vuestro permiso voy á saludarla,—dijo Cisneros vivamente.

—¿Pues no dijiste la otra noche en el Real, que no la conocías?—exclamó el barón.

—Si, pero después he recordado que la había visto en Roma, visitando una noche las ruinas del coliseo.

—¡Anda! ¡anda! ¡Con que de noche y visitando las ruinas!...

—Hombre, pues entonces tu podrías decirnos algo respecto á la existencia de esa mujer, — dijo Alvarado— porque desde el momento que la conoces, debes haber penetrado en el misterio de su vida.

—Estais en un error. Mi conocimiento con el conde Wanoski y con esa dama, que creo es su hija adoptiva, no me ha autorizado para penetrar en su vida íntima.

—Con que hija adoptiva ¿he? dijo Alvarado.

—¿Y tú lo crees?

—¿Porqué no?

—Observo una cosa, querido Julio—dijo Alvarado.

—¿Qué?

—Que desde tu último viaje, te has vuelto muy crédulo.

—Yo siempre lo he sido. ¿Me dices eso por lo que te he contestado respecto al lazo de unión que puede haber entre el conde y esa joven? Pues si no tengo pruebas en contrario, ¿porqué he de afirmar ó negar, lo que desconozco?

—Porque la razón natural parece imponerse...

—Pues entonces yo he perdido la razón amigos míos, porque me he propuesto no suponer nada. Prefiero creer..... con vuestro permiso.... Hasta luego.

Y haciendo dar media vuelta á su caballo se dirigió hacia el carruaje del conde Wanoski.

Fuensanta le había visto desde el primer momento, del mismo modo que le vió también el conde.

Y la excitación que experimentó la joven no pasó inadvertida para su protector que la dijo:

—¿Has visto á Cisneros?

—Sí,—contestó con voz alterada la interrogada.

—Es extraño que no nos haya saludado.

—Como iba entre aquellos dos amigos suyos, tal vez no se haya fijado en nosotros.

—Pero tú, si te has fijado en él.

—Lo mismo que tú. Como nosotros íbamos menos distraídos que él.... Ya viene, añadió Fuensanta cambiando radicalmente la entonación de su acento.

Un momento después Julio saludaba al conde y á Fuensanta, colocando su caballo al estribo del carruaje.

Al principio, la conversación se sostuvo con esas generalidades que sirven siempre de preliminares en semejantes casos.

Después dijo Julio:

—Poco animado estaba anoche el Real.

—¿Estuvo usted? preguntó Fuensanta.

—Entré un momento.

—Nosotros no salimos de casa—dijo el conde.

Fuensanta no tenía muchas ganas y yo aprovechéla oportunidad, para visitar al embajador de Alemania.

—De modo que estuvo sola toda la noche.

—Y por cierto que se me hizo algo pesada. El conde vino bastante tarde y yo me senté al piano, me cansé al poco rato, cogí un libro y me entretuve en mirar las ilustraciones extranjeras, hasta que vino papá.

—¿Es decir, que toca usted el piano?

—Y admirablemente—dijo el conde.—Ha tenido los mejores maestros y la discípula supo aprovechar sus lecciones.

—No tanto—repuso Fuensanta sonriéndose, y añadió:—supongo que usted señor de Cisneros, sabrá apreciar lo que en estos elogios hay de bondad para mi pobre labor.

—¿Le gusta á usted la música, don Julio?
—preguntó el conde.

—¡Muchísimo!

—Pues la noche que quiera usted favorecerarnos, estaremos en familia y podrá usted apreciar si ha habido exageración en lo que he dicho respecto á mi hija adoptiva.

—Es que sin duda la modestia de esta señorita, corre pareja con su belleza y es tan excesiva como esta,—dijo Cisneros.

—Como galantería puedo admitirlo,—repuso Fuensanta sonriendo.

—Debo advertir á usted—objetó Julio—que nunca tuve fama de galante.

—Lo cual significa que debo creerle.

—A lo menos no dudar de mi afirmación.

—Cuando me escuche se convencerá de que no soy más que una mera aficionada.

—Ya tengo deseos de poder ratificarme.

—Pues ya sabe que exceptuando las noches de teatro, las demás las pasamos en casa.

El ofrecimiento del conde fué aceptado por Cisneros. Al cabo de un mes, el conde al entrar en sus habitaciones después de una de aquellas veladas, se dejó caer con profundo desaliento en un sillón, murmurando:

—Ahora ya no tengo duda; se aman. ¿Qué hacer? ¿Qué solución puedo buscar para este problema que no he podido preveer? Unida á mi Fuansanta por los vínculos de la gratitud, será desgraciada, y yo, también porque la veré sufrir. ¿Será ese hombre digno de ella? Parece que sí; pero ¿y si llega un día en que conozca la verdad y... No quiero pensaren ello. Ese día sería terrible para Fuensanta y tal vez causaría su muerte. Pero de todas maneras es preciso que yo piense algo, que yo vea la manera de solucionar este conflicto que ha sobrevenido naturalmente, por más que mi necio egoísmo no me lo hubiera previsto. ¿He de interrogar á Fuensanta? ¿He de dirigirme á Cisneros? No; ninguno de los dos me diría la verdad. No son ellos los que han de solucionar esta cuestión. He de ser yo, y yo carezco de fuerzas para hacerlo.

Y el noble anciano, reflejando en su semblante la profunda desesperación de su alma, dejó caer la cabeza entre sus manos permaneciendo en aquella postura durante algunas horas.

CAPITULO XIV

El pájaro puesto en libertad

El conde tenía razón.

El corazón de Fuensanta se había despertado y amaba por primera vez. Cisneros no tardó en comprenderlo, y fascinado, enloquecido por la espléndida belleza de aquella mujer, se estremeció de alegría ante un triunfo con el cual no había creído contar.

Alguna vez, se le ocurrió pensar donde podría conducirle aquel amor toda vez que no veía claramente definida la posición de Fuensanta al lado del conde. Este decía que era su hija adoptiva. Pero ¿dónde, cuándo, por efecto de qué, la había adoptado?

Ella, unas veces le llamaba padre, otras hablaba del señor conde, como si se considerase inferior á él.

¿Era cierto que había sido bailarina y cantadora de café-concierto? ¿Era aquella misma la niña de los jazmines de quien decía Santomera que desapareció de Murcia sin que se supiera donde había ido á parar? ¿Era el conde, realmente un bondadoso caballero que había recogido aquella hermosa criatura abandonada, la había educado y la trataba como hija? ¿No sería un amante encubierto bajo el simpático aspecto de padre adoptivo?

Todo esto le llenaba de confusión, le ab-

sorbía, pero como no podía conocer lo cierto, dejaba de pensar en ello para dejarse alhagar por la idea de que era correspondido por aquella mujer á quien tantos deseaban.

¿Dónde podría conducirle aquel amor? No quería pensarlo. Era suficiente para él, en aquellas circunstancias, saber que era amado.

Fuensanta no había podido ocultar su amor; tampoco hizo esfuerzos para ello.

—El conde,—se había dicho—no puede acusarme de engaño, puesto que si me interroga respecto á mis sentimientos no he de ocultarlos. Le prometí ser una hija cariñosa y guardadora fiel del honor que me confiaba y he sabido sostener mi promesa. El tampoco me exigió más.

Pepa, su fiel Pepa, que no se había separado de ella, fué, casi al mismo tiempo que el conde, quien adivinó la transformación que estaba verificándose en los sentimientos de la joven, y con su habitual franqueza se lo dijo.

—Sí, Pepa, ¿por qué te lo he de negar? Siento algo en mí, superior á mi voluntad, que me atrae hacia ese hombre, que me obligará á ser lo que él quiera que sea.

—Pero ¿y el señor conde?

—El señor conde no ha pretendido ni podido pretender nunca, que yo esclavizase mis sentimientos, mis afecciones al círculo de sus conveniencias especiales. Me pidió un afecto puramente filial, yo no podía sentir entonces más que ese mismo afecto puesto que todos los demás estaban muertos en mi

pecho y se lo concedí sin restricción alguna y he aceptado la equívoca posición que la sociedad ha presumido, sin temor alguno, alzando mi frente ante las irónicas miradas de la multitud que dudaba de esta unión, puramente filial. Pero yo no podía presumir que llegase un día en que el corazón despertara de su letargo, que reclamase derechos que no le podía negar; que vibrasen en él fibras que nunca creí pudieran existir, que amase á un hombre, finalmente de un modo distinto de como he amado y amo al conde.

—Pero vamos á ver, señorita, ¿qué piensa usted hacer entonces? El señor Cisneros la ha dicho algo?

—Sí. Me ha dicho, me lo está diciendo siempre, que me ama. No ha formulado claramente esta declaración, pero tengo la seguridad de ser amada como yo le amo.

—Pues si eso es así, si él lo comprende como debe comprenderlo ¿por qué no busca una explicación? ¿Por qué no pide su mano?

Al escuchar esta pregunta, la frente de Fuensanta se nubló. Una expresión de tristeza se esparció por su rostro y dijo con apenado acento:

—¿Y mi pasado, Pepa? ¿y mi presente?

—¿Acaso lo conoce el señor Cisneros?

—Pero lo conozco yo.

—Y aun cuando el pasado haya sido culpable, que no lo fué, creo que su presente....

—Es peor todavía. ¿Crees acaso que la sociedad tiene la convicción de la pureza de

relaciones, que existe entre el conde y yo?

—Entonces, permítame usted que le diga, que no acierto lo que se propone usted dando pábulo á un cariño que... que no puede producirle más que...

--La muerte, ya lo sé—repuso firmemente la joven—La mariposa se enamora de la luz en que va á morir abrasada.

Pepa miró tristemente á su señora que no se atrevió á añadir otra palabra.

El conde á pesar de su aspecto indiferente, no dejaba de observar los rápidos progresos que hacía el amor en Fuensanta.

En la soledad de sus habitaciones, cuando estaba seguro que nadie podía verle, murmuraba con expresión de profundo desaliento:

—No hay duda. He perdido para siempre á Fuensanta. No comprendí que á los veinte años los desengaños no son más que fuego oculto entre cenizas, que más tarde ó más temprano vuelve á reaparecer. ¿Y qué hago? ¿Puedo y debo retener en mi poder el ave que aspira á la libertad? Fuera sobrado egoísmo el mío si así obrara. Por otra parte ¿qué existencia sería la de esa pobre criatura, obligada á permanecer á mi lado, sin cariño y sujeta solamente por la gratitud? ¿No maldeciría una hora y otra el momento en que aceptó aquella hospitalidad que la ofrecí? Y sin embargo, al perderla á ella, perderé lo único que ya me había hecho agradable la existencia. ¡Si al menos supiera que ese hombre la puede hacer feliz!...

Y el pobre anciano, sufriendo el tormento de los celos, pronunciaba frases duras, de las que después se arrepentía diciendo:

—Pero ¿por qué he de sublevarme contra esa evolución que ha hecho el corazón de Fuensanta? Ha obedecido á la ley natural. Ha encontrado el hombre soñado quizá por ella, como todas las mujeres sueñan con un hombre á quien adornan con todas las condiciones que su mente imagina, y le ha amado sin que ella misma pudiera sospechar en el primer momento que la naciente simpatía fueran los prolegómenos del amor ardiente en que hoy se abrasa.

No, no, es necesario despejar esta situación. Es preciso buscar una solución razonable antes que pueda tomar un rumbo que podría ser desastroso para todos.

Y el conde se pasaba largas horas buscando un medio que despejara lo que juzgaba irremediable pensando, más todavía en la dicha de Fuensanta que en el dolor que esto podría causarle.

Una noche en ocasión que Cisneros estaba en su casa, y Fuensanta acababa de cantar acompañándose en el piano, un preciosísimo «Nocturno» de Puccini, salió del salón dejando solos á los dos jóvenes.

El momento era favorable.

Las miradas de ambos habían permanecido confundidas la una en la otra mientras la joven interpretaba el enamorado *spartito* del ilustre autor de «La Boheme».

Los dos, al verse solos, por un movimien-

to espontáneo, más todavía con los ojos que con los labios, se dijeron que se amaban.

Pocos minutos transcurrieron hasta que el conde volvió al salón, pero fueron bastantes para que se verificase aquella recíproca revelación de dos almas predispuestas ya para aquella confidencia de su amor.

La mirada brillante y satisfecha de Fuensanta, y la expresión de alegría de Julio, fueron para el anciano la muda confesión de lo que en aquel instante había pasado.

Pocas palabras se cruzaron entre Fuensanta y Cisneros, en lo restante de la velada.

Cuando se marchó Cisneros, Fuensanta, quejándose de un fuerte dolor de cabeza, se apresuró á retirarse á sus habitaciones.

También el conde lo hizo á la suya.

A la extraordinaria alegría de la noche anterior había sucedido la amarga tristeza producida por una idea torturadora.

¿Como salvar la situación en que se encontraba? ¡Oh, su pasado!

Amaba, era amada; pero ¿dónde podía conducirla aquel amor?

El conde, al verla, cual si leyera en su pensamiento, dijo cuando estuvo seguro que ella no podía oírle.

—Ahora sufre. Yo soy la causa de su pesar. Ella callará y luchará con su amor hasta que arrastrada por él, dé un paso que tal vez sea terrible para todos. Debo evitarlo.

Y el conde pidió el carruaje y permaneció gran parte del día fuera de su casa.

Fuensanta hizo enganchar la berlina y por la tarde estuvo en Recoletos.

Allí vió á Cisneros.

El cochero que guiaba el carruaje de la joven era español y no conocía el inglés. En este idioma hablaron la joven y su amante.

La conversación, fué la ratificación de la breve explicación de la noche anterior.

—Es preciso que tengamos una entrevista—dijo Julio—para ponernos de acuerdo y que cese la ambigua situación en que nos encontramos.

—¿Dónde y cómo?—preguntó Fuensanta.

—Donde tú me digas.

—Esta noche en el Real, te lo diré.

Pero aquella noche no fué Fuensanta al Teatro. Cuando regresó á su casa, el conde la dijo:

—Hija mía. En el breve espacio de algunos días, han sobrevenido cosas que exigen una explicación entre nosotros, que no puede demorarse para mañana.

—¿Que puede haber ocurrido—dijo—que haga tan indispensable esa explicación?

—Ya lo sabrás. Después de comer hablaremos.

—Hoy nos corresponde ir al Real.

—Lo suprimiremos porque es mas interesante lo que hemos de hablar.

—Comprendo—dijo el conde—que esto te contrarie un poco, hija mía, pero no te incomodes que se trata de su bien.

—¡De mi bien solamente! ¿Por qué no del de ambos?

—También del mío—contestó sonriendo el anciano.

Y se encerró en sus habitaciones, donde permaneció hasta la hora de comer.

Cuando Alejo le avisó, le dijo:

—Di á tu señorita, que reflexionándolo mejor, iremos al teatro esta noche.

Y efectivamente fueron al Real pero su permanencia en él, fue de corta duración.

Cisneros subió al palco y la joven pudo deslizar entre sus manos un papel en que le decía que el siguiente día á las once estaría en el Retiro.

El conde no se acostó aquella noche: toda ella la pasó escribiendo y guardando papeles y algunos objetos de su uso particular.

Alejo le ayudó en su tarea y con él celebró una larga conferencia.

En las primeras horas de la mañana, el conde abandonó silenciosamente sus habitaciones. Un carruaje, que Alejo había ido á buscar, le esperaba. El criado trasportó al coche todos los objetos que durante la noche fueron recogiendo, y después amo y criado subieron al carruaje, dando orden al cochero para que los condujera á la Estación del Norte. Una vez en la estación, el conde dijo al criado:

—Vuelve á casa en seguida. No olvides ninguna de mis instrucciones, Completa libertad para ella, pero no me dejes ignorar nada de cuanto suceda aquí.

CAPITULO XV

Amor

Había verificado con tal sigilo la marcha el conde que únicamente el portero y Alejo la conocían.

Sin embargo, cuando los demás criados empezaron á levantarse, el portero les dijo la novedad, y cuando Alejo regresó al hotel ya todos estaban enterados

—El señor conde,—les dijo Alejo,—ha tenido que marchar precipitadamente á su país, sin tiempo para participaros su marcha. Durante su ausencia, nada se alterará en la casa. La señorita es la dueña y de ella por mi conducto recibiréis órdenes.

Dicho esto, se dirigió á las habitaciones de Fuensanta.

La joven, alhagada por los más deliciosos ensueños de amor, había pasado la noche sin que se la pudiera ocurrir ni remotamente la radical resolución tomada por su protector. Durmiendo estaba todavía, cuando Alejo dijo á una de sus doncellas, que la despertara.

Sorprendida quedó Fuensanta al escuchar el recado de Alejo y se apresuró á ponerse el peinador para recibir al criado.

Al saber por boca de este la marcha del conde, no pudo menos de inmutarse, diciendo—¿Pero regresará pronto?



INSTITUTO DE ESTUDIOS HISPANICOS

BIBLIOTECA

—Lo ignoro, señora. El señor conde me ha ordenado entregue á usted esta carta y estas llaves.

Fuensanta tomó con temblorosa mano los objetos que Alejo la entregaba y dijo:

—¿Pero como explicar á los criados y á las escasas relaciones que tenemos, esta ausencia tan extraña?

—Sin duda el señor conde se lo dirá en esa carta. Yo ya he dicho á los criados, obediendo á mi señor, que la casa continuaba bajo el mismo pié y que usted estaba ya enterada de su marcha. Después que haya usted leído esa carta me dirá lo que debo hacer.

Fuensanta cada vez más inquieta y más impaciente por descifrar aquel enigma, dijo á Alejo que ya le llamaría cuando le necesitase y que avisara á Pepa.

Poco después, entraba ésta en la habitación de su señora.

Acababa de saber la noticia y murmuró:

—Ha sucedido lo que tenía que suceder.

Cuando Pepa entró en la estancia de Fuensanta, esta acababa de abrir la carta.

—Déjame, Pepa, déjame ahora. Tiempo tendremos para hablar, dijo Fuensanta.

Una vez sola, leyó lo siguiente:

»Fuensanta, hija mía, no he tenido valor para despedirme de tí.

»Anoche quise tener una explicación contigo, pero después comprendí que era mucho mejor evitar una situación violenta para los dos y te escribí esta carta, que estarás le-

yendo cuando yo esté ya muy lejos de Madrid.

»Te he querido y te quiero demasiado para desconocer el estado de tu corazón.

»Me había acostumbrado de tal modo á leer en él, que desde el momento que conocí que había cesado de reposar, supuse que no tardaría en llegar el día en que te arrepintieras de la palabra que me empeñaste hace algunos años. »He querido evitar que llegara ese día, dejándote en comple'a libertad antes de que en tu interior maldijeras el momento en que uniste tu suerte á la mía.

»Hoy tu corazón ha despertado de su prolongado sueño. Amas, eres correspondida y yo no debo ni quiero ser un obstáculo para tu ventura. Sin embargo, hija mía, por triste que sea para mí lo que te voy á decir, debo hacerlo, porque se trata de tu dicha. En tu existencia hay dos manchas que pocos conocen, pero que si llegara á conocerlas el hombre que amas, tal vez pudieran causarte algún pesar.

»Estas dos manchas, son tu pasado, del que no eres culpable, y tu presente, que aún cuando he procurado que realmente fueses para mí la hija adoptiva de mi alma, el mundo no puede haberlo creído. Quiero decirte con esto, que antes de entregarte en absoluto al amor de Cisneros, debes hablarle con lealtad, debes contarselo todo, no debes ocultarle nada, y si después de tu franca relación ese hombre te tiende su mano y te lleva hasta sí, entonces puedes estar segura de ser amada y podras ser feliz.

»No equivoques el oro fino por el doublé. Quiero decirte, que no equivoques las apasionados arranques de Cisneros al verte libre y predispuesta á caer en sus brazos, con el sentimiento honrado y leal del hombre que aprecia en lo que vale la franqueza de una mujer y sabe rehabilitarla.

»Cisneros, te ama, si, pero ¿no entrará á caso por mucho en su amor, el deseo?

»Reflexiona sobre esto y puesto que hoy eres completamente libre y rica en lo que yo he podido hacer por tí, no te dejes alucinar por apariencias de cariño delirante que suelen tornarse en realidades de amargura y de dolor.

»Sé muy feliz, hija mía. Te había considerado como ave muy delicada y hermosa, y quise dorar tu jaula para que jamás tuvieses nada que envidiar, pero olvidé que jaula es igual que prisión, y ave aprisionada ansia libertad, y tu corazón la estaba exigiendo. Ya la tienes. Haz de ella el uso que yo deseo que es el de asegurar tu dicha.

»El tren que tienes, puedes sostenerlo todavía algunos meses con los fondos que dejas en la caja, cuyas llaves te entregará Alejo. Puedes disponer en la casa como dueña absoluta, despedir criados, hacer en fin cuanto te plazca.

»En mi despacho encontraras todos los documentos que justifican que eres dueña de todo por expresa voluntad mía.

»Adiós Fuensanta. No podrás comprender jamás todo el inmenso dolor con que es-

oribo este adiós que si eres feliz, será el postrero; si eres desgraciada... sabe Dios si volveremos á vernos.

»Adiós y sé tan dichosa como desea tu pobre padre adoptivo.

El conde Wanoski.»

La lectura de esta carta impresionó extraordinariamente á Fuensanta.

Llenáronsele de lágrimas los ojos y no pudo menos de exclamar:

—¡Qué noble corazón!

Acompañaban á esta carta algunas instrucciones respecto á lo que debía decir á los criados y á los escasos amigos que tenía, é instrucciones sobre otros particulares relacionados con los valores que había en la caja.

Buen rato llevóse Fuensanta con la carta en la mano, meditando sobre lo que acababa de leer, hasta que por fin exclamó:

—¡Cómo ha de ser! Ya está echada la suerte. Cumpliré lo que dice el conde y si Julio me ama él me rehabilitará.

Y llamó á Alejo, se puso de acuerdo con él, se hizo cargo de cuanto había en el despacho del conde y dijo al criado:

—Usted supongo que se quedará á mi lado.

—Hasta que el señor conde disponga de mí.

—Entretanto, vea usted como están las cuentas de los criados, y como para mi servicio no se necesitan tantos, despida los que juzgue conveniente.

Largo rato lleváronse hablando la joven y Alejo, hasta que llegó la hora en que debía ir al Retiro donde la esperaba Cisneros.

Sorprendido también quedó el joven al enterarse de lo ocurrido, pero como por esta causa quedaba en completa libertad de obrar, solo vió á la mujer que amaba, completamente desligada de todo vínculo que pudiera entorpecer la marcha de su amor.

En breves palabras la joven cumpliendo lo que el conde le indicaba en su carta, hizo á su amante el relato de su vida, nada le ocultó diciéndole finalmente:

—Ahora ya sabes quien soy yo y lo que he sido. Te amo y de ti espero que sabrás apreciar la franqueza y la lealtad de mi proceder.

Cisneros la escuchó atentamente, después en un arranque de pasión exclamó:

—No necesitaba conocer tu pasado, no quiero saber más si no que me amas como yo te amo y que puedes ser mía, exclusivamente mía.

—¿Y no te arrepentiras jamás de haberme concedido tu amor?—preguntó Fuensanta fijando los enamorados ojos en aquel hombre tan querido.

—Habiéndome hecho entrever con tu amor, el Paraíso, ¿crees que podré olvidarte para hundirme en el infierno? El amor que me has hecho sentir, ni puede extinguirse, ni puede debilitarse. Tu, para mi, y yo para ti eternamente.

CAPITULO XVI

La tela de araña

Fuensanta, cegada por su pasión, incurrió precisamente en la falta que el conde le aconsejó que no descuidara.

Cisneros, no le habló más que de amor. No le dijo una sola frase de rehabilitación. La joven por su parte, tampoco pensó en ello. Incauta mariposa, solo vió una brillante luz que le deslumbró, sin comprender que en ella se había de abrasar.

Profunda sorpresa causó en Madrid, la repentina desaparición del conde, pero pronto tuvo su explicación cuando vieron la asiduidad con que Cisneros visitaba á la joven.

Fuensanta había introducido grandes modificaciones en su casa. Redujo el servicio, se reservó únicamente el landó, un tronco para él y un caballo de silla, para su uso particular.

Formó una especie de balance de la fortuna que el conde le había dejado y calculó que podría vivir algunos años, si no con gran holgura decentemente al menos.

Alejo, al ver el sesgo que habian tomado las relaciones de la joven y de Cisneros, movió tristemente la cabeza y murmuró:

—No puedo alejarme de Madrid. Quizás no esté lejano el día en que la señorita me necesite.

Pero sin embargo, se dispidió de la jo-

ven como si fuera á reunirse con su señor, y siguiendo las órdenes de este, se quedó en Madrid viviendo en uno de los barrios más retirados.

Bien pronto se hizo público en la corte el triunfo que Cisneros había alcanzado respecto á la hermosa hija adoptiva del conde polaco.

Entretanto, llegó la temporada veraniega.

El Madrid aristócrata, el Madrid elegante empezó á dirigirse á las estaciones balnearias del extranjero, ó á los puertos de la península santificados ya por la moda.

Fuensanta y Cisneros marcharon á Suiza.

En el lago Lemán había adquirido Cisneros una *villa* encantadora, verdadero nido de amor, á la cual condujo á su amada.

La estancia en Suiza agotó los últimos recursos de la fortuna del caballero.

Las repetidas escursiones á todos los puntos que rodean el lago encantador, distrajeron por espacio de dos meses á los dos amantes, gastando Julio lo poco que le quedaba de su fortuna.

En vano la joven pretendió poner coto á las prodigalidades de su amante, ó cuando menos contribuir por su parte á los gastos en aquellas expediciones; pero él le contestaba siempre:

—Si todo me parece poco para tí; si cuanto yo haga será insuficiente siempre para compensarte la inmensa ventura que me has dado.

Y era inútil que la joven insistiera.

Y sin embargo, Julio estaba arruinándose. Repetidas veces había tenido que recurrir á Antonio Larriba, aquel usurero inmensamente rico, á quien ya vimos en otra ocasión, decir al joven que había conocido á Fuensanta bailando en un teatro de ínfimo orden en Marsella.

El miserable prestamista, á cada una de aquellas cartas que recibía enviándole letras en blanco para que pusiera en ellas la cantidad que quisiera, se frotaba las manos lleno de satisfacción murmurando:

—Gasta, imbécil, gasta, que cuanto más gastes, más me aproximas á tu ídolo. Un día le encontré en Marsella y me despreció; más tarde le ví aquí con aquel conde que la protegía y pasó por mi lado sin conocerme. Ahora eres tú su dueño. Más tarde lo seré yo, y entonces me vengaré de sus desprecios.

Y aquel tunante á quien la juventud gastadora y libertina de Madrid llamaba la *Araña*, iba tendiendo la red donde esperaba cazar la mosca que un día había conseguido escapar de sus garras.

Y volvió á encontrarla como ya hemos dicho, y la joven que no se acordaba del in-mundo reptil que en el principio de su des-gracia trató de cruzarse en su camino, ni siquiera reparó en él.

Pero Larriba la vió, la reconoció, supo cual era su situación entonces, y volvió á decir en su fuero interno;

—El destino la ha traído á Madrid; el destino la conducirá á mis brazos.

Y aún cuando aquel hombre gastaba entre mujerzuelas gran parte de los crecidos intereses que sacaba al dinero que tenía prestado, no olvidaba á Fuensanta, y la brutalidad de su pasión se recreaba en la esperanza de poseerla algún día.

Cuando llegó el invierno, Julio y Fuensanta regresaron á Madrid.

Dada ya publicidad á las relaciones de ambos, el joven no quiso que su amada siguiera agotando los recursos que debía á la generosidad del conde.

Y recurrió á Larriba, á quien dijo:

—Vamos á ver, Antonio, ¿cómo estamos de cuentas?

—En paz—contestó el prestamista.

—¡Como en paz!—exclamó el joven.

—Cuando se marchó usted este verano, me dejó poderes para que tomara dinero sobre lo poco que le quedaba de su patrimonio, y mucho debe haberle gastado á usted esa mujer que le tiene sorbido el seso, cuando esas letras que, desde este momento entrego á usted, representan exactamente el importe de la dehesa de Extremadura y de las dos casas de Alicante.

—No comprendo...

—Lleva usted gastados durante los tres meses de su estancia en Suiza diez mil duros. Aquí están las escrituras de venta de la dehesa y las casas, por las cuales no he podido sacar más que nueve mil ochocientos. Es de-

cirque todavía me debe usted doscientos duros.

—Pero si eso no puede ser, Larriba, si yo no he recibido de usted en Suiza, más que veinticinco mil pesetas.

—¿Y acaso cree usted que así, con tanta facilidad se encuentra dinero? Yo, sabe usted que no lo tengo; he de buscarlo, y los intereses son crecidos: después los cambios; el tiempo que yo he debido de emplear en todas estas diligencias y que como usted comprenderá es lógico que lo cobre. No se hubiese usted dado tanta prisa en gastar y no se encontraría arruinado.

—Es decir ¿que no tengo de qué disponer?

—No señor.

—Pero usted sabe que mi tío el marqués de las Cruces tiene hecho testamento á mi favor; que soy su único heredero...

—¿Y qué me quiere usted decir con eso?

—Que necesito cinco mil duros para dentro de dos días.

—Imposible.

—No diga usted eso Larriba. Ya sabe usted que hace años que nos conocemos, y no digo en cuarenta y ocho horas, en doce, me ha proporcionado usted otras veces mayor cantidad.

—Eran otros tiempos.

—Para usted todos son iguales. Basta que usted quiera para que ese dinero esté en mi poder.

—Pero de veras ¿le hace tanta falta?

—Tanta, que si usted no me lo dá me veré en un verdadero compromiso. Tengo

una cuenta en casa de Ansorena que debo satisfacerla inmediatamente.

—¡Ah! vamos ¡Algún aderezo para esa hermosa joven! ¿Y para eso quiere usted que yo vaya á molestar á mis amigos?

—Esas no son cuentas de usted Larriba —repuso Cisneros con acento de disgusto— Proporcionéme usted ese dinero, ponga el interés que quiera, y no se entremeta en nada más.

—Usted dispense. En fin, veré como y en que condiciones hallo lo que usted desea.

—El como y las condiciones me importa poco. Lo esencial es que yo tenga pasado mañana esa cantidad en mí poder.

—Lo veremos.

Cuando Cisneros salió de la casa del prestamista, este reflejó en su semblante una innoble alegría y murmuró con acento tembloroso por la misma emoción que sentía:

—Ahora, ya te tengo en mi poder. ¡Inbecil!. Y á la paloma también.

Antes de las 48 horas Julio había recibido los 5,000 duros firmando una escritura de depósito por valor de 8,000.

Dos meses más tarde, Fuensanta recibió el anuncio de la visita de una persona á quien no conocía, pero que tenía que hablarle de un asunto muy importante. Intrigada la joven por semejante anuncio, hizo pasar la persona anunciada y Larriba la saludó respetuosamente diciéndole:

—Señora, usted dispensará la libertad que me he tomado, pero como presumo que

había usted de experimentar un gran disgusto dejando que las cosas siguieran el curso natural que deben seguir, me he decidido á venir á verla por si usted puede hacer algo que mucho puede, en el caso de que se trata.

—Francamente, ignoro á que puede usted referirse máxime cuando yo no tengo el gusto de conocerle. En fin, esplíquese usted,

Entonces, Lariba, le hizo presente que en su poder había una escritura de depósito firmada por Cisneros, que se le había reclamado aquel depósito, que prometió devolverlo al siguiente día, y que en vez de esto, había desaparecido de Madrid, y que antes de dar parte á la autoridad para que se detuviera donde quiera que se encontrase á Cisneros, recurría á ella por si encontraba medio de salvar aquella situación.

Aterrada la joven por la perspectiva de una cárcel ó ver en presidio á Cisneros, y sabiendo que efectivamente el día anterior se había despedido de ella, diciéndole que marchaba á Almería donde residía su tío que estaba gravemente enfermo, y enterándose detalladamente de todo cuanto había gastado durante el verano anterior su amante, no vaciló en decir á Lariba.

—Ha hecho usted perfectamente en venir á verme. No tengo el efectivo necesario para retirar, ese documento de depósito, pero cuanto yo tengo, alhajas, mobiliario, todo en fin cuanto poseo, está á la disposición de usted para reintegrar ese depósito.

El miserable prestamista se deshizo en elogios por el noble proceder de la joven, prometió tomar el asunto como cosa propia, tomó nota de cuanto la joven poseía y al día siguiente se presentó en su casa con una escritura de venta, que la joven debía firmar por valor de 20,000 duros á que ascendía la escritura de depósito y el rescate de parte de los bienes de que el joven se había despojado.

—Pero ¿y la escritura de depósito firmada por Julio y las de cesión de las fincas?— preguntó Fuensanta.

—Mañana, si tiene usted la bondad de pasar por mi casa, entregaré á usted todos esos documentos á cambio de este, que me llevará usted firmado.

Fuensanta accedió á todo, y dijo:

—Mañana cuando vaya á su casa de usted, como que nada de lo que tengo aquí, me pertenecerá ya, me habré trasladado á otra habitación para que libremente pueda usted disponer de cuanto hay en esta casa.

Larriba saludó respetuosamente y cuando salió de allí, brillantes los ojos de innoble fuego, iba murmurando:

—Al fin ha caído la mosca en la red de la araña. Lo había jurado y hasta ahora no he faltado á juramento alguno.

CAPITULO XVII

El escándalo en la Kermesse

Pocos días después de su regreso de Suiza, Pepa, la fiel criada de Fuensanta, había fallecido casi repentinamente.

Obligada á obrar por si misma, apenas Larriba salió de su casa, lo hizo ella también, buscó otra habitación muy modesta, pagó el alquiler y cuando regresó á su hotel, reunió á los criados, les pagó su mensualidad y los despidió, reservándose únicamente una camarera. Aquella tarde hizo trasladar á su nuevo domicilio los muebles que se había reservado y á la mañana siguiente se instaló en él.

A la hora convenida con Larriba se presentó en casa de este.

El prestamista la recibió afablemente y cuando la joven le entregó la escritura de cesión de su Hotel y mobiliario y le pidió las que él debía darle, el infame le dijo.

—Ahora se las daré, pero antes permítame le diga algo que es indispensable para que hagamos ese cangeo de documentos.

—¿Qué es lo que tiene usted que decirme que no me haya dicho ya?—exclamó Fuensanta sorprendida.—Me parece que si yo cumplo lo que he prometido, obligado está usted á devolverme esos documentos.

—Pues ahí verá usted lo que son las cosas; esos documentos y algo más entregaré á usted después que me haya escuchado.

—¿No se acuerda usted de mí?—preguntó el usurero aproximándose á la joven.

—No señor,—contestó ingenuamente.

—Pues yo la ví hace algunos años, y sin embargo, no la he olvidado nunca.

—Pero me parece que eso no tiene nada que ver con lo que nos ha reunido aquí.

—Mucho tiene que ver, si señora. Ví á usted, como la he dicho, hace años, quedé prendado de su belleza y de su gracia, pero usted no hizo caso de mis pretensiones.

—No hay necesidad de que continúe—interrumpió Fuensanta levantándose.—Déme esos papeles, y termine.

Larriba no se desconcertó por la actitud de la joven. Continuó mirándola con encendida mirada y sonriendo irónicamente dijo:

—No tenga usted tanta prisa, que todavía no he concluído mi relato.

—Me obligará usted á...

—¿A qué? señora.

—A marcharme y abandonarlo todo, repuso resueltamente la joven, con inquietud.

—Inténtelo usted—repuso Larriba.—Si puede salir, márchese en buen hora.

—¿Qué intenta usted?

—¿Qué intento? ¿No lo adivina?

—Devuélvame usted la escritura que acabo de entregarle y...

—Concédame de buen grado el amor que me negó en Marsella hace años, y la daré no sólo esa escritura, si no todo cuanto poseo.

Al escuchar semejantes palabras, al ver el encendido rostro del sátiro, se estremeció

de espanto y su aterrada vista se fijó en la puerta. Corrió hacia ella y aun cuando intentó abrirla no lo pudo conseguir.

Larriba lanzó una carcajada que acabó de llenar de temor á la desgraciada.

—Si he resuelto que sea usted mía de grado ó por fuerza—dijo,—¿cómo había de dejarla que se pudiera escapar?

—¡Oh! ¡Nunca, miserable!

—No sea usted necia que no hay salvación posible. Todo cuanto ha sucedido, la firma del recibo de depósito de Cisneros, mi visita á su casa, su venida de usted á esta, todo ha sido perfectamente calculado por mí. Juré en Marsella que más tarde ó más temprano sería usted mía y yo no falto jamás á mis juramentos.

—¡Dios mío! ¡Qué infamia!

La joven quiso dirigirse al balcon, pero Larriba la sujetó por un brazo, diciéndole:

—Ese balcón da á un patio interior, y en la casa no hay ahora otro vecino que yo. No hay salvación posible para usted.

—¡Sí, sí, que la hay! ¡Infame!—repuso Fuensanta sacando fuerzas de la misma desesperación que la embargaba.

Una lucha desesperada, se entabló entre la débil mujer y aquella fiera enardecida por el fuego del deseo y la confianza en el triunfo. Venció la fiera y la pobre mujer, desmayada, ultrajada y robada por aquel miserable, quedó largo rato inmóvil en la estancia donde el crimen se había cometido.

Cuando salió de aquella casa, la dijo La-

riba, entregándole los papeles de Cisneros:

—Puedes devolver á tu amante esos papeles. pero guárdate de decirle una palabra sobre lo que ha ocurrido entre nosotros, porque firmarías su sentencia de muerte. Nos volveremos á ver, porque ahora ya eres mía.

Por espacio de tres días permaneció sin poderse dar cuenta de cuanto había pasado. Al cabo de ellos, pudo reflexionar y mirar frente á frente su situación.

No podía, no debía continuar sus relaciones con Julio. El ultraje de Larriba la hacía ya imposible para el joven.

El miserable prestamista había estado á verla, diciéndole que ya podía enviarle á Cisneros los documentos que él la había entregado, y que ya le había escrito diciéndole que todo estaba pagado, sin decirle por quien. Al mismo tiempo la reiteró su amenaza de que nada dijese al joven.

Fuensanta obedeció aterrada.

Bajo un sobre y certificado, envió á Julio los documentos que Larriba la entregara.

Pocos días después, recibió una carta de Julio, que fué el último golpe que debía sufrir la desgraciada.

«Fuensanta, le decía su amante en la carta que acababa de recibir: He visto por la tuya que has considerado pesada la cadena que nos unía y la has roto.

»No debía extrañarme tu proceder recordando que obraste del mismo modo con el conde Wanoski á quien tanto debías.

»Has hecho bien aprovechando mi au-

sencia y prefiriendo los millones de Larriba al amor de un hombre honrado.

»Mi tío ha muerto y era lo único que esperaba para haberte dado mi nombre.

»Me has evitado una ignominia que tal hubiera sido para mí enlazarme con una mujer como tú; te lo agradezco. Quizás sea esto lo mejor que hayas hecho en tu vida.

«Adiós para siempre, *Julio Cisneros*».

Cuando la joven leyó esta carta, llevóse ambas manos al pecho, lanzó un grito y cayó al suelo sin conocimiento.

Larriba, aquel miserable que á tan indignos medios había recurrido para realizar su infame propósito, quiso completarlo y merced á la firma que Fuensanta había puesto en el contrato de venta de su mobiliario y alhajas, falsificó hábilmente la letra y escribió á Julio una carta diciéndole que aprovechaba su ausencia para decirle que estaba cansada ya de aquellas relaciones, que se lo había querido decir algunas veces, pero que le faltó valor para ello.

Al mismo tiempo que había adquirido la escritura de depósito que obraba en poder de Larriba y las posesiones que durante su estancia en Suiza había vendido y que todo ello se lo enviaba.

El efecto que esta carta produjo en Julio, fué tal, que á no estar tan grave su tío, habría marchado á Madrid inmediatamente para arrojar al rostro de aquella mujer el desprecio que su conducta le inspiraba.

Pero no podía separarse del lado del mo-

ribundo y cuando éste espiró, se apresuró á escribir á la joven la carta que hemos visto.

Sin objeto que llamara su atención en Madrid, Julio se contentó con escribir á Larriba una lacónica carta diciéndole:

«Señor don Antonio Larriba:

»Es usted un canalla indigno de que un caballero cruce las armas con usted. Lo único que merece es lo que haré apenas le encuentre en Madrid.—*Julio Cisneros*».

Por espacio de dos meses, estuvo Fuensanta luchando con la muerte.

Larriba, quiso que no careciese de nada durante sus enfermedad, pero tan luego Fuensanta estuvo en disposición de enterarse de ello, se apresuró á rechazar sus auxilios.

Durante su convalecencia, llegó la primavera y la joven empezó á salir á paseo, si bien evitando siempre presentarse en los sitios más concurridos. Diestramente se enteró si Julio estaba en Madrid y supo con alegría que no había regresado todavía.

Un día, el médico que la había asistido en su enfermedad, la dijo que formaba parte de la Junta que había organizado una Kermesse á beneficio de los pobres de la parroquia y que la invitaba que asistiera á ella.

La joven trató de escusarse, pero fueron tales las instancias que no tuvo más remedio que ceder.

La Kermesse tenía lugar en los jardines del Retiro.

Fuensanta, débil todavía y siempre hermosa, se presentó en los jardines, donde su

presencia llamó poderosamente la atención. Ya iba á retirarse, cuando de repente vió aparecer ante ella á Julio, acompañado de Santomera, Alvarado y otros amigos.

Al ver á Julio, Fuensanta creyó que iba á caer al suelo y tuvo que apoyarse en el brazo de la doncella que la acompañaba.

Pero Julio, lleno de ira, se adelantó hacia ella diciéndole:

—He llegado esta mañana y no he tenido tiempo de enterarme donde vive usted ahora. Pero ya que la ocasión se presenta, diré á usted delante de todos mis amigos, que no estoy acostumbrado á recibir de mis queridas el dinero que con ellas he gastado y menos aun el adquirido por ellas vendiendo su cuerpo á miserables como Larriba. Mañana recibirá usted lo que me envió á Murcia, pero entretanto tome usted á cuenta lo que llevo encima. Y sacando la cartera del bolsillo la tiró á los pies de Fuensanta.

Este último insulto no lo pudo soportar aquella pobre mujer que oyendo á Julio creyó morir de angustia. Al ver su última acción, lanzó un grito desgarrador y cayó al suelo sin conocimiento.

Julio la contempló un momento y avergonzado, arrepentido tal vez por el arrebató á que había cedido, quiso lanzarse á socorrerla, pero después, inconcientemente, obedeciendo á una causa desconocida se separó de sus amigos y se alejó de allí.

FIN



INSTITUTO DE ESTUDIOS RUMANOS

BIBLIOTECA

EPILOGO

La doncella de Fuensanta ayudada por alguno de los amigos de Cisneros que habían presenciado el hecho sin atreverse á censurarle, la trasportó á un carruaje, que la condujo á su casa.

Desde el primer momento el médico reconoció la gravedad de la joven.

Aquel golpe había sido terrible para ella; ocho días después surgió una nueva complicación en la enfermedad de Fuensanta.

Una viruela maligna la invadió y apenas el médico le hubo diagnosticado, la doncella que hasta entonces tan solícitamente la cuidara, aterrada por lo contagioso del mal, huyó del lado de la enferma y esta quedó completamente abandonada.

El temor en todos era natural y ninguno quiso cargar con aquella responsabilidad.

Ni Cisneros ni ninguno de sus amigos que también lo habían sido de la joven, parecieron por su casa.

El escándalo había sido de tal naturaleza que todos querían evitar el contacto con la mujer que tan mal se había portado con Julio. Este marchó inmediatamente de Madrid después de haber abofeteado públicamente á Larriba, é ignoraba el estado de Fuensanta.

Ante aquella soledad y aislamiento tan absoluto, el médico dió parte y la joven fué conducida al hospital.

Durante muchos días estuvo luchando con la muerte hasta que por fin se le pudo declarar fuera de peligro.

El mismo día en que esto tuvo lugar presentóse en el hospital el conde Wanoski.

Alejo había salido de Madrid un mes antes de que tuviera lugar la kermesse, y por lo tanto no había podido tener noticia de él.

Pero el conde que recibía algunos periódicos de España, supo por ellos lo ocurrido en aquella fiesta benéfica, y aún cuando los nombres de las personas que habían jugado en aquel escándalo iban indicados sólo con iniciales, algo llamó su atención cuando ordenó que inmediatamente marchase Alejo á Madrid para saber lo que había sido de Fuensanta.

El fiel criado llegó á Madrid, empezó hacer averiguaciones y supo toda la verdad.

Lleno de horror fué al hospital, se enteró de la situación en que estaba Fuensanta, y escribió inmediatamente á su señor.

La contestación del conde fué ponerse inmediatamente en camino y llegar á Madrid como hemos dicho, el mismo día que la joven era declarada fuera de peligro.

Cuando esta vió al conde á la cabecera de su cama, rompió á llorar amargamente.

—No llores Fuensanta,—le dijo el conde cariñosamente,—porque hayas sido desgraciada no has dejado de ser mi hija. Lo principal es que te halles en estado de salir de aquí, después veremos lo que se ha de hacer.

Y efectivamente, cuando la joven estuvo en disposición de poder hablar hizo al conde una relación de todo cuando había sucedido.

Atentamente la escuchó el anciano, diciéndole después:

—Ahora hija mía, todo eso se lo vas á escribir á Cisneros, que he sabido reside en Almería. Yo me encargo de ese miserable Larriba, confirme tu relato, después nos iremos lejos de Madrid lejos de España, y la que hasta ahora había sido hija del conde Wanoski, será su esposa, puesto que hace cinco meses que quedé viudo.

Lágrimas de reconocimiento brotaron de los ojos de Fuensanta, que no pudo hacer otra cosa que caer en los brazos del conde, diciendo:

—Oh señor, toda mi vida no será suficiente para pagar á usted todo el bien que me ha hecho.

.
Larriba, puesto entre la punta de la espada y el cañón de la pistola del conde, no tuvo más remedio que ratificar lo dicho por Fuensanta, y esta carta con la de la joven, fué remitida dos meses más tarde desde Varsovia á Cisneros, acompañada de una tarjeta donde decía:

El conde Wanoski y doña Fuensanta Rodríguez, participan á usted su efectuado enlace.

DEL MISMO AUTOR:

LA VENDEDORA DE CARICIAS

obra interesantísima, cuya lectura recomendamos al lector.

1018108

09 NOV. 2001

Biblioteca Traji-Romántica

—(C3)—

- M. Ibo. Alfaro Malditas sean las mujeres
I. A. Malditos sean los hombres
» Malditas sean las suegras
» Marina ó la hija de las olas
» El Hada de los mares
» El paraíso de las mujeres
» El infierno de los hombres
» El purgatorio de las solteras
» Su majestad el amor
» La hija de las flores
» Porqué se casan los hombres
» Porqué se casan las mujeres
» Porqué reinciden las viudas
» Porqué pecan las mujeres
» Porqué murmuran las viejas
» Las obreras del amor
» Las hijas del champagne
» El collar de esmeraldas
» Maldito sea el amor
» La niña de los jazmines
» ¡Viva mi novia!!
» El Nido de Ruiseñores
» La hija de Venus
» Amor y Martirio
» Pasionarias de Amor

L. A.

C. S. A.

EDITOR

LA GACETA

DE LA

REPUBLICA

ARGENTINA

BOGOTÁ

1904

La niña

de los

jasmines

1904